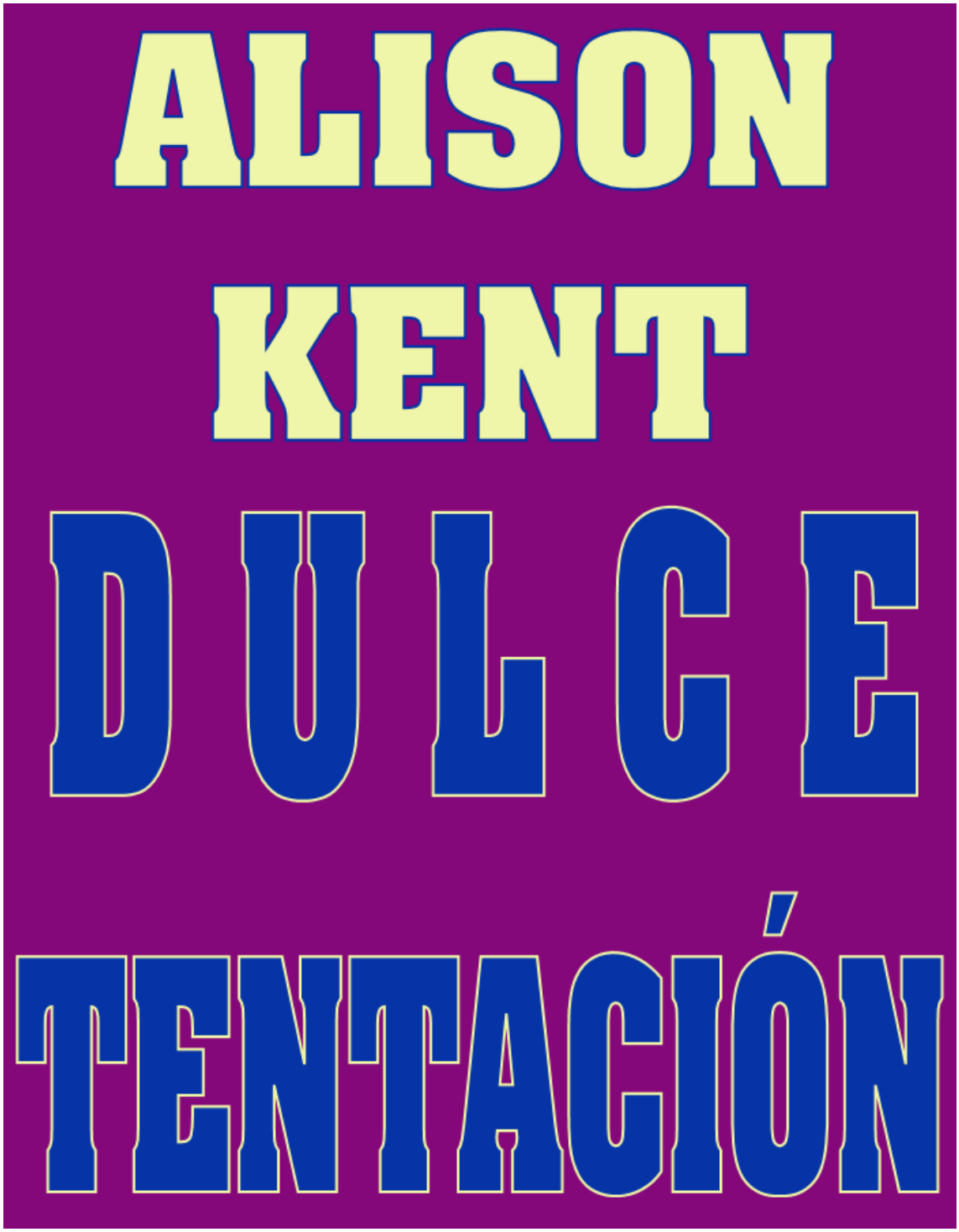
Dulce Tentación
Alison Kent



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

Ya estaba otra vez con los blues.

Los sonidos melancólicos se abrían paso a través de la ventana abierta del dormitorio de ella y conjuraban imágenes locas en su mente. Erin Thatcher colocó los pies debajo de su cuerpo en el sillón de leer de su dormitorio y dejó el libro de Anaïs Nin, *Pájaros de fuego,* boca abajo en el edredón que le cubría el regazo.

Con las manos apoyadas en los brazos tapizados del sillón, apoyó la cabeza en el respaldo, cerró los ojos y escuchó. El ritmo no tardó en crear la magia que había aprendido a esperar de aquellos sonidos apasionados y despertar las zonas eróticas de su cuerpo.

Quería disfrutar de las sensaciones, dejar que la música la llevara a lugares que hacía tiempo que no visitaba, le ofreciera experiencias ricas en encuentros sexuales y aventuras de las que sus lecturas le recordaban que se estaba perdiendo. Las cuerdas de guitarra acariciaban su piel como dedos de terciopelo desde la barbilla hasta el hueco de la garganta. La voz del cantante llenaba sus oídos con palabras sucias y tonterías dulces, con sugerencias susurradas de cuerpos que debían estar juntos y amándose toda la noche. Y el hecho de oír tantas cosas en la música hablaba mucho del silencio de su vida.

Aunque la gente del Paddington era bastante ruidosa, desde luego, y el bar, situado en el centro de Houston, era su profesión. Una profesión que amaba y para la que había estado destinada desde que fuera, muy niña aún, por primera vez al Reino Unido y entrara detrás de la barra del pub que su abuelo Rory tenía en la campiña de Devon.

Sin embargo, su profesión no satisfacía sus deseos y necesidades más personales. Ni sus clientes habituales ni sus compañeros de trabajo tocaban aquella parte de su alma que sabía que en la vida había algo más que horas interminables de trabajo entregado.

Horas que sabía que Rory no habría querido que gastara en eso. ¿Pero cómo evitarlo? El Paddington era el legado del abuelo que ya había perdido, y haría todo lo que estuviera en su mano por sacarlo a flote.

Después de los años que él había dedicado a criarla y los sacrificios que había hecho por ella no habría podido soportar los remordimientos de fallarle. No podía arriesgarse a perder el sueño de su abuelo cuando aún no estaba segura de si superaría alguna vez la pérdida de él.

En aquel momento, sin embargo, lo que egoístamente echaba de menos más que ninguna otra cosa era intimidad con un hombre. Simple y llanamente.

Tenía montones de amigos, tanto allí en la ciudad como en el ciberespacio. Y sin duda, la literatura erótica que había elegido su grupo de lectura para aquel mes era lo que la tenía así y había

aumentado su descontento con la única parte de su vida en la que sentía que le faltaba algo.

Y encima él había vuelto a poner un blues.

Erin quería saber quién era él.

Vivía en el estudio encima del suyo desde que ella se mudara meses atrás a aquel viejo hotel remodelado situado en el límite del distrito de cines de Houston.

Se cruzaban a veces en la pequeña habitación de los buzones y la atracción mutua que surgía entre los dos era indudable.

Se veían también en el garaje. El GTO negro clásico de él dormía en el extremo de la hilera en la que ella aparcaba su Toyota Camry, como una presencia oscura y amenazadora que estuviera al acecho.

Se cruzaban al entrar o salir del ascensor en la planta baja. Y ninguno hacía mucho por apartarse, sino que más bien parecían sentir la necesidad de explorar límites, de rozar la ropa, respirar el mismo aire, notar la cercanía de los cuerpos... ¡Basta!

Se levantó del sillón y avanzó descalza por el suelo de tarima del dormitorio, arrastrando el edredón tras de sí. Apartó la liviana cortina y se sentó en el alféizar de la ventada tapándose con el edredón.

Allí, lejos de la pequeña lámpara de lectura, estaba oscuro. Allí, en el rincón mismo de su habitación, lejos de la puerta principal y del resto del estudio situado en el sexto piso, estaba oscuro, hacía frío y el reloj avanzaba inexorable hacia las tres de la mañana.

Pero desde allí oía los ruidos apagados del tráfico, veía las luces de los frenos de los coches que se alejaban del centro y olía el humo del puro que fumaba él inevitablemente mientras los blues hacían el amor a la noche.

Podía imaginárselo fácilmente, apoyado en el *alféizar,* con el peso en los codos, el puro en la mano. Siempre vestía de colores oscuros: azul noche, negro y gris. Esa noche, más fría de lo habitual a principios de octubre, ella lo vistió en su imaginación con un suéter de cachemir y cuello de cisne.

Lo llevaba suelto, no metido en los vaqueros. Le caía hasta las caderas, invitando a las manos de ella a explorar la piel de debajo. Se había puesto botas negras de piel y su pelo, corto en los lados y en la parte de atrás y largo y rebelde en la parte superior de la cabeza, le caía sobre la frente hasta las cejas oscuras, las pestañas espesas y los ojos de un tono incongruente de verde.

No sabía por qué jugaba a vestirlo así, pero, por otra parte, tampoco sabía por qué compartir con él el pequeño ascensor del edificio hacía que le subiera tanto la temperatura del cuerpo.

Ni por qué miraba el espacio del coche de él cada vez que metía el suyo en el garaje ni por qué el clic de la llave de él en su buzón resonaba en todo su cuerpo como un disparo dirigido a su corazón.

Vale. Eso era una exageración. Alguna cualidad buena debía de tener él o no viviría allí. Sabía

por experiencia que los bancos investigaban a conciencia a sus clientes, a menos, claro, que él hubiera pagado la hipoteca al contado, posibilidad en la que había pensado al darse cuenta de que no parecía llevar un horario regular exactamente.

Pero ella no lo conocía. Y no tenía motivos para fijarse en sus idas y venidas.

Pero se fijaba en eso y en muchas cosas más. Cosas en las que no se habría fijado una mujer de sentido común. En hombros resaltados por jerséis estrechos, piernas largas y seguras de sí, manos lo bastante largas y fuertes para cubrir una pelota de baloncesto... o un pecho de mujer.

Erin se estremeció. Debía de estar loca. Por lo que sabía, él podía ser un villano de la peor especie. No era fácil que escondiera cuerpos debajo del suelo, ya que vivía en el séptimo piso y él en el sexto, pero la posibilidad de que traficara con drogas, dinero negro o plutonio no era tan fácilmente descartable.

Vale. Ahora había entrado en el terreno de la calumnia. Y todo por imaginarse sexo con un desconocido. Lo cual resultaría divertido como titular de un reportaje de *Cosmo,* pero... Recordó algo, apartó el edredón y cruzó el estudio. Había visto un artículo...

Se lanzó boca abajo sobre la cama y pasó las páginas de la revista que había comprado ese día. Una revista que tenía un artículo que le había llamado la atención sobre buscar a un hombre «con el que hacer cosas» antes de casarse con el «apropiado».

Y no porque ella pensara casarse precisamente, pero sí le gustaba la sensación de «lanzarse a por todas» del artículo y creía que sería agradable olvidar su sentido práctico y hacer conquistas interesantes, que además podían conducir a ratos de placer en la cama.

Y pensándolo bien, conocía a otras dos mujeres solteras y sexualmente frustradas que podían beneficiarse de una aventura escandalosa. Tanto Tess como Samantha se merecían un revolcón con un señor poco apropiado y muy deseable.

Las dos eran miembros, igual que ella, de La Manzana de Eva, un grupo de lectura de Internet dedicado a las tentaciones literarias, ya fueran sensuales o intelectuales, y también a la exploración básica y provocativa del sexo aventurero.

Un sexo del que ninguna de las tres disfrutaba en ese momento.

Erin tomó su ordenador portátil de la mesilla, donde lo había dejado la noche anterior después de trabajar en el presupuesto de la fiesta del aniversario del Paddington.

Se apoyó en las almohadas, amontonadas en el cabecero, y empezó a escribir un mensaje que sabía haría enarcar algunas cejas tanto en Chicago como en Nueva York.

De: Erin Thatcher
Enviado: Miércoles
A: Samantha Tyler; Tess Norton
Tema: Artículo revista sobre hombres con los que hacer cosas

Teniendo en cuenta la fijación reciente del grupo de lectura por la literatura erótica, he encontrado un tema que me parece apropiado compartir.

Y hablando del grupo, y no me interpretéis mal, adoro la diversidad de los miembros de La Manzana de Eva, ¿se puede saber de quién fue la idea de pasar un mes entero leyendo a Anaïs Nin? ¿Hacía falta que nos recordaran una vez más el triste estado de nuestra vida sexual? No puedo creer que me haya sumergido hasta tal punto en el trabajo, sobre todo porque Rory no me educó así. Y ahora, con la fiesta del aniversario del Paddington...

Típico, ¿verdad? Justo cuando me vendría bien que un hombre me ayudara a quemar frustraciones, no tengo ninguno. Lo cual me lleva de nuevo a mi tema.

Ya sabemos, chicas, que hay muchos hombres poco apropiados. Hombres con los que una mujer en su sano juicio no se casaría, pero, eh, estamos hablando de una aventura. O yo al menos estoy hablando de una aventura. El título del artículo lo dice todo: «Hombres con los que hacer algo antes de dar el sí». Ya sabemos que acabaremos haciendo lo correcto con el hombre apropiado, ¿pero no sería fantástico hacer antes algo incorrecto sin remordimientos ni preocupaciones?

¿Qué te parece, Samantha? ¿No te vendría bien divertirte un poco con lo que estás pasando ahora? Y Tess. Uno de los hombres que se mencionan es el playboy. ¿No te parece conveniente? (Guiño).

¿Por qué dejamos toda la diversión a los hombres si nosotras tenemos los mismos impulsos y necesidades? Si nos metemos en ello con los ojos abiertos, no tiene por qué haber problemas, ¿verdad? Yo estoy hablando del Tipo Terrorífico. Sí. Ya os hablé de él. El que vive arriba.

Lo sé, lo sé. Las dos pensáis ahora si he perdido el juicio. Pero sabéis que nunca he sido una mujer impresionable y estos días no sé qué me pasa. Ahora mismo tengo carne de gallina. La ventana de mi dormitorio está abierta y oigo su música, huelo su puro y quiero sentir sus manos.

No estoy segura de cómo lograr mi objetivo teniendo en cuenta que cada vez que lo veo soy incapaz de pronunciar dos palabras seguidas. ¿Cómo le dices a un hombre que no conoces que le ha tocado la lotería del sexo a lo grande? Os quiero a las dos.

Erin leyó el mensaje para corregirlo y lo envió enseguida, para no darse tiempo a cambiar de idea. Apagó el ordenador y lo devolvió a la mesilla de noche antes de meterse en su cama de edredón de plumas y sábanas de edredón egipcio. En lo referente al refugio del lecho, era una hedonista. Y un refugio era la mejor definición posible.

Aquella parte del estudio era su santuario privado. Se negaba a llevar trabajo allí. Esa estancia era para soñar, para dejar volar su imaginación y disfrutar cuando tenía un compañero con el que compartir sus fantasías.

Lo que había dicho en el e-mail a sus amigas iba en serio. Una relación estable les sentaría bien a todas, pero aquél no era su momento. No tenía un reloj biológico en marcha ni prisa por cambiar de apellido ni deseo de decorar su baño rojo y oro con toallas que llevaran las iniciales de una pareja.

Por el momento tenía que centrarse en la fiesta de aniversario del Paddington.

El bar había sido de su abuelo, quien se había hecho cargo de Erin cuando ésta tenía once años y después de que un viaje al Serengeti se llevara a sus padres. Rory Thatcher se trasladó entonces desde Inglaterra a Estados Unidos porque quería que ella se sintiera cómoda creciendo en el país que consideraba su hogar.

Rory le había enseñado a no invertir toda su energía en el trabajo, sino a reservar lo mejor de todo lo que tenía para vivirlo. Y en el último año no había vivido mucho. Había trabajado como una loca para cumplir el sueño de su abuelo de mantener el Paddington vivo en Estados Unidos después de haber tenido que dejar su pub en Inglaterra.

En el momento de su muerte, tres años, atrás, él tenía sólo cincuenta y siete años, y aunque era demasiado joven para morir, había llevado una vida plena hasta el último momento y Erin quería vivir del mismo modo.

Sonrió para sí, adormilada ya. Había dejado la ventana abierta y se calentaba con la ropa de la cama y la música que entraba de fuera.

Pero el calor que la encendió fue en de las manos del Tipo Terrorífico tal como ella las imaginaba bajo sus mantas y sobre su cuerpo, con las yemas de los dedos tamborileando a lo largo de sus vértebras, la palma abierta cubriendo la curva de la cintura y el pulgar tirando del borde elástico de su tanga.

Las manos de ella se convirtieron en las de él, y el placer que le daban se veía aumentado porque a los dos les gustaba la misma música y por el humo imaginado del puro de él. La sensación se volvió insoportable. La piel le ardía. Aumentó la humedad, que se extendió de su sexo a sus muslos.

Y su caricia, la caricia de él, buscó la fuente, rozando cada lado del nudo apretado de nervios donde se centraba la sensación, deslizándose entre la humedad que salía de su cuerpo, tocando su núcleo interno, donde el placer de la espera hacía frontera con el dolor.

Cuando al fin llegó al orgasmo, se entregó a él con abandono y emitió un sollozo de satisfacción. Agotada y palpitante, se colocó de lado y acomodó mejor su cuerpo.

Y fue entonces, cuando la noche se cerró a su alrededor y se instaló el silencio, cuando se dio cuenta de que se había parado la música. Erin contuvo el aliento y lanzó una imprecación.

2

Él la observaba desde las sombras que rodeaban su mundo. Sombras que lo protegían de mentes curiosas y ojos curiosos. De la mente de ella, de sus ojos, de su certeza de que tenía la salvación de él en la palma de la mano.

Ella era la personificación de la inocencia. Casta e incorrupta. Y él la haría caer, la arrastraría consigo a la cloaca, le mostraría la realidad de la vida que él llamaba infierno.

Ella creía conocerlo. Él había visto la confianza osada de sus ojos. Y también algo más. Chispazos de miedo. Recelo. Vigilancia. Ella sabía que cuando él al fin la tocara, no iba a querer que la soltara.

Estaba seguro de que ésa era la razón de que permaneciera en el límite de su existencia. Y se preguntaba cuánto tiempo se impondría la cautela a la curiosidad. Y si la personalidad de ella podría soportar la destrucción de su fe en la humanidad. En él. En sí misma.

Raleigh Slater reprimió la risa loca que le ardía en la garganta. Ella no era la primera. Había habido otras. Mujeres que se habían acertado al borde de su crepúsculo, faros cortando la niebla que ocultaba el callejón sin salida que era él. Y a ésta no pensaba darle tiempo a meter la marcha atrás. O por lo menos, no hasta haberle dado a probar lo que había ido allí a buscar.

Ella ni siquiera lo sabría. Juraría que había sido un sueño. Que lo que había sentido moverse en sueños sobre su cuerpo había sido sólo cosa de su imaginación. Raleigh sería el único que conocería la realidad de su posesión, que sabría que ella había vivido de verdad lo que creía haber imaginado.

Sebastian Gallo guardó el documento y cerró su ordenador portátil. Había tenido suficiente. Necesitaba una cerveza. O mejor varias. Pero había esperado demasiado y los bares habían cerrado ya. Tendría, pues, que dejar para el día siguiente lo que necesitaba hacer en ese momento... buscar un rincón oscuro en el Paddington y observar a Erin Thatcher fingir que él no le provocaba sudores.

Necesitaba la sensación de estar alerta que había aprendido a valorar cuando vivía en la calle y afinado en sus años de encierro. Era lo que lo mantenía vivo y en marcha, lo que alimentaba a la musa que en ese momento le hacía vivir un infierno.

Un infierno diferente a sus intentos habituales de cambiar todo lo que él escribía. No, ese infierno de ahora era duro y exigente, una insistencia fuerte por que dejara de lado lo que ella consideraba una concentración enfermiza por su parte en lo macabro y escribiera el libro que pugnaba por salir de su corazón. Y él tenía que recordarle entonces que no tenía corazón, y que ese era además el motivo por el que se llevaba tan bien con Raleigh Slater.

Sí, Raleigh y él tenían cosas en común, pero era aquella obsesión por una mujer misteriosa lo que les iba a causar problemas a los dos. El problema de Raleigh era de fácil arreglo. Retroceder.

Borrar. Y su mundo de ficción se podía arreglar fácilmente.

La alteración en la vida bien ordenada de Sebastian requería algo más. Necesitaba dormir, pero estar demasiado tenso para eso. El puro no había ayudado.

Y la música, los blues, sólo habían conseguido aumentar los latidos de su corazón, bombear sangre a partes de su cuerpo que seguían tensas fuera cual fuera la intensidad de sus ejercicios físicos o las duchas largas que les seguían.

Habría podido jurar que había oído su voz. Cuando terminó la música y antes de apagar el puro y apartarse de la ventana para releer las páginas que había escrito. Y el sonido le produjo una descarga eléctrica que casi le hizo dar un salto.

Ahora, minutos más tarde, no estaba seguro de si había sido cosa de su imaginación, un sonido de la calle o el grito de una mujer que se encuentra en pleno éxtasis.

Sebastian se rió para sí y murmuró una maldición que no tenía nada que ver con la mujer que vivía debajo de él y sí mucho con su obsesión. Se quitó el jersey de lana negra y lo arrojó a los pies de la cama, donde aterrizó encima de la ropa que había llevado los días anteriores. Pronto tendría que sacar tiempo para poner una lavadora. Y también para despejar el fregadero de platos.

Lo siguiente fueron las botas, y las hebillas metálicas chocaron con fuerza contra el suelo. Se desabrochó los pantalones y anduvo hacia la ducha, deteniéndose sólo para rascar a Redrum detrás de las orejas. La gata negra yacía hecha una bola de sueño y piel encima de la cómoda alta de la habitación.

Al sentir la mano de Sebastian, se desperezó, bostezó y volvió a ignorarlo. El hombre soltó una risita, se inclinó hacia ella y dijo con una voz enronquecida debido a que casi nunca hablaba con nadie aparte de con su gata o su agente:

—Sí, haces muy bien tu trabajo —un trabajo que consistía en recordarle que era invisible, cualidad que antes le parecía un problema y que había aprendido a valorar.

La indiferencia de Redrum era fácil de aceptar sin problemas y sin que distrajera a su musa creativa, como había conseguido hacer Erin Thatcher. Sebastian sabía que era su culpa que ella le afectara de aquel modo. Su obsesión le había hecho buscar su nombre en el cuarto de los buzones. Y ella no tenía ni idea de que había encontrado a un acosador, aunque él, por lo menos, sólo la acosaba mentalmente.

Raleigh Slater acosaba mujeres en las páginas de los bestsellers de terror que escribía Sebastian con el seudónimo de Ryder Falco. Pero en el mundo de Sebastian, una existencia solitaria elegida por él, aislamiento que no tenía nada que ver con los años que había pasado encerrado por el tribunal de menores, el único acoso lo hacía Redrum.

La gata negra hacía lo imposible por sorprender a las palomas que se posaban en los alféizares del estudio. Redrum parecía considerarlas ratas con alas, y Sebastian opinaba lo mismo.

Cuando llegó a la ducha, se desnudó y se metió bajo el chorro que surgía de tres cabezas de ducha separadas en tres paredes distintas.

En los últimos dieciséis años, desde su puesta en libertad a la edad de dieciocho del lugar donde había estado encerrado, Sebastian había considerado siempre sus duchas como un modo de relajar y limpiar su mente tanto como su cuerpo. Cuando al fin se convenció a sí mismo de que podía quedarse en un lugar fijo, no escatimó dinero en el cuarto de baño que necesitaba para cumplir esos objetivos.

Llevaba demasiados años en los que sólo se le permitía una ducha de quince minutos cuatro veces a la semana, una ducha que compartía con otros chicos considerados una amenaza para la sociedad o para sí mismos. Al menos una vez por semana, las duchas terminaban en pelea... en motín... o en algo peor. Pero Sebastian había conseguido escapar ileso y casi inadvertido.

Porque el día que se lo llevaron de la calle donde había vivido solo desde los siete años, se había prometido a sí mismo que nunca buscaría seguridad ni apoyo en otro ser humano.

Sonrió para sí y se preguntó, no por primera vez, si tenía once o doce años cuando los servicios sociales se hicieron cargo de él y lo sacaron de la calle. Había ido cambiando su edad de acuerdo con los cambios de su cuerpo y se había decidido al fin por los dieciséis cuando le empezó a crecer pelo en la cara tan espeso como el de la entrepierna.

No le importaba la edad que le declaraban los tribunales. Había tomado una decisión propia basándose en recuerdos de velas, tartas y coches de juguete... y contado a partir de ahí.

Sebastian tomó la pastilla de jabón y enjabonó su pecho y axilas antes de ponerse debajo del chorro para aclararse. Mantuvo los ojos cerrados, ya que el vapor era tan espeso que no dejaba ver gran cosa. Le costaba trabajo respirar. Le ardía la piel por el calor pegajoso del agua. Y por la imagen mental de Erin. Una imagen de ella compartiendo el calor y el vapor. Un vapor que intensificaba los latidos de su corazón.

Salió de debajo de la ducha, retrocedió unos pasos y buscó el jabón. Se enjabonó todo el cuerpo hasta llegar al pene, separó las piernas y apoyó un brazo en la pared y la frente en él.

El agua caía por su espalda y sus nalgas mientras él empezaba a acariciarse para eliminar la tensión que llevaba días acumulando. Con los ojos cerrados, imaginó a Erin de rodillas, con su pelo corto rojizo echado hacia atrás, sus grandes ojos brillantes fijos en los de él, su boca formando una «O» perfecta y sus labios rosas y llenos cerrados en torno a su pene.

Quería verla de rodillas. Quería ver sus pezones sobresalir y moverse. Quería saber cuánta parte de su cuerpo se depilaba y a qué sabía su piel desnuda cuando la chupaba.

Echó atrás la cabeza y rugió en silencio, dejándose llevar por el orgasmo que le hizo echar el cuerpo hacia adelante. Acariciaba con fuerza, repetidamente, derramándose en el vapor de aroma a jabón cuando lo que más deseaba en el mundo era hacerlo en el interior caliente del cuerpo de Erin Thatcher.

3

—Tendré que pensar en clonarme o dejar de pensar que voy a poder planear el resto de la fiesta.

Erin empujaba jarras de cerveza vacías al interior del fregadero situado debajo de la barra del Paddington, una estructura circular situada en el centro de una estancia de techo alto, con paredes interiores de ladrillo rojo descubierto. A lo largo de la parte izquierda y derecha había reservados, y grupos de mesas cubrían el resto del suelo de cemento brillante que reflejaba la luz del techo.

Empujó con frustración una jarra más de lo debido y acabó manchándose de cerveza una pernera del pantalón.

—Genial. Y por supuesto, no he recogido la ropa en la tintorería y aquí no tengo una de recambio.

Cali Tippen, camarera del bar y amiga de Erin, echó unas latas en la basura y dejó la bandeja en la barra antes de darle una palmada de conmiseración en la espalda y pasarle un trapo limpio.

—Budweiser, ¿eh? dudo mucho que nadie lo note entre el olor del Merlot o la esencia del puro cubano.

—Y que lo digas. Con el humo que hay aquí, a pesar del sistema de ventilación que instalé durante la remodelación, llego a casa apestando —Erin hizo una mueca—. Y sigo buscando un champú diario que pueda usar todos los días.

Suspiró.

—Tantos productos especiales para el pelo y lo único que puedo mostrar a cambio es esta paja quemada.

Cali levantó una mano y tocó sus rizos rojizos.

—Tu pelo es tan suave y maravilloso como siempre. Y si necesitas un cambio de ropa, yo tengo unos pantalones de trabajo en el coche.

Erin se frotó desde el tobillo hasta la rodilla con el trapo que le había pasado su amiga.

—Aceptaría tu oferta, si no fuera por un problema evidente.

Cali frunció el ceño; miró la cintura de su amiga.

—Mmmm. ¿Por qué siempre olvido que tienes unas piernas tan largas?

—Sí. Erin Thatcher. Figura de palo pelirroja. Lo sé, lo sé —tiró el trapo a la basura.

Cali sonrió.

—¿Figura de palo? De eso nada. Tienes dos bultos interesantes en la parte de arriba.

Erin sonrió y devolvió el saludo que le hacía con la mano un cliente habitual que acababa de sentarse en uno de los taburetes de la barra. Sacó una cerveza.

—Parezco uno de esos bichos verdes largos con ojos saltones. Por lo menos tú estás proporcionada.

—¿Yo? Dos partes de piernas cortas, una parte de trasero y poco más —Cali le tendió una jarra fría para la cerveza—. Oh, y no olvides los ocho kilos que sobran en esta receta.

—Tonterías; tú eres muy sexy —le susurró Cali al oído antes de pasar la jarra al cliente que se había reunido con sus amigos después de un día de trabajo y que cortaba en ese momento el extremo de un puro.

Cali esperó que volviera para contestarle:

—Pues no me sirve de mucho ser tan sexy, ya que no hay nadie que lo aprecie.

Erin miró a la amiga que había sido su principal punto de apoyo en los tres últimos años y que parecía necesitar ahora que le dieran ánimos.

Movió la cabeza en dirección al hombre que se sentaba solo en la barra detrás de ella.

—No estoy segura de que ese rubio tan guapo no estuviera encantado de prestarte atención.

Cali miró furtivamente, con sus brillantes ojos azules y suspiró.

—Es guapo, ¿verdad?

Y lo era.

Pero Will Cooper era también el compañero de estudio que le habían asignado a Cali al comienzo de su clase de escrituras de guiones. Lo que implicaba un conflicto de intereses entre el estudio y el placer. Y por evidente que fuera su interés por Will, tenía reservas en perseguirlo más allá de los límites de la creatividad y la crítica.

Erin miró también a Will, que leía unos papeles con la cabeza inclinada, las gafas en el borde de la nariz y la mano que sostenía el lápiz frotando su pelo rubio adelante y atrás.

—¿Qué hay exactamente entre vosotros dos? —preguntó—. Dime otra vez por qué no puedes entrar en intimidad con él.

Cali levantó los ojos al techo y se encogió de hombros.

—Me gusta mucho y lo pasamos muy bien juntos. Es un buen amigo de verdad y no quiero

estropear eso. Los buenos amigos no crecen en los árboles.

—Los buenos amigos pueden ser buenos amantes —sonrió Erin.

—Bueno, yo no querría un amante que no fuera un amigo, pero tampoco querría perder a Will como amigo porque no nos entendiéramos en la cama.

Amigos y amantes.

Curioso, pero Erin no había pensado en compartir otra cosa que no fuera sexo con su «hombre poco apropiado». No había pensado en presentaciones ni en conversaciones ni en cambiar las sábanas. Decididamente, no había pensado en mañanas de después ni en encuentros cara a cara con el hombre al que había deseado sólo por su cuerpo y por lo que su cuerpo le hacía sentir.

Y eso estaba bien. Más que bien. No había nada de malo en una aventura física y desprovista de sentimientos. No tenía ni tiempo ni energía para ninguna otra cosa.

Movió la cabeza.

—No sé, Cali. No imagino que Will y tú tuvierais muchos problemas para entenderos en la cama.

Su amiga miró la puerta principal, por la que entraba una de las parejas habituales del Paddington, que se dirigió a su reservado de costumbre, en el rincón más oscuro de la habitación. Tomó dos vasos de vino del estante de encima de su cabeza y una botella de Pinot Noir y miró a Erin.

—Si nos ves a Will y a mí en la cama, es que eres una voyeur pervertida.

Erin soltó una risita.

—Ésa es una de las perversiones más inofensivas que estoy combatiendo hoy.

—¿Y qué quieres decir con eso? —Cali colocaba los objetos en su bandeja de servir.

Erin frunció el ceño. Había llegado el momento de confesarse con una amiga. Aunque se apoyara en Tess y Samantha, una amiga de la vida real tenía la ventaja de que podía darle una bofetada para obligarla a pensar con claridad.

Respiró hondo.

—Estoy pensando seducir a un hombre.

Cali sacó un sacacorchos del bolsillo de su delantal.

—Bueno, lo único que tengo que decir es que ya era hora.

Era propio de ella mostrarse directa, sobre todo con el tema de la sequía de Erin en relaciones en los últimos tiempos. O más bien en los últimos tres años. Una relación desastrosa tras otra, hombres que resentían el tiempo que dedicaba al Paddington, o que se dejaban amilanar por su

personalidad brusca y directa.

Y por eso su aventura con el hombre no apropiado no iba a ser una relación, sino sólo algo divertido.

—Cierto, aunque en esta ocasión estoy pensando seducir a un hombre al que ni siquiera conozco.

—Bueno, lo encontrarás, aprenderás a conocerlo y... bang —Cali enarcó una ceja y bajó la voz—. Es un modo de hablar.

—Bueno... —Erin sabía que el tema se complicaba en ese punto—. Estoy pensando saltarme la parte del conocerlo.

Cali colocó la bandeja en la palma de la mano izquierda y la miró de hito en hito.

—No sé cómo lo haces, pero siempre lanzas tus bombas cuando tengo las manos ocupadas.

—Te lo contaré cuando vuelvas —Erin señaló con la cabeza el rincón oscuro donde se abrazaba la pareja que acababa de entrar—. Tus clientes te esperan.

—Pues que esperen. No me gusta sorprenderlos cuando hacen cosas raras.

Erin sabía que su abuelo Rory habría compartido aquella opinión hasta el punto de ignorar a la pareja. Pero, por otra parte, si Rory hubiera seguido aún al frente del Paddington, el bar habría atraído a una clientela completamente distinta.

En momentos así, no podía evitar preguntarse qué opinaría su abuelo de lo que había hecho con su sueño. O qué pensaría de ella. Dio una palmada a Cali en las nalgas para que se pusiera en camino.

—No son cosas raras. Es el amor. Cali se apartó unos pasos, fuera de su alcance. —Puede, pero aquí queremos vender vino, puros y escuchar a Sade, Dido e incluso a U2. No queremos gente que se acaricie debajo de las mesas.

Erin la miró risueña.

—Da gracias a que él no la acaricie por encima de la mesa. Y a que ella no esconda la mano en el regazo de él.

—Créeme —se estremeció Cali—. Yo seré la primera en gritar si entro en un escenario así.

Erin la miró alejarse y observó el resto del bar. Todos los clientes estaban servidos y disfrutaban del humo y la buena conversación. Esa noche no había mucha gente, pero aún era temprano. La hora punta de después del trabajo empezaba sobre las seis y alcanzaba su momento cumbre cerca de las nueve. De nueve a once, ni los camareros ni ella tenían tiempo de hacer nada que no fuera una visita rápida al cuarto de baño.

Después de haber transformado el salón de cerveza de Rory en un establecimiento elegante más acorde con la escena urbana de la calle Principal, no le había ido mal en su primer año abierto;

aunque no había llegado a hacer lo que podrían considerarse beneficios y había vuelto a invertir las ganancias, al menos había cubierto gastos. Su proyección de cinco años para sacar beneficios empezaba a cobrar visos de realidad y cada día le parecía estar más cerca de tener un negocio próspero.

Eso si el presupuesto de la fiesta de aniversario de finales de mes no la situaba en números rojos para toda la temporada.

Pero no quería pensar en eso en aquel momento. Sus pensamientos tenían que ser positivos y productivos si no quería que la tensión resultante la llevara a la tumba antes de tiempo. La fiesta de Halloween que marcaría el aniversario sería la comidilla de la ciudad.

Y más valía que así fuera después de lo que le había costado buscar el tema de la batalla entre el bien y el mal, el negro y el blanco. Había planeado ya su traje de maestra de ceremonias y confiaba en tener el valor de llegar al final con aplomo.

Cuando Cali volvía hacia la barra, Erin miró a su alrededor y descubrió que el resto de los camareros se ocupaban de las mesas, por lo que tiró de su amiga en dirección a la oficina.

Cuando cerró la puerta tras ellas, Cali la miró como si hubiera perdido el juicio.

—Más vale que te des prisa. Tengo miedo de dejar a esa pareja sin carabina más de cinco minutos.

—Toma. Esto es lo que quería enseñarte — Erin le mostró la revista que había llevado consigo al trabajo.

—Hombres con los que hacer cosas antes de dar el «sí» —Cali levantó la vista de la página donde había cinco hombres de pie en fila. Todos eran altos, musculosos y atractivos—. Te estás quedando conmigo, ¿verdad?

—En absoluto —suspiró Erin—. Estoy cansada, ¿sabes? Cansada de la doble moral que hace que los hombres puedan tener aventuras casuales mientras se centran en sus carreras. Cansada de trabajar y no divertirme nunca. Y, con franqueza, estoy cansada de irme a la cama sola.

Cali leyó el artículo y enarcó las cejas.

—Vale, comprendo lo que dices. Tener un hombre con el que hacer cosas resulta tentador — se mordió el labio inferior y pasó a la segunda página—. Lo que me asusta es la idea de lanzarse a buscarlo. Soy demasiado cobarde.

—¿Cobarde tú? ¿Cuándo ha ocurrido y dónde estaba yo para habérmelo perdido?

Era evidente que su atracción por Will le causaba más problemas de los que había confesado a su amiga. Y sí, Erin entendía que podía ser difícil decidir entre responder a la llamada del cuerpo o del cerebro.

Dedicó una sonrisa alentadora a su mejor amiga.

—Tú tienes más valor que nadie que conozca y yo necesito tu apoyo moral y tu ejemplo.

—¿Significa eso que tengo que perseguir a Will para enseñarte cómo se hace? —rió Cali.

Erin le dio una palmadita en el hombro.

—Tampoco ha pasado tanto tiempo que no recuerde cómo se hace. Sólo que...

—¿Qué?

Erin se apoyó en su mesa con un suspiro y con los brazos en jarras.

—Es esa maldita propensión femenina a mezclar los sentimientos. Y yo no quiero sentimientos en esto. No quiero obsesionarme con lo que me voy a poner o con si tengo que depilarme o si me va a llamar.

Cali se encogió de hombros.

—Pues llámalo tú y ponte lo que te apetezca. O déjate los pelos si no te apetece depilarte. Si va a ser un lío puramente sexual, no empieces a jugar con tu cabeza.

Erin asintió. Su amiga tenía razón. La incertidumbre no tenía cabida en su personalidad ni en sus planes. Poner sus miras en un hombre con el que hacer cosas era un paso positivo para resolver un problema en particular, no era algo que requiriera una gran cantidad de angustia emocional.

De hecho, no requería otra cosa que no fuera la participación de su cuerpo necesitado. Ella podía hacer eso y lo haría.

—Tienes razón. No me voy a echar atrás. Esto sólo va a ser juego y diversión.

—Muy bien —Cali terminó de hojear el artículo y le devolvió la revista—. Y si a ti te va bien, puede que yo también lo intente.

—Con Will, ¿verdad?

—Ya veremos —Cali avanzó hacia la puerta—. Creo que te observaré a distancia, tomaré notas, analizaré, formaré hipótesis y todo eso —abrió la puerta—. Buena suerte.

Salió de la estancia y Erin decidió tomarse un minuto para revisar su correo electrónico. Aún no había tenido ocasión de ver si había respondido alguna de sus amigas de La Manzana de Eva.

Pocos segundos después encontraba una respuesta de Samantha. Sonrió y se sentó en la silla para leerla con comodidad.

De: Samantha Tyler
Enviado: Jueves
A: Erin Thatcher; Tess Norton
Asunto: Re: Hombres con los que hacer cosas

Querida Erin: ¡Hombres con los que hacer cosas!¡Vaya idea! Tu nota me excitó mucho. ¿Si me vendría bien una fiesta de sexo sin complicaciones? Mmmm, sí. Sobre

todo sin complicaciones. Estoy harta de la palabra «relación». Compromiso, decepción, fantasías arruinadas... no parezco muy amargada, ¿verdad? En cualquier caso, cuenta conmigo.

En cuanto al Tipo Terrorífico... no sé. ¿Cómo de terrorífico? ¿Terrorífico a lo Hannibal Lecter o sólo terrorífico por lo que te hace sentir? La verdad es que a mí me gustan los tipos raros. En el instituto siempre me enamoraba de los más extraños. Tenían mucha más personalidad que los cachas que jugaban al rugby. Ja! Los tontos sin cerebro. ¡Eh! Ese es el hombre con el que yo quiero hacer cositas, con un tonto sin cerebro. ¿Qué os parece?

Yo digo que vayas a por ello... con cautela. Llévate un spray de pimienta a la cita si parece terrorífico de verdad y corre como el diablo. En cuanto a cómo acercarte a él... Erin, estamos hablando de un hombre; sólo tienes que sonreír y él hará el resto. Y tennos informadas de todo.

Con cariño, Samantha.

Erin sonrió y volvió a leer el mensaje. La salida del Tonto Guaperas era muy propia de Samantha. Y sin embargo, no podía ser peor que el Tipo Terrorífico. Por lo menos sería fácil de encontrar y además predecible.

Aquello era algo en lo que Samantha, Tess y ella estaban de acuerdo. Los hombres no cambiaban. Eso le hizo preguntarse qué hombre elegiría Tess para ella. Cerró el mensaje de Samantha y revisó el resto del correo. Tardó poco en encontrar el correo que esperaba.

De: Tess Norton Enviado: Jueves
A: Erin Thatcher; Samantha Tyler
Asunto: Re: Hombres con los que hacer cosas

Querida Erin: ¿El playboy del mundo occidental? ¿Te has vuelto loca? Dash Black está tan lejos de mi alcance que tengo suerte si puedo regarle las plantas. Vale, lo sé, acabo con un montón de perdedores, pero a Brad y a mí nos va muy bien, gracias. Me explicó anoche por qué no había acudido a nuestra cita y, eh, esas cosas pasan, ¿no?

Además, me va a llevar a la fiesta de Nochebuena de Robert de Niro en Tribeca. Ahora sólo tengo que buscar un vestido que cueste como los de Tommy Hilfiger y parezca de Versace. ¿Y crees que habrá zapatos de Jimmy Choo en las tiendas de segunda mano del Ejército de Salvación?

En cuanto a tu Tipo Terrorífico... adelante, guapa. Ñam. Me encantan todas las posibilidades. La idea es maravillosa y las dos merecéis soltaros la melena y divertiros un poco. Hay un millón de hombres poco apropiados por ahí y todos están esperando a que unas criaturas maravillosas como vosotras les hagan una seña.

La vida es corta. Empezad a comer por el postre. Hacedlo. Forjaos recuerdos interesantes. Pero tened cuidado, ¿vale? No os precipitéis. Pensad lo que haría yo en vuestro lugar y luego haced lo contrario.

Con cariño, Tess.

Erin soltó una risita y se obligó a levantarse de la silla y volver al bar, donde la esperaba mucho trabajo.

¿Qué le ocurría? Había perdido su capacidad para concentrarse en el Paddington y encima no le importaba. O por lo menos parecía eso últimamente. Tal vez necesitara una receta de Prozac.

O quizá sólo tenía que recordar todo lo que le había enseñado Rory sobre vivir la vida al máximo y no matarse a trabajar, que era lo que hacía últimamente.

Pero no dejaría que aquello continuara. Controlaría aquella tendencia al despiste y celebraría el éxito del bar a lo grande. De su bar. De su idea. Del Paddington de Erin Thatcher en la calle Principal. Tenía que empezar a pensar en aquel lugar como suyo en lugar de seguir volviendo la vista medio esperando encontrarse con el ceño fruncido de Rory por lo que le había hecho a su bar.

Además se divertiría de lo lindo con su hombre para hacer cositas. Sin complicaciones ni sentimientos y sin ningún miedo. En su vida con Rory había aprendido algunos trucos de supervivencia y no iba a decepcionar ahora a su abuelo.

Seguiría adelante y probaría que era digna de llevar el nombre de Thatcher y del regalo del Paddington.

Cali iba por las mesas charlando con los clientes, tomando pedidos y esquivando las insinuaciones que, gracias a Dios, eran pocas y todas bastante inocentes.

Había trabajado en sitios peores y visto cosas peores. Aquel trabajo con Erin había sido un respiro que su vida necesitaba desesperadamente.

El Paddington atraía a dos tipos de clientes. En primer lugar, estaban los que Erin definía, con ayuda de las observaciones de Will, como «las ratas que querían subir», profesionales masculinos jóvenes y seguros de sí mismos que recordaban a Frank Sinatra y Dean Martin y el resto de los actores originales de *Once en el mar.*

Cali no habría hecho necesariamente aquel vínculo de no haber sido porque Will era un gran fanático de las películas antiguas. Pero, al parecer, las mujeres profesionales no habían tardado tanto en hacer la conexión, ya que el lugar empezaba a llenarse de faldas demasiado estrechas a medida que empezaba la caza del hombre.

En segundo lugar estaban las parejas que buscaban intimidad, luces tenues y un ambiente que permitiera actividades ilícitas. El Dúo Osado eran sólo los más atrevidos de los clientes habituales que pasaban horas después del trabajo disfrutando del vino y la compañía del otro. El resto se las arreglaba para mantener sus asuntos románticos en privado, como debían ser los asuntos románticos.

Cali y Erin se divertían intentando adivinar la naturaleza de las relaciones, inventado historias de aventuras imaginarias, tanto en su atracción primera como en la historia más adelante. Patético, claro. Dos jóvenes atractivas y solteras que observaban a los demás en lugar de disfrutar del sexo en

la ciudad.

Cali no comprendía cómo era posible que los personajes de la tele consiguieran equilibrar sus profesiones con toda la diversión que tenían. Entre el trabajo, el estudio y las tareas de todos los días, a ella apenas le quedaba tiempo para dormir, y mucho menos para sacar energía para mostrarse ingeniosa, inteligente y todas las demás cualidades que debía tener una mujer fatal.

La mayor parte del tiempo era una lucha sentirse simplemente mujer, no ya fatal. Pero nada de eso parecía amilanar a Will Cooper.

Éste respetaba y elogiaba sus ideas sobre el guión en el que trabajaban conjuntamente. Y parecía disfrutar de su compañía. Después de todo, no pasaba horas en el Paddington porque esperara que ella fuera tener muchas ideas coherentes allí.

Bastante hacía con no confundir los pedidos de los clientes; no solía estar en condiciones de discutir puntos finos del argumento o determinar el valor de una escena concreta.

Terminó de limpiar una mesa vacía, se volvió hacia la barra con la bandeja cargada... y se encontró con los ojos de Will. Respiró hondo, admirada una vez más de la intensidad de la ternura que embargaba su corazón.

La montura dorada de las gafas de él se fundía a la perfección con el color besado por el sol de su pelo y el tono claro de sus ojos. Era un hombre hermoso, una descripción que ella no solía aplicar a los hombres, pero que describía a Will de maravilla.

Cali no pudo resistirse, era como un pez atrapado en un anzuelo. Avanzó con la bandeja en su dirección, atraída por su expresión dulce de malicia infantil. Su sonrisa casi la hizo caer de rodillas.

Sabía que esa frase era un tópico. Si había aprendido algo en sus clases de escritura creativa era a no conformarse nunca con lo primero que le pasara por la cabeza, porque el trabajo de buscar otra cosa solía compensar casi siempre.

Pero aquello no importaba ahora, porque eso era la vida real, no ficción. Y el modo en que la miraba Will Cooper hacía que le costara un gran esfuerzo andar. Esa noche estaba más vulnerable porque sus pensamientos habían entrado en territorio tabú después de oír los planes de Erin para seducir a un hombre. Un hombre al que todavía no conocía.

Y Cali conocía bien a Will.

Sintió un escalofrío en la base de la columna, dejó la bandeja en la barra y se acercó a Will todo lo que permitía el decoro, y después se acercó más... hasta colocarse entre su taburete y el que había al lado.

La expresión del rostro de él, su aire pensativo y su sonrisa un poco torcida le dieron deseos de subirse a sus rodillas, echarle los brazos al cuello y acabar con aquel tema de no tocarse nunca.

—Uno de estos días tendrás que reorganizar tu agenda e incluir tiempo libre —Will levantó la mano y le metió un rizo detrás de la oreja. Su mano se demoró un instante y de pronto frunció el ceño y la retiró, con una expresión de sorpresa en el rostro, como si no supiera que su mano tenía mente propia.

Cali se reprimió para no acercarse más y enterrar el rostro en el cuello de él. La tentación de su calor resultaba difícil de ignorar. Lo que hizo, sin embargo, fue levantar la mano para recorrer el mismo camino que había seguido la de él, lo cual resultó igual de revelador. Will miró el movimiento de sus dedos y el posterior que hizo para intentar cubrir su metedura de pata.

La mirada de él se encontró con la suya y Cali adivinó lo que él veía. Los ojos de ella eran grandes y líquidos y no podían ocultar sus sentimientos. Y no estaba segura de querer que Will viera lo que sentía en ese momento.

El modo en que el corazón le latía con fuerza cuando pensaba en su contacto, el modo en que bajaba la excitación por su columna para instalarse en el núcleo de su vientre, donde deseaba ardientemente que Will pusiera la mano.

Pero él miraba y esperaba y la vacilación de ella sólo lograba empeorar las cosas. ¡Si Erin no hubiera plantado en su mente la semilla de la idea de la seducción! Pero lo había hecho y ahora miraba a Will a los ojos y no podía pensar en nada más.

Retrocedió un paso y se esforzó por mostrarse inexpresiva.

—Tengo tiempo libre, pero es las mismas noches que tengo clase. Que tenemos clase.

Will sonrió.

—Y si tres noches a la semana estamos juntos en clase y las noches que trabajas vengo aquí, ¿por qué tengo la impresión de que no pasamos suficiente tiempo juntos?

—Porque no pasamos ningún tiempo juntos —Cali se encogió de hombros. ¿Quería él que pasaran tiempo juntos?—. Estamos en clase o en el trabajo, o intentando escribir en ratos que parecen tan largos como una pausa para publicidad.

—Sí, lo sé —Will rozó otro de sus rizos y esa vez bajó la mano por el lateral del cuello de ella—. Pero yo me refería a nosotros. A pasar tiempo juntos.

—¿Nosotros? ¿Juntos sin trabajar en el guión? —Cali quería asegurarse de lo que pensaba él, porque lo que ella pensaba debía de resultar evidente. Sentía mucho calor en las mejillas.

—Exacto —Will llevó de nuevo la mano a la jarra de cerveza y sonrió—. Creo que a eso se le llama salir juntos.

—Salir juntos —suspiró ella. Tomó la bandeja y pensó que tenía que decidirse. Ahora o nunca—. Eso suena de maravilla.

Y antes de alejarse, se echó hacia adelante y lo besó en la mejilla.

4

Raleigh Slater necesitaba dormir. Las siestas y ratos perdidos en los que dormía a trozos ya no le servían. Necesitaba ocho horas. Necesitaba diez horas. O mejor dieciocho. Estaba agotado y empezaba a notarse.

No en su trabajo. Eso no ocurriría nunca. No había trabajado como un esclavo toda su vida para estropearlo ahora todo quedándose dormido en el trabajo. Pero empezaba a notarse en su cara.

Se pasó una mano por la mandíbula, que necesitaba un afeitado, temeroso de que, con lo cansado que estaba, acabara cortándose la yugular si acercaba aunque fuera una maquinilla eléctrica a su piel. Miró su reflejo en el espejo y se dio cuenta de que aquella posibilidad tenía su encanto.

Un tajo limpio y terminaría todo. Su carrera, su vida y la maldita espera que había iniciado desde que hiciera un trato con el príncipe de la oscuridad en persona. Una decisión que Raleigh vivía para lamentar.

Sí, un buen tajo y habría terminado con aquella pesadilla. ¿Y no era eso precisamente lo que Él esperaba que hiciera Raleigh? ¿Que comprendiera el error monumental que había cometido cuando dijo que no?

Por eso Él le había enviado a la mujer. Raleigh tendría que haberse dado cuenta antes. Había tardado demasiado en adivinarlo.

Cada vez que se daba la vuelta, ella estaba allí, cruzando su línea de visión, distrayéndolo del asunto que tenía entre manos con sus piernas largas como el Mississippi y su piel increíblemente clara, teniendo en cuenta que vivía en una ciudad donde el sol comía y quemaba la carne con abandono... y su cabello cobrizo que se agitaba al viento...

¿Cabello cobrizo? ¡Maldición! ¿Acababa de escribir «cabello cobrizo»?

Sentado en un reservado de un rincón oscuro alejado de la barra, Sebastian manoseó el lápiz hasta que amenazó con romperse bajo la presión de su frustración rabiosa. Miró con fijeza el papel amarillo, movió la cabeza e hizo una mueca.

La protagonista femenina de aquella novela de Ryder Falco no tenía cabello cobrizo. Era una rubia clara, como correspondía a su naturaleza angelical. Tópico, quizá, y a lo mejor cambiaba de idea durante las revisiones, pero una cosa era cierta: el cabello cobrizo del que escribía era de Erin Thatcher y no de su heroína de ficción.

Después de otra noche con menos de tres horas de sueño... ¿o era ya de día cuando se metió por fin en la cama?... había decidido que esa noche haría su visita, largo tiempo aplazada, al Paddington. Y esa vez había conseguido cruzar la puerta.

Había esperado para entrar en un momento en el que sabía que habría bastante gente, ya que quería pasar desapercibido el máximo tiempo posible. Del mismo modo en que pasaba desapercibido cuando paseaba de noche por las calles, el mejor modo que había encontrado de meterse en la piel de Raleigh y poder avanzar con su historia. ¿Y qué si siempre terminaba en la esquina de enfrente del bar mirando a través del escaparate de la calle Principal?

Lo hacía porque necesitaba observarla en su hábitat natural para planear su próximo movimiento. No era tanto un león que espiara a una gacela como un halcón que se preparaba a sorprender a una presa que no se lo esperaba. Aunque dudaba de que ella no hubiera notado las chispas que saltaban entre ellos. Además, la había sorprendido más de una vez lamiéndose los labios mientras lo miraba.

Había llevado papel y lápiz al Paddington y se había instalado en un reservado desde donde podía ver bien la barra circular en la que ella gobernaba. Le gustaba que fuera una mujer al cargo de su mundo.

La seguridad en uno mismo era algo bueno. Implicaba que sabía lo que quería. Disminuía las probabilidades de que fuera demasiado tímida para responder a cualquier pregunta que él le hiciera. O para contestar a lo que le pidiera. Quería darle a Erin Thatcher lo que quería, porque quería averiguar la fuente de sus obsesiones. Y para eso tenía que llevársela a la cama.

Erin no podía respirar. Dudaba de que sus pulmones volvieran a trabajar alguna vez y, si lo hacían, seguiría también sin poder respirar. Y no, lo que se lo impedía no era el humo de los puros.

Estaba completamente paralizada.

El sudor bañaba sus palmas, le cosquilleaba en la parte baja de la espalda, empapaba el sujetador que llevaba debajo del polo negro. Tenía los pelos de la nuca de punta y la electricidad estática le hacía arder la piel.

Diez minutos atrás se encontraba bien. De maravilla. Pero luego levantó la vista y lo vio. El Tipo Terrorífico, su hombre con el que hacer cosas, estaba sentado en el reservado detrás del Dúo Osado. Y por supuesto, la miraba a ella, observaba todos sus movimientos.

¿Qué hacía allí? No podía creer que fuera una coincidencia. Jamás había ido antes al Paddington. Y no era probable que lo hubiera elegido al azar menos de veinticuatro horas después de que ella hubiera decidido intentar algo con él.

Aquello era muy raro. Demasiado.

Había enviado a Cali a su mesa después de decirle quién era. Su amiga la miró como si hubiera perdido el juicio. ¿Aquél era el hombre al que pensaba seducir? Parecía un hombre que tomaba vírgenes de postre y luego las lanzaba al volcán para diversión personal.

¿Y Erin pensaba que podría sobrevivir a una aventura con él?

—¿Estás loca? —musitó.

Y Erin pensó que, si no regresaba allí en treinta segundos, tendría que cruzar la estancia, estrangularla y despedirla. ¿De qué le servía ser camarera si tardaba tanto en averiguar lo que él

quería? Aquello no era nada bueno para los negocios.

«Cuenta hasta veinte, Erin. Cuenta hasta veinte».

Podría haber contado hasta veinte mil y no le habría servido de distracción. Necesitaba algo, lo que fuera, que borrara la sensación de que observaban todos sus movimientos y miraban su cabeza como se mira un melocotón maduro antes de arrancarlo de su rama.

Erin se preguntó si él había visitado sus sueños, o si había estado en su habitación en aquellos minutos antes de dormirse en los que imaginó las manos de él en su cuerpo y su sexo.

¿Qué otro motivo lo habría impulsado a ir allí? No podía haber elegido el Paddington al azar, no después de las fantasías que ella había tenido con él. Ella lo había invocado físicamente. Eso era. Había ido allí porque ella lo había llamado mentalmente.

Y nada le había dado nunca tanto miedo.

Sin embargo... no era un miedo a lo Hannibal Lecter, ni tampoco un miedo de los de mojarse los pantalones, por lo menos con el tipo de humedad que se asocia con el miedo. No, era más bien una perturbación temblorosa de los sentidos. Aquella idea hizo que Erin soltara una risita. Y reírse era bueno, ¿verdad?

¿Dónde diablos estaba Cali? ¿Cuánto tiempo se podía tardar en tomar un pedido y recorrer el corto trecho hasta la barra? Pero Erin no osaba volverse, ya que sabía que no podría fingir desinterés.

Al fin oyó los pasos suaves de su amiga.

—¡Vaya, vaya, vaya! —se acercó al frigorífico y sacó una botella de cerveza. Una cerveza cara e importada—. Espero que sepas dónde te metes, amiga. Has elegido un hombre con un gusto excelente.

Erin se apoyó en la barra y se frotó la frente.

—Genial. Decididamente, es plutonio.

—¿Cómo dices?

—Nada. Estoy tratando de decidir si quiero retirarme antes de que sea tarde.

—Ah, ah, de eso nada —Cali movió la cabeza—. He decidido unirme a tu plan de locos.

Erin levantó la cabeza.

—¿Unirte? ¿De qué estás hablando?

—Espera, tengo que servir una cerveza —Cali señaló con la barbilla los taburetes de la barra, que se llenaban rápidamente—. Y tú tienes que dejar de hacer el vago y volver al trabajo.

Después de eso, Erin y Cali apenas tuvieron tiempo de intercambiar alguna palabra aquí y

allá.

—No sé bien lo que escribe —musitó Cali en un momento en que llenaba una bandeja—. Parece un artículo o un diario. A lo mejor incluso una historia.

—¿Una historia? ¿Tú eres guionista y no sabes lo que está escribiendo? —Erin colocaba unas jarras limpias debajo de la barra—. ¿Para qué te pago si no sabes espiar un poco?

—Si crees que me pagas mucho, es que necesitamos hablar —Cali se alejó antes de que Erin tuviera tiempo de responder.

Procuró concentrarse en los clientes que rodeaban la barra circular. Se hacía tarde y a los clientes profesionales se habían unido los más bohemios que frecuentaban el Paddington hasta altas horas.

¿Y por qué no? Muchos artistas pasaban tiempo creando en cafés tranquilos. Will Cooper también estaba inclinado sobre su cuaderno intentando poner orden en el guión que escribía con Cali; aunque aquella noche parecía más distraído que de costumbre.

¿Por qué, entonces, no iba a iba a escribir también algo creativo su Tipo Terrorífico, si es que era eso lo que escribía y no una lista de posibilidades relacionadas con el plutonio? Ahhh. ¿Aquello no iba a terminar nunca?

Decidió dejarse arrastrar a alguna de las conversaciones de la barra en busca de distracción. Cualquier cosa con tal de mantenerse ocupada, centrada en el trabajo, y dejar de preguntarse qué hacía él allí, qué quería de ella y por qué no había ido aún a buscarlo.

Retiró varias jarras vacías y, se hallaba limpiando el mostrador cuando Cali se colocó entre la nevera y ella.

—Decididamente es una historia de algún tipo —dijo; sacó una segunda botella de cerveza—. Con líneas de diálogos y párrafos cortos.

Se alejó sin dar tiempo a que Erin contestara, por lo que ésta volvió a quedarse sola pensando en él.

¿Y si Cali se equivocaba? ¿Y si no era una historia sino una crítica de restaurante? No porque ella sirviera comida que mereciera el tiempo y los esfuerzos de un crítico. Su comida era muy sencilla. Postres y aperitivos que podían ser el complemento perfecto de una botella de vino. No, lo que vendía era el ambiente, justo como había aprendido a hacer con Rory, aunque no el mismo ambiente que había vendido él.

Cometió el error de mirar en dirección a su Tipo Terrorífico y descubrió que él no escribía, sino que la miraba fijamente, poniendo a prueba su capacidad para soportar un escrutinio que no tenía nada de casto. Clavó los dedos en el trapo que sostenía en la mano y apretó con fuerza.

Los ojos de él eran brillantes, una especie de resplandor verde que veía mucha cosas que ella se esforzaba por ocultar. Cosas que no le había dicho a Cali, cosas que jamás le habría contado a Rory, cosas que odiaba decirse a sí misma, pero que él adivinaba muy fácilmente con sólo una mirada.

¡Pero qué mirada! No era erótica; era irresistible. No era ardiente, era devoradora, posesiva. Intensa de un modo que la obligaba a revisarse el pelo en busca de mechones sueltos, el rostro en busca de manchas o cicatrices y la mente en busca de miedos que quería que él explorara. Odiaba aquella vulnerabilidad, pero también quería quitarse la ropa y darle todo lo que le pidiera.

De pronto, viéndolo allí observándola, el pecho le pareció muy pequeño para contener su corazón de latidos rápidos. La piel le ardía como si el contacto de los ojos de él fuera un roce físico y no sólo un contacto sugerido. Los brazos, la parte de atrás de las rodillas, el valle entre los pechos... el sudor hacía que le picara la piel. Los pliegues entre las caderas y los muslos se humedecieron por igual. Ardía textualmente.

No supo cómo sobrevivió al resto de la noche; pero lo hizo, charlando aquí y allá, retirando y sirviendo vasos y jarras, y mirando todo el rato el reloj de encima de la puerta principal, el gran reloj heredado del Paddington original y cuyas agujas en ese momento se acercaban a las dos.

El Tipo Terrorífico al que estaba decidida a conocer mejor fue uno de los últimos clientes en abandonar el bar.

Will, como siempre, esperaba a Cali. Y ésta siempre ayudaba a cerrar a Erin. Los tres se habían reído y charlado como de costumbre mientras recogían, y él desapareció entre los dos últimos viajes de Erin a la cocina.

Al fin ella pudo respirar, cerrar el bar y marcharse a casa.

No sabía si él había regresado a su bloque común, sólo unas manzanas más abajo en la calle Principal, o si se habría retirado a algún club de los que atienden a las criaturas de la noche. Y eso era exactamente lo que le recordaba, vestido en colores oscuros de la cabeza a los pies y con un aire que recordaba a un animal al acecho siempre hambriento.

La atormentaba y por eso había decidido tomar al toro por los cuernos y presentarse la próxima vez que se cruzaran sus caminos. Si no lo hacía, se arrepentiría siempre. Y además, seguramente la etiqueta exigía que se saludaran antes de embarcarse en su coqueteo premeditado.

Metió su Camry en el garaje y subió una rampa tras otra hasta llegar al cuarto nivel. Paddington estaba cerca de su casa y el barrio no era peor que otra docena de sitios de la ciudad, pero Erin valoraba demasiado su seguridad para tentar al destino en mitad de la noche.

Agarró la mochila por una de las asas y se la echó al hombro mientras cerraba el coche. Y entonces, en el segundo siguiente, oyó el sonido que estaba esperando.

Un ronroneo suave, un gruñido que se hacía más intenso a medida que el coche pantera se aproximaba. Un coche negro como la noche, con cristales ahumados, ruedas brillantes y dos tubos de escape a juego. Se quedó inmóvil, apretando con fuerza el asa de la mochila sobre su hombro.

El coche pasó despacio, una máquina poderosa construida por su potencia, una sombra que vigilaba todos sus movimientos. Erin sintió un peso tan intenso en el vientre que clavó sus pies al suelo de cemento. Fijó la vista en la ventanilla del conductor, pero en ella sólo veía su propio reflejo.

Aunque no necesitaba ve la cara de él para sentir los efectos de la mirada que sabía dirigida a ella. La electricidad seguía presente, la quemazón de su imaginación calenturienta y de su cuerpo, que todavía no había olvidado los sueños eróticos de la noche anterior.

El coche entró en su espacio de aparcamiento y Erin vaciló unos segundos, consciente de que había llegado el momento, la oportunidad que esperaba y que tenía que aprovechar. En cuanto oyó que se apagaba el motor, avanzó hacia el ascensor.

Una vez allí, esperó, con la espalda apoyada en un lateral del ascensor y apretando con la mano el botón que sujetaba la puerta abierta, con el corazón golpeándola con fuerza en el pecho y pendiente de los pasos de él.

Pero no los oyó; él dobló la esquina en silencio y se colocó ante ella sin darle tiempo a retirar la mano del botón. La sorprendió esperándolo, y lo único que ella pudo hacer en respuesta fue sonreír.

Sonrió, pues, y bajó la vista porque había perdido la voz. O por lo menos había perdido la capacidad de decir algo inteligente o coherente. Y no creía que decirle que se desnudara fuera un buen modo de romper el hielo, aunque ella deseaba verlo desnudo más que ninguna otra cosa.

No entendía lo bastante de ropa masculina para adivinar su talla, pero las botas eran enormes. Vaqueros oscuros, más cerca del negro que del azul, cubrían las botas en torno a los tobillos. Y sus piernas eran muy largas.

La mirada de Erin bajó despacio hacia los muslos ceñidos y el bulto del pene. Le hubiera gustado que él se volviera y le dejara ver el trasero, pero no había tiempo.

En cuestión de segundos estaban ya en la planta baja. Ella tenía que actuar ya. Respiró hondo, pero no logró calmar sus nervios. Sonrió lo mejor que pudo, pero entonces sonó el timbre y se abrió la puerta, por lo que no tuvo más remedio que salir y confiar en que él la siguiera. Lo hizo. La siguió incluso cuando cruzó el vestíbulo hasta el cuarto de los buzones. Ella lo sintió detrás como el beso etéreo de una sombra, un calor sin más sustancia que la que producía su lasciva imaginación.

En su vientre cobró vida un ansia intensa y nerviosa. Los pasos de ambos resonaban en el vestíbulo, los de ella más. Ondas blanquiazules de impulsos eléctricos removían el aire. El olor del peligro inminente ardía con una intensidad cáustica.

Entonces captó otro aroma, un olor apenas perceptible a colonia exótica, una mezcla cara de bosques verdes y especias. El olor de él. Se estremeció y entró en el cuarto de los buzones.

Él avanzó directamente hacia su buzón y Erin apenas pudo concentrarse en separar la propaganda de las facturas. Sabía que no volvería a tener una oportunidad tan perfecta. Era tarde y los dos estaban solos y libres. Dos seres sexuales sanos que no tenían ni un solo motivo para decir «no».

A menos que él no la encontrara deseable. A menos que ella hubiera imaginado las chispas de antes en el Paddington.

Respiró hondo con decisión y cerró su buzón con fuerza. Se volvió, se detuvo ante la papelera para echar en ella los folletos de propaganda y la tarjeta que le recordaba que era hora de su revisión ginecológica, y metió el resto del correo en la mochila, que cerró en el momento justo en que oyó

cerrarse la puerta del buzón de él. Tres pasos lo llevaron hasta la papelera, donde arrojó el correo que había descartado.

Erin levantó la barbilla y lo miró a los ojos.

—Hola —dijo, con una voz mucho más firme de lo que había esperado—. Soy Erin. Erin Thatcher. Creo que ya es hora de que nos presentemos, teniendo en cuenta que vives encima de mí.

Los ojos de él eran del mismo tono verde que las botellas antiguas de Coca-Cola, un hermoso contraste de luz con las pestañas y cejas, de un negro gótico indiscutible. Su labio superior era estrecho, el labio inferior más lleno, lo que daba a su sonrisa un encanto infantil y muy sexy. Y era lo único infantil que había en todo su cuerpo.

Su mirada no vaciló ni un instante ni hizo nada por fingir que no sabía lo que los dos sabían. Era asombroso lo evidente que resultaba de pronto su deseo. Como si el sexo entre ellos fuera una conclusión esperada, una decisión tomada mucho antes de ese momento, una realidad separada de los dos.

Luego, con una voz que sonaba como si raramente tuviera motivos para halar, con una voz que le recordó el ronroneo del poderoso motor de su coche, una voz resonante, dijo:

—Sebastian Gallo.

Y bajó la cabeza.

No fue el beso lo que ella encontró inesperado. Estaba preparada para ello desde que había desnudado a ambos en sus fantasías. Lo que no había anticipado era la necesidad que él podía desatar. Sintió la tensión en el roce de sus labios, en la distancia que él mantenía entre los dos aunque estuviera tan cerca.

Su cuerpo se llenó de vida y las manos que sujetaban las correas de la mochila se agarraron a él. Era alto y sólido y sus bíceps resultaban duros como piedras al tacto. Ella tenía que levantar la barbilla y ponerse de puntillas para llegar a él. Y no era una mujer pequeña.

Pero el modo en que él colocó las manos en sus caderas la hizo sentirse pequeña, femenina y deseada. Y entonces, como si ya hubiera pasado la prueba y hubiera llegado el momento de explorar hasta dónde llegaba la aquiescencia de ella, el beso de él se hizo más profundo, más duro y ansioso al tiempo que sus manos apretaban contra sí el cuerpo de ella.

Erin sabía que iba a morir. Le ardía la piel con un calor demasiado intenso para que su cuerpo lo soportara. El corazón la golpeaba con un ritmo duro inimaginable y estaba segura de que sus costillas se romperían en cualquier momento, tan intensa era la presión en su pecho. Pero ni la presión ni el ardor eran comparables a los que crecían en lo profundo de su sexo.

Una humedad caliente empapaba sus bragas. Deseaba abrir las piernas más que ninguna otra cosa. Quería que Sebastian Gallo deslizara la mano entre sus muslos y acariciara el botón húmedo e hinchado de ella.

Quería sentir su boca allí. Quería todo eso y más. Y hasta el momento sólo habían compartido un beso. Se preguntó cómo iba a sobrevivir al sexo completo. Él la empujó contra la mesa larga que

recorría toda la pared del cuarto de los buzones y cuyo borde duro empujaba el centro de la espalda de ella, y se aplastó contara ella, empujando su vientre con una erección impresionante.

Sus lenguas se mezclaron; sus alientos calientes también. Erin le acariciaba la espalda, empujándolo más hacia ella. Lo quería más cerca, pero la ropa y el lugar se interponían en su objetivo.

Y la frustración aumentaba porque no podía hacer otra cosa que permanecer allí bajo su contacto y... oh, oh, sí... separó las piernas al sentir la rodilla de él entre ellas. No podía respirar, el mundo cedía bajo sus pies, pero el muslo de él entre los suyos le impedía caer.

Sebastian se apartó, jadeante, lanzando su aliento en la piel del cuello de ella. Y Erin se estremeció, colocó sus manos entre los cuerpos de ambos y enterró el rostro en ellas. No sabía si seguir abrazada a él o soltarlo.

Lo que sí sabía era que quería más. Y por eso levantó la cabeza, lo miró a los ojos y sonrió, alentándolo a responder de igual modo.

Pero el rostro de él permanecía solemne. Se inclinó despacio, la besó con ternura en la sien y apoyó la frente en la de ella:

—Encantado de conocerte, Erin Thatcher.

—El placer es mío —musitó ella con esfuerzo.

Sebastian soltó una risita.

—Me alegro. Confiaba en no ser el único que sentía placer con esto.

—No, no lo eres —susurró ella.

Él le pasó un brazo en torno al cuello y la miró a los ojos.

—¿Qué te parece si continuamos la fiesta arriba?

5

Erin se apoyó en una de las paredes del ascensor principal que subía a su estudio. Sebastian se apoyó en la pared opuesta, con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos, las manos a la espalda, la cabeza echada hacia atrás y la barbilla levantada. Su mirada no se apartaba del rostro de ella.

Y eso le provocaba a ella una sonrisa nerviosa y excitada.

Intentaba no mover el peso de un pie al otro, no cambiar la mochila del hombro izquierdo al derecho, meter el estómago, levantar la cabeza, enderezar los hombros... pero era muy difícil permanecer quieta bajo aquel escrutinio tan intenso.

¿Cómo era posible que unos ojos verdes tan suaves mostraran a la vez un filo duro como el cristal?

A Erin le hubiera gustado hundirse bajo el peso de él en su cama blanda, cubrir los cuerpos de ambos con el edredón y aprender sus caricias en el santuario privado de su dormitorio. Podía imaginar el olor de las velas ardiendo, el aroma de la piel exótica de él, la luz ardiente reflejada en sus ojos.

Pero deseaba más aún ver su estudio, aprender lo que pudiera de sus pertenencias, de lo que lo rodeaba, del modo en que vivía. El ascensor inició su lenta escalada y Sebastian adelantó un paso y luego otro. Un tercer paso lo llevó a pocos centímetros de donde estaba ella, que apretó los puños. Las dos manos de él se colocaron en la pared, por encima de los hombros de ella, formando una trampa de la que Erin no sentía ningún deseo de escapar.

Lo que sí sentía era ansia de sus besos.

Levantó la barbilla, separó los labios y él bajó la cabeza y frotó la mejilla de ella con la suya. Bajó una mano de la pared al pecho de ella, que respiró con fuerza.

Él pareció medir el peso y la redondez del pecho, rozó el pezón con el pulgar y ella se estremeció y quiso devolverle el favor, descubrir la sensación de su cuerpo debajo de la ropa.

Pero no se movió; permaneció esperando. Inmóvil. El aliento cálido de él en el cuello hizo que se le pusiera la carne de gallina en los brazos y se tensaran más sus pezones.

Sebastian sonrió. Pellizcó el pezón entre el índice y el pulgar y ella lanzó un gemido.

Él acercó la mejilla a los labios de ella y bajó la mano a la cintura femenina. Siguió bajando hasta el vientre plano y luego más todavía, hasta que su dedo encontró la costura del pantalón que se extendía entre las piernas de ella y la apretó hacia arriba, directamente contra el clítoris.

Erin jadeó, gimió y se reprimió a tiempo de suplicarle que se pusiera de rodillas. Él retiró la mano y le bajó la cremallera del pantalón, mientras seguía sujetando la parte superior de su cuerpo contra la pared con el peso del suyo.

Deslizó la mano dentro de los pantalones, sus dedos rozaron el elástico del tanga de ella y bajaron hasta los labios de su sexo y su clítoris duro y dolorido. Ella le mordisqueó el cuello y clavó los dedos en los músculos de sus hombros. Abrió las piernas para dejarle acceso, se subió un poco y...

Sí. Era allí. Él había encontrado el punto exacto y ella subió la cadera hacia un lado. El dedo de Sebastian, primero uno y luego dos, entró más y más adentro, llenándola, retirándose casi por completo y volviendo a entrar para tocar la almohada suave en la que se centraban sus sensaciones.

Repitió cada movimiento, acariciándola como si él disfrutara más que ella. Esa idea, darse cuenta de que le gustaba lo que le hacía, sorprendió y afectó con fuerza a sus emociones femeninas, aunque ella se había jurado que no tomarían parte en aquel encuentro.

Demasiado tarde. Se estremeció, tembló y se aferró a él con fuerza. Increíble. No podía... La mano de él, sus dedos, grandes y fuertes... Y ella no quería que parara nunca. Y los espasmos continuaban, llevándola a través de un orgasmo que amenazaba con doblarle las rodillas y hacerla caer al suelo.

Recuperó lentamente su equilibrio físico y se dio cuenta de que estaban en el ascensor con las puertas abiertas, aunque no sabía cuándo había ocurrido eso.

Sebastian retiró la mano despacio y ella se colocó la ropa y se apartó el pelo de la cara mientras pensaba que lo que más la asustaba de él era el modo en que atravesaba sus defensas.

Ningún otro hombre, ni siquiera aquéllos de los que se había considerado enamorada, le habían provocado reacciones físicas tan fuertes.

Había tenido su parte de sexo y seguramente más que su parte de orgasmos, ya que nunca se había mostrado reticente a pedir lo que le correspondía por derecho. Y sí, era cierto que llevaba ya un tiempo fantaseando con él, pero eso no explicaba lo que acababa de ocurrir ni el modo en que se había dejado llevar.

¿Por qué era precisamente ese hombre, con el que sólo quería una relación física, el que era capaz de apartar todas sus inhibiciones?

Cuando llegaron a la puerta del estudio de él, aún no se había recuperado del todo. Sebastian sacó una llave-tarjeta del bolsillo, pulsó la combinación en el panel electrónico y se oyó un clic en la cerradura.

Antes de abrir la puerta, le pasó un brazo alrededor del cuello y la obligó a levantar la cabeza.

—Erin —la miró a los ojos—. Podemos parar aquí. No es demasiado tarde.

Aquello no era lo que ella esperaba. Tanto la sorprendió que casi no supo qué contestar, aunque notó que su nerviosismo disminuía un tanto.

—No estoy tan segura de eso —repuso—. Ni el cuarto de buzones ni el ascensor volverán a ser lo mismo.

Él movió la cabeza.

—No me refiero al edificio, sino a ti. No quiero que lamentes...

—¿Lo que hemos hecho? No lo lamento —le aseguró, porque de pronto le pareció importante hacerlo así.

Sebastian movió la cabeza de nuevo y acarició el cuello de ella.

—No estoy hablando de lo que hemos hecho, sino de lo que vamos a hacer.

El modo en que lo dijo... el modo en que la tocaba... Erin no podía respirar, no podía tragar. La mirada de él no era gentil ni amable, sino exigente y depredadora y muy, muy ardiente.

Se preguntó lo que ocurriría si él perdía el control. O si le decía que llevaba semanas esperando lo que iban a hacer.

—Vamos a entrar —dijo.

Con sexo o sin él, llevar a Erin Thatcher a su casa no era el mejor modo de quitársela de la cabeza y él debería haberlo sabido. Después del error cometido al besarla en el cuarto de los buzones, debería haber tenido el sentido común suficiente para acompañarla a su puerta y darle las buenas noches.

Pero en lugar de eso, la había llevado a su casa. A un lugar donde no había entrado nadie.

Se preguntó cuánto tiempo conseguiría mantener el secreto de su intimidad o cuánto tardaría en perder su tranquilidad mental. Su única excusa para haberla metido en su casa y en su vida era la locura.

La locura y su pene, que parecía a punto de explotar. Y sus testículos, que seguro que lucían ya un color azul poco sano.

Se apoyó en la puerta cerrada y la observó mirar a su alrededor. No había mucho que ver. Un sofá grande de cuero negro, la cadena de música, los discos y poca cosa más.

Las demás paredes de la gran habitación principal estaban llenas de estanterías que contenían cientos, tal vez miles, de libros de tapa dura. Nunca le habían gustado los libros de bolsillo, sobre todo desde que podía permitirse comprar lo que le apeteciera.

Bestsellers, literatura clásica, libros de investigación, su colección entera de Ryder Falco. La escalera de biblioteca estaba aparcada al lado de una zona de literatura paranormal.

Erin entró despacio en la estancia, vacilante, claramente insegura de que lo se iba a encontrar. Después de todo, no sabía nada de él aparte de que podía acariciar un cuerpo femenino. Seguramente por eso estaba allí. Por el sexo. No debía engañarse y pensar que estaba allí por él.

Nadie había estado nunca allí por él.

—No tienes televisión.

Era raro que aquella fuera su primera observación.

—No.

—Yo tampoco. Bueno, hay una en la oficina del Paddington. Prefiero leer —señaló las estanterías interminables—. Aunque es evidente que no leo tanto como tú —añadió con una risita—. Soy miembro de un grupo de lectura de Internet y me gusta ver cómo un puñado de lectores pueden tener puntos de vista tan contrarios sobre un libro.

Estaba nerviosa. Curioso, porque no lo había parecido ni en el cuarto de buzones ni en el ascensor, pero ahora que estaban allí y separados, sí lo estaba.

—Sí, me gusta leer —comentó él.

—Lo he notado —sonrió ella.

Se acercó despacio a las estanterías cerradas, mirando los títulos, sonriente, disfrutando de sus descubrimientos, cosa que aumentó aún más el nudo que sentía él en el estómago. Apreciar su entusiasmo callado se parecía mucho a meterse en su mente, y no era allí precisamente donde deseaba entrar en ese momento.

Vio que sacaba un libro de su estante y se acercó a ella. Su retrato en las solapas de sus libros no era muy bueno, pero no quería correr el riesgo de que sacara *El demonio se echa una amante,* colocado en el estante superior.

Erin vaciló un momento y devolvió el libro a su lugar. Después esperó, cerró los ojos y soltó un suspiro que Sebastian supuso que significaba que estaba lista. Le quitó la mochila y la depositó en el suelo. Colocó las manos en los hombros de ella, cambiando el peso de la mochila por el de su contacto.

Ella sonrió con una gentileza que él sintió en lugares en los que supuestamente no debería sentir nada. Con los ojos todavía cerrados, levantó las manos hasta cubrir las de él.

—¿Me vas a enseñar el resto del estudio? —preguntó, volviéndose en sus brazos.

Sebastian retrocedió un paso. El instinto le decía que ella estaba a punto de ponerse de puntillas para pedir un beso. El beso del cuarto de buzones había sido calculado para captar su reacción, la predisposición de su cuerpo, su estado mental.

Pero la intensidad del beso lo había pillado desprevenido y no quería repetirlo hasta que la entendiera mejor.

—No queda mucho que ver, la cocina, el dormitorio y el baño. Y el gato —añadió, al ver pasar a Redrum.

Erin siguió al gato negro con los ojos hasta que desapareció en la cocina con arrogancia.

Después lo miró a él con una sonrisa en los labios.

—Sé que te parecerá raro, pero me encantaría darme una ducha caliente antes de que... hagamos lo que has prometido que vamos a hacer —se encogió de hombros—. Es por el humo del bar. Y sí, sudo cuando trabajo.

Sebastian había probado su sudor en el cuello y captado el aroma a humo en el pelo, que olía también a hierbas, y ninguna de ambas cosas había hecho que disfrutara menos de ella como mujer.

Sin embargo, la idea de verla desnuda bajo la ducha lo atraía mucho.

—No es problema —señaló la parte de atrás del estudio y ella lo siguió.

Evitaron la cocina y ella no dijo nada ante el estado del dormitorio, donde él había tirado la colcha sobre la sábana de abajo y nada más y donde había un montón de ropa en el suelo que todavía no había llevado a la lavadora, por no hablar de los cuadernos, papeles y textos de investigación esparcidos en la mesa de trabajo, que ocupaba más espacio que la cama.

Una mirada rápida lo convenció de que no había nada que le permitiera a ella adivinar su identidad. Y Erin permaneció silenciosa y pensativa, por lo menos hasta que echó su primer vistazo al cuarto de baño.

Allí dejó caer la mandíbula y miró a su alrededor sorprendida. Sebastian la comprendía muy bien. Él se había quedado igual la primera vez que vio el diseño acabado de su sueño.

Erin se tapó la boca con las dos manos, movió la cabeza y miró el cromo, el cristal y el mármol gris negruzco. El sueño de ónice la impulsó a quitarse los zapatos para disfrutar de su superficie.

—Y yo pensaba que mi baño era decadente — movió la cabeza—. Es asombroso. No, es hedonista. Puede que no quiera salir nunca de aquí —pasó un dedo por uno de los grifos de cromo—. Tengo debilidad por los cuartos de baño, ¿sabes?

No. No lo sabía; sólo sabía que a él le ocurría lo mismo.

Erin entró en la zona de la ducha y él cerró la puerta tras de sí. El clic del picaporte resonó en la estancia, un sonido que él asociaba con aislamiento y seguridad. Nunca antes había deseado compartir el ritual de la ducha y se preguntó por qué le ocurría en ese momento.

La respuesta era fácil. Sexo.

Nada menos que sexo. Y nada más que explorar aquella obsesión perturbadora.

Se apartó de la puerta y entró en el espacio de la ducha. Un jacuzzi permanecía olvidado en un rincón. En esa habitación, Sebastian prefería chorros de vapor caliente que surgían de todos los lados.

Miró a Erin y se preguntó hasta dónde podría llevarla y hasta dónde querría ir ella.

Erin respiró hondo y se volvió hacia él. Lo vio quitarse las botas y los calcetines, que lanzó al

otro lado de la estancia. A continuación se quitó el suéter negro y los vaqueros.

Quedó en pie, con un calzoncillo negro corto, que parecía contener a duras penas su pene erecto.

Llevó las manos a la camisa de ella, que sacó de los pantalones. Erin le dejó quitársela y lamentó no llevar ropa interior de encaje. A Sebastian no pareció importarle; tomó sus pechos en las manos y acarició los pezones.

Ella llevó las manos al cierre de la parte de atrás del sujetador, pero él la detuvo con un movimiento de cabeza y ella se dejó hacer, odiando la espera y disfrutando al mismo tiempo de ella.

Él buscó el botón de sus pantalones y le bajó la cremallera. Y poco después ella estaba vestida sólo con el sujetador y el tanga negro; captó su reflejo en un espejo que había detrás y sonrió. Sebastian se volvió para seguir la dirección de su mirada.

Se encogió de hombros con un asomo de sonrisa y ella se apretó contra él.

—¿Qué me dices? ¿Perfectos como modelos de Calvin Klein?

Él movió la cabeza y apoyó las manos en los hombros de ella.

—Me parece que no miramos lo mismo.

Erin miraba el contraste del algodón negro con la carne blanca, la piel más oscura de las manos de él en los hombros, más pálidos, de ella.

—Dime lo que ves tú y yo te cuento lo mío — propuso.

—¿Tu qué? ¿Tus fantasías tal vez? —él enarcó las cejas—. ¿Las que tienes conmigo?

Erin encontró aquello muy arrogante.

—¿Crees que tengo fantasías contigo?

—¿No es por eso que estás aquí?

Ella recordó por qué estaba allí y pensó que Sebastian tenía que saber que soñaba con él, que en su mente se habían acostado juntos docenas de veces.

—¿Estoy aquí por la fantasía? —lo miró a los ojos—. Esto no es la realidad, ¿verdad?

—Depende de lo real que tú quieras que sea.

Se estaban moviendo en círculos, pero, fantasía o realidad, ella necesitaba establecer algunas normas.

—¿De verdad? —preguntó—. Yo quiero que esto sea fabuloso, pero también quiero saber que puedo salir de aquí cuando quiera irme, aunque sea ahora mismo.

A él le brillaron los ojos. Bajó las manos hasta las muñecas de ella y se apartó, privándola del calor de su cuerpo. Su sonrisa no era divertida ni cínica, pero parecía marcar su aceptación de la realidad definida por ella.

Llevó las manos a la cintura del calzoncillo y lo bajó de un movimiento, dejando libre su magnífica virilidad.

El sexo de ella se abrió y se hinchó y tuvo que reprimirse para no tocar aquel pene que tanto deseaba sentir. Sin embargo, no tuvo tiempo de hacer otra cosa que no fuera mirar, ya que él pasó a su lado y levantó la tapa de una cajita negra lacada que había encima de la coqueta.

—Me voy a duchar —le dijo al reflejo de ella en el espejo—. Si quieres acompañarme, eres más que bienvenida.

Y eso fue todo. Entró en la zona de la ducha que no estaba cerrada y ella contó hasta tres chorros, que no tardaron en llenarlo todo de vapor.

Calor. No podía pensar en otra cosa. Agua caliente, piel caliente, sexo ardiente. El hombre más ardiente que había conocido. Aquella oportunidad era justo lo que buscaba y no volvería a tenerla. Una aventura sin ataduras, sin esperar nada, sin remordimientos.

Respiró hondo, se acercó a la coqueta, levantó la tapa de la caja y suspiró al ver que contenía condones.

Se volvió hacia la ducha.

Sebastian estaba debajo del chorro central, con la frente apoyada en un brazo colocado contra la pared. El agua le caía por la espalda mientras esperaba. Sabía que ella iría. Siempre lo había sabido. Llevaban meses con aquel juego y al fin iban a conseguir lo que querían.

Sólo tenía que asegurarse de que su mente retorcida no intentara llevar las cosas más lejos, imaginar una relación que no existía. Aquello no era una historia de ficción, no necesitaba buscar motivos profundos a sus acciones.

Tenía que purgar su mente de aquella distracción y cumplir su contrato sobre el libro que estaba escribiendo. Y en cuanto a Erin, bueno, no sabía qué buscaba ella, pero cuando la sintió a sus espaldas, se olvidó de sus razones para centrarse en lo único que importaba, la erección que sentía entre las piernas.

Las manos de ella tocaron su espalda y su vientre formó una curva dulce bajo el trasero de él. Erin apoyó la mejilla en su espalda.

Sebastian bajó una mano hasta la base de su pene, que apretó con fuerza para detener el chorro de semen que pugnaba por fluir. Era demasiado pronto; aún no habían probado el paraíso. Erin movió la cara contra él y le acarició los brazos; se detuvo al llegar a la mano que sostenía el pene, deslizó los dedos debajo de los de él y pidió en silencio que le mostrara cómo quería que lo acariciara.

De no haber sido porque la caricia de ella podía poner fin bruscamente a su placer compartido, él habría abierto las piernas y la habría dejado tocar a gusto. Pero no podía ser. Se volvió hacia

ella.

Su belleza lo golpeó con la fuerza de un puñetazo. El agua caía por el rostro de ella, entre las pestañas que enmarcaban sus ojos avellana. Su nariz era un botón gracioso y su boca el sueño de cualquier hombre y de su pene.

Estaba deseando verla explotar de nuevo y oír sus gemidos. Le puso las manos en los hombros y la hizo retroceder hasta que sus talones tocaron la base del banco construido en la pared. Quería que se sentara, abrirle las piernas y saciar su apetito.

Su piel sabía a mar y tenía unos pechos maravillosos, con pezones oscuros. Le mordisqueó el cuello y los hombros y succionó uno de los pezones. Ella dio un respingo y luego gimió y le clavó los dedos en los bíceps.

Sebastian la tomó por los codos y la empujó hasta que quedó sentada en el banco. Se arrodilló entre sus piernas y acercó la boca a su sexo.

Al primer contacto de la punta de la lengua de él, ella soltó un grito y se estremeció. Sebastian sintió sus temblores en la parte interna de los muslos. Le gustaba el sabor de ella, que le hacía pensar en pomelos y olivas, una dulzura salada calentada por el calor de su cuerpo y el del agua que caía sobre ellos.

Acercó las manos a los pliegues entre las caderas y los muslos y deslizó los pulgares en su sexo, que abrió para dejar al descubierto el clítoris hinchado y la apertura húmeda de su feminidad, humedad que no tenía nada que ver con el agua que caía y sí mucho con la lujuria.

La besó, con la boca abierta sobre su sexo, y sintió los testículos duros y el pene empujando en dirección a su vientre. Quería penetrarla, la sola idea era... Se estremeció y la penetró con la lengua.

Erin dio un respingo y se arqueó contra él, apoyada en las manos, colocadas con firmeza a la altura de las caderas. Subió las rodillas hasta el pecho y puso los pies en los hombros de él. Su respuesta casi acabó con él. Rodeó el clítoris con la lengua y empezó a succionarlo mientras la acariciaba con el mismo ritmo con que acariciaba su pene con la otra mano.

No recordaba haber vivido nunca una experiencia tan intensa, tan caliente. Tenía a Erin Thatcher en su ducha, con las piernas abiertas, y su cuerpo aullaba a causa de una necesidad acumulada durante semanas. Quería sentarla en su regazo y dejar que lo montara con fuerza, pero estaba muy cerca y no quería parar a buscar un condón.

Cuando sintió los dedos de ella en los suyos, abrió los ojos y se dio cuenta de que, en algún momento de aquella fantasía, había abandonado a la Erin real por la imaginada. Pensó que tenía que estar loco para buscar ficción donde había una realidad tan hermosa. Los pies de ella descansaban ahora en sus muslos y ni siquiera recordaba haberla soltado.

Levantó la vista y vio que ella se lamía el labio superior mientras lo observaba acariciarse. Los dedos de ella rozaron su glande, subió los talones al banco y se sentó con las rodillas levantadas y separadas, mostrándose por completo.

Y entonces colocó la mano entre sus piernas e introdujo un dedo en su sexo. Sebastian no po-

día creer lo que veía. Aquello no era lo que había planeado, pero no se le ocurría ningún motivo para detenerla ni para detenerse. Sobre todo cuando ella lo miró a los ojos y dijo:

—Quiero ver cómo te derramas.

Él se puso en pie, un gesto que situó su pene directamente en la línea de visión de ella y se acarició cada vez con más fuerza, mientras miraba a ratos el sexo de ella a ratos su expresión fascinada.

Quería estar en todas partes a la vez, en su sexo, en sus manos, en su boca, en su apretado... Lanzó un gemido y se abandonó, soltando el semen en el aire lleno de vapor, acariciando su pene hasta que no le quedó nada dentro. Y aun entonces seguía duro. Y Erin lo notó enseguida.

Él se dejó caer en el banco situado en frente del de ella. Erin se levantó y se puso en pie delante de él. Tendió la mano hacia la toallita y el champú que había en un estante y procedió a lavarse el pelo.

Sebastian la miraba transfigurado. No podía dejar de mirar sus manos en el pelo, sus ojos cerrados, la barbilla levantada y el agua que caía por su espalda y por al curva dulce de su trasero.

Cuando buscó con la mano la toallita y el gel, él sintió las primeras punzadas de deseo e hizo una mueca. La observó lavarse el cuello y los pechos y su pene se endureció aún más, tirando en dirección a su vientre y pidiendo que lo acariciaran. Él se negó y esperó.

Pero cuando ella se lavó el sexo con las manos, mirándolo a los ojos, Sebastian sucumbió a la naturaleza humana y la llamada de la selva.

Se puso un condón, se acercó a ella y la empujó hacia la pared.

Respiró hondo y se dijo que debía ser más amable, pero entonces ella le clavó los dedos en los hombros y colocó los talones en la parte de atrás de los muslos de él, situándose entre su cuerpo y la pared.

Sebastian deslizó un brazo detrás de Erin para sujetarla y ella le soltó un hombro y buscó su pene, que guió hacia su sexo. Él la penetró y ella soltó un respingo y dejó los dedos en torno a la base del pene.

Sebastian empujó con fuerza. No podía hacer otra cosa. No tenía espacio para retirarse, estaba obligado a sentir su glande presionando la vagina de ella una y otra vez mientras Erin lo apretaba con sus músculos internos y con la mano.

La abrazó con ambas manos, apretó su pecho contra el de ella en busca de apoyo y explotó en su interior. Erin gimió, con las dos manos aferradas a los hombros de él. Gritó con fuerza y se hubiera caído si él no llega a sujetarla. Sebastian sintió sus contracciones y se estremeció por la intensidad de la respuesta del cuerpo de ella. Erin también se estremeció, con la cabeza echada hacia atrás, la espalda arqueada y las manos planas contra la pared.

Cuando la fuerza de su clímax empezó a remitir, él se dejó caer al suelo, sosteniéndola todavía, todavía enterrado en su interior. Ella lo abrazaba con brazos y piernas, por lo que él no habría sabido decir dónde empezaba uno y acababa el otro.

El agua seguía cayendo. El vapor seguía subiendo. Sebastian se apoyó en la base del banco, abrazó a Erin e hizo lo posible por seguir respirando.

Acababa de anular la razón por la que había construido aquella ducha: soledad, seguridad personal, paz mental. Jamás podría volver a estar allí sin pensar en Erin en sus brazos.

Y no estaba seguro de que eso le gustara.

6

Cali miró su reloj, movió la cabeza y volvió a mirarlo. Increíble. Aún no había llegado a casa del trabajo y tenía que estar en clase antes de media hora.

La noche anterior, después de salir del Paddington, tanto Will como ella se sentían demasiado despejados para dormir, así que habían decidido aprovechar el momento para trabajar en su guión.

Entraron en un IHOP, pidieron refrescos de cereza y patatas fritas y pasaron horas buscando motivaciones a sus personajes, dándoles personalidad y objetivos. Trabajaron hasta que el olor de las salchichas y las tortitas con mantequilla les dijeron que era el momento de desayunar. El café caliente volvió a animarlos y siguieron trabajando más tiempo del que habían anticipado.

Cali respiró con fuerza. Ahora tendría que olvidar todo lo que había pensado hacer en su única tarde libre en toda la semana y dormir entre la clase y el trabajo. Si no, no podría sobrevivir al Paddington un viernes por la noche.

Metió en el bolso los lápices que había usado y el cuaderno y sacó la cartera para pagar su parte de lo que debían.

Will la detuvo cubriendo la mano de ella con la suya.

—¿Qué haces?

—Son las siete y media. Los viernes tengo clase a las ocho —señaló su reloj—. Y no voy a llegar.

—No es la primera vez que llegas tarde a clase.

—Lo sé, pero no me gusta. Y menos aún faltar. He pagado todo el año y, si pierdo clases, no aprovecho bien el dinero.

Pensó que había sido una noche muy agradable y se preguntó cómo había podido pensar en acostarse con Will. ¿Por qué arriesgarse a estropear todo aquello sólo por sexo? El sexo podía encontrarlo en otra parte. Excepto que no lo quería en otra parte.

Lo quería con Will.

—¿Y si te hago una oferta mejor? —preguntó él.

Cali levantó la vista del bolso, en el que buscaba las llaves del coche.

—¿Qué puede ser mejor que oír hablar al profesor Smith sobre el género de ficción? —inquirió.

—Una siesta —Will guardó su cuaderno en la mochila con aire distraído.

—¿Tú quieres dormir? —preguntó ella, confusa.

Will levantó la vista y sonrió.

—Me temo que la proposición no ha salido como yo esperaba, ¿verdad? Estoy agotado.

Cali suspiró.

Will golpeó la mesa con las manos.

—¿Por qué no? —preguntó, como para sí—. Puedes encontrar la clase del profesor Smith en Internet este fin de semana.

La joven vaciló. Si se marchaba en ese momento, perdería quizá un cuarto de hora de clase, siempre que el tráfico no estuviera muy mal. ¿Pero a quién quería engañar? Aquello era Houston y todo el mundo iba en coche a todas partes.

Podía seguir el ejemplo de Will e irse a la cama. Suspiró de nuevo.

—Vale, dormimos, ¿y luego qué? ¿Quieres que comamos juntos para ver si llegamos a un acuerdo sobre el tercer punto de giro? —achicó los ojos—. ¿O estás dispuesto a admitir ya que tengo razón y es imposible que Jason pueda volver al muelle y arriesgarse a que lo pillen?

—Estás muy confundida, Cali. Si Jason no encuentra la navaja en el muelle, no se le puede relacionar con el fuego —Will frunció el ceño—. Creía que ya estábamos de acuerdo en eso.

—No, tú estás volviendo a pensar en el argumento y no en el personaje, y eso no puede funcionar en este caso. Este punto de giro tiene que ser sobre la necesidad de Jason de probar su inocencia —Cali se levantó y dejó en la mesa su mitad de la cuenta y una propina amplia.

Will la imitó, aunque vaciló un poco sobre la cantidad de propina a dejar.

—Hemos estado aquí toda la noche y la pobre Dora ha sido un encanto —le dijo ella—. No seas roñoso.

—Normalmente no lo sería —Will añadió unas monedas a los billetes que había en la mesa—. Pero desde ayer estoy desempleado y no es probable que encuentre otra agencia tan flexible como la de Kirkwood.

Will se había dedicado a hacer gráficos para esa agencia de publicidad desde que Cali lo conocía. Y ahora no sabía qué decir.

—¿Han prescindido de ti así de pronto? ¿Por qué no me lo has dicho?

—Acabo de hacerlo —le puso una mano en la parte baja de la espalda y la guió hacia la puerta—. Y sí. Han prescindido de mí; hay poco trabajo y no muchos motivos para conservarme y pagarme por no hacer nada.

—¿Y qué vas a hacer?

—De momento, dormir un poco —habían llegado a sus coches, aparcados uno al lado del otro—. ¿Me sigues tú o vienes conmigo? Puedo traerte luego a tu coche, si quieres.

¿De qué estaba hablando? A Cali le latía con fuerza el corazón. ¿Quería que durmieran juntos?

—Creía que querías que nos viéramos luego para comer —consiguió decir.

—Yo prepararé la comida —abrió la puerta de su deportivo negro Eclipse—. Te prestaré un pantalón de chándal y una servilleta. Puedes ducharte y dormir en el futón del cuarto de estar.

—El futón. Perfecto —dormir en su mueble vestida con su ropa. Desnuda en su ducha mientras él hacia... ¿qué? ¿Actuar como si ella no estuviera desnuda en su ducha ni dormida en su futón?—.Yo te sigo. Necesitaré el coche luego y no sería cómodo venir a buscarlo aquí.

—De acuerdo. Supongo que a mediodía volveremos a ser humanos y comprenderás lo sensato que es que Jason encuentre el cuchillo en el muelle —Will se metió en su coche y puso el motor en marcha.

Cali le sacó la lengua en respuesta y entró a su vez en su Focus rojo manzana; salió tras él a la calle, donde el tráfico no era tan intenso a esas horas como había temido.

Había estado más de una vez en su apartamento, que era en realidad el segundo piso de una antigua casa victoriana cerca del centro, pero siempre para trabajar en el guión. Él había hecho la cena un par de veces y los dos se habían sentado en la mesa de la cocina a intercambiar ideas. Y lo apretado de sus agendas les había impedido repetirlo más.

¿Por qué entonces iba a hacerse ilusiones de que aquel día sería distinto? Subió el volumen de la canción de Alanis Morissette y cantó al unísono para quemar su frustración. ¿Y por qué no? Ella no tenía un hombre que la ayudara a quemarla de otro modo. No era tan afortunada como Erin.

Sebastian y Erin habían tardado mucho en salir de la ducha. Ella estaba arrugada como una pasa cuando al fin se vistió y volvió a la sala principal. Él la siguió, excitado de nuevo en el corto trecho desde el cuarto de baño hasta la puerta de entrada.

Una vez allí, colocó una mano por encima de su hombro y se inclinó hacia ella, oliendo su sexo fresco y su piel limpia. Enterró la cara en su cuello, le tomó las manos y colocó los dedos de ambos en torno a su erección, que empezó a acariciar con aquel ritmo que ella ya conocía tan bien.

Había abierto la puerta antes de llegar al orgasmo y ella escapó por ella sin decir adiós y permaneció en el otro lado, escuchando sus gemidos y gruñidos, la agonía estrangulada de un hombre que sufre... o goza. Se preguntó si él sabía que estaba allí y luego por qué estaba allí. Pero siguió esperando, buscando señales del movimiento de él en su respiración. Al fin tuvo que irse.

Corrió a su casa, con los gemidos de él todavía en los oídos y su cuerpo respondiendo a ese deseo que él no había compartido. Ninguna de las veces que habían llegado juntos o uno después del otro le habían parecido a ella tan ricas y completas como aquélla de él solo detrás de su puerta

cerrada.

Si sabía que ella estaba allí, Erin quería saber lo que pensaba él de que se hubiera quedado hasta que terminara. Aún no había averiguado por qué se había quedado, excepto quizá porque había muchas cosas de Sebastian Gallo que suscitaban su curiosidad, como el tamaño de su biblioteca o la opulencia de su ducha, por nombrar sólo dos.

Después del tiempo pasado juntos en el agua y el vapor, ella sabía que, si se hubiera acercado a su cama, no habría querido marcharse. Ni tampoco dormir, y estaba agotada además de dolorida en ciertos sitios. Al día siguiente tenía una reunión para fijar el menú de la fiesta de Halloween y aniversario y necesitaba dormir.

Había tenido su placer. En una noche había sentido placeres que no había conocido en meses, por no decir en su vida. Y ahora que estaba en casa, tenía que volver a sus asuntos, por lo menos hasta que Sebastian la llamara moviendo un dedo. Y antes de nada, antes incluso de meterse en la cama, tenía que llamar a Cali.

Su móvil estaba desconectado, sin duda porque había olvidado conectarlo, y en el teléfono de su casa sólo oyó el contestador. Erin miró el reloj. Cali estaría ya de camino a su clase de los viernes y tardaría en volver. Eso le dejaba sólo una opción: escribir a sus amigas de Internet. Se desnudó por segunda vez esa noche y le pareció oler todavía el aroma de Sebastian en su piel.

Se puso el camisón por al cabeza, se apoyó en las almohadas y colocó el ordenador portátil en su regazo.

De: Erin Thatcher
Enviado: Viernes
A: Samantha Tyler; Tess Norton
Asunto: El Tipo Terrorífico

¡Lo conseguí! ¡No puedo creerlo! Y ha sido increíble. Y no, nada de terrorífico a lo Hannibal Lecter, aunque sí que da miedo en un sentido sexy y profundo.

No tenía ni idea de que hubiera hombres que supieran hacer las cosas que él hace. Todavía me tiembla todo el cuerpo. ¡He elegido el hombre indicado para hacer esto! Os contaría detalles, pero estoy demasiado agotada para escribir y mucho más para pensar cómo redactar nada.

Lo cual me lleva a mi problema. Se supone que no debo pensar en esto, ¿verdad? Se supone que es sólo sexo, ¿no? Entonces, ¿por qué me muero por conocerlo mejor? ¿Es esa cosa de las mujeres que no podemos separar lo físico de lo sentimental? No quiero ser sentimental, yo sólo quiero lo físico y punto. Fin de la historia.

Pero quiero saber por qué tiene una ducha tan fantástica y hedonista. Y me refiero a tres chorros de agua y distintos niveles de bancos construidos en la pared y perfectos para, bueno, sí, para eso y más. Por lo menos dos horas de eso. Y no hablo en broma. Parezco una pasa y no volveré a andar en mi vida.

También tiene una biblioteca entera en su sala, con escalera y todo. Sin televisión, sólo una cadena de sonido que no podéis ni imaginar y libros y más libros. Clásicos,

bestsellers, textos de psicología... de todo.

Si yo buscara una relación, diría que él tiene más potencial que cualquiera de los hombres que he conocido en mucho tiempo. Siento que debería darle una oportunidad, sólo por si acaso. ¿Y si resulta que él es el indicado? Pero yo no estoy preparada. ¿Qué hago, pues? Aparte de lloriquear.

Oh, y se llama Sebastian Gallo.

Con cariño, Erin.

Envió el mensaje sin molestarse en revisarlo y dejó el portátil en la mesilla, aunque no lo desconectó por si alguna de sus dos amigas conseguía leerlo pronto y le enviaba una respuesta que la ayudara a entender lo que había ocurrido esa noche.

Y tuvo suerte, porque estaba todavía pensando en lo sucedido y en sus planes para la fiesta del Paddington, cuando sonó el timbre que anunciaba que tenía un mensaje. Se inclinó y abrió el portátil para leerlo.

De: Tess Norton
Enviado: Viernes
A: Erin Thatcher; Samantha Tyler
Asunto: Re: El Tipo Terrorífico

¡Bruja! ¡Ups! ¿Lo he dicho en voz alta? Quería decir que me alegro por ti. Y va en serio. Es fabuloso. Aunque no tengo ningún consejo bueno. Recuerda que eso de las relaciones no es lo mío. Pero creo que el modo de abordar todo esto es hacer lo que te apetezca, aunque te dé miedo. O quizá más aún si te da miedo.

Todo esto es puro azar, querida Erin, ¿no lo sabías? Y a los dados les da igual si estás preparada o no. Así que diviértete mientras dure la partida.

Puede que mucho más sexo te ayude a verlo todo más claro. Y si no es así, estarás demasiado cansada para que te importa.

Cariño y besos, Tess.

¡Ja! Tess estaba demasiado animada esa mañana. Si el sexo aclaraba las cosas, ¿por qué estaba tan confusa? Aunque en lo del cansancio tenía razón. Erin tenía la sensación de que nunca más volvería a tener energía para salir de la cama.

Pero no había llegado al punto de estar tan cansada como para pensar. Aunque soñar con Sebastian le parecía una idea interesante y se disponía a hacer justamente eso cuando volvió a sonar el timbre de los mensajes. Se incorporó sobre un codo para leer:

De: Samantha Tyler
Enviado: Viernes
A: Erin Thatcher; Tess Norton

Asunto: Re: El Tipo Terrorífico

Oh, Erin. ¡Tantas respuestas! Y a mí me cuesta separar el equipaje de mi divorcio de lo que debería decir una amiga de verdad, así que ten paciencia conmigo.

En primer lugar, me alegro por lo del sexo. Si no supiera que no soy capaz, te preguntaría si Sebastian, cuyo nombre me parece muy bonito, tiene algún hermano. Entretanto me alegro por ti. Te mereces todos los orgasmos y mañanas doloridas que puedas conseguir. ¡Fiu!

En segundo lugar, ten cuidado. Tener sexo con un tipo terrorífico ya es bastante terrorífico, pero ¿sentimientos? ¿Eso no debía quedar fuera de esta historia? Tú sabes que sí.

Supongo que debo decirte que sigas tu instinto. No eres ninguna muñeca tonta, así que sabes que no profundizarás mucho si él no lo vale. Pero ten cuidado, mucho cuidado. Los hombres dan mala fama a su sexo.

Saludos y un saludo victorioso, Samantha.

Erin sonrió. No, no era ninguna muñeca tonta. Samantha y Tess eran sensacionales y le habían ofrecido el tónico perfecto para dormir además de darle el material para pensar que necesitaba esa noche.

Luego, haría que Cali le hiciera recuperar la cordura.

Cali despertó sin saber por qué. Enterró la cabeza en la almohada y subió la sábana y el edredón hasta la barbilla.

Pero aquéllos no eran su almohada ni su edredón, y la ropa con la que dormía tampoco era suya.

El pantalón y la camiseta de Will. Sonrió y acercó la sábana a la mejilla. No recordaba la última vez que se había sentido tan cómoda en su propia cama.

Lo cual era una tontería, porque ella adoraba su cama. ¿Pero dormir allí, en casa de Will, con su ropa, en su futón, debajo de su edredón? Se acurrucó más. Era como estar rodeada por lo único que le faltaba en la vida y lo que más deseaba encontrar.

Curioso, porque ella se consideraba feliz y realizada. Y era feliz y estaba realizada. La vida era maravillosa, con su trabajo, sus clases y aquella pesadilla de relación ya superada...

Frunció el ceño y abrió los ojos, los cerró, volvió a abrirlos y parpadeó con fuerza. El corazón se le subió a la garganta, donde latió como alas de mariposa salvaje antes de bajar hasta su estómago. Will estaba tumbado a su lado, mirándola a los ojos.

Ella se hizo una bola para no dejar escapar la mariposa.

—¿Qué haces aquí?

Will sonrió como un gato de Cheshire.

—Vivo aquí.

El ronroneo de sus palabras vibró a lo largo de la espina dorsal de ella.

—Ya lo sé. Quiero decir por qué no estás en la cama. ¿No podías dormir?

—He dormido un par de horas —su rostro estaba tan cerca que ella podía ver nuevos pelos rubios por encima de la habitual sombra de barba.

Podía ver los puntos más oscuros en sus ojos marrón claro y los dos o tres pelos largos que sobresalían en sus cejas. Casi siempre llevaba gafas y nunca había estado tan cerca de sus ojos. Ni tampoco del resto de su cuerpo.

Abrió mucho los ojos y bajó la vista al cuerpo de él. Sólo llevaba unos pantalones cortos deportivos de color gris. El corazón empezó a latirle con más fuerza.

Se mordió el labio inferior y lo miró a los ojos, esperando contra toda esperanza que su voz sonara más tranquila de lo que ella se sentía.

—¿Y cómo esperar sobrevivir al día de hoy con sólo dos horas de sueño?

Will cruzó los brazos sobre el pecho, metió las manos bajo las axilas y se encogió de hombros.

—Soy joven y sano. Sobreviviré.

¡Se mostraba tan indiferente! ¿Cómo podía estar tan indiferente cuando ella sentía cualquier parpadeo de él en todo el cuerpo?

—¿Cuánto tiempo hace que me miras?

Aquella vez, él vaciló antes de contestar, como si sus palabras tuvieran más importancia que las de antes. Sonrió y dijo:

—Dos meses por lo menos.

—No, me refería... —se interrumpió, atónita. ¿Dos meses? Eso implicaba que la había estado mirando desde que se conocieron. No podía ser que... cuando todo ese tiempo...— Me refería a cuánto tiempo...

Will se apoyó en los codos y se inclinó hacia ella.

—Cali.

Ella se colocó de espaldas.

—¿Will? —susurró.

Él extendió una mano y enrolló uno de los rizos rubios de ella en torno a su dedo índice.

—Anoche en el Paddington hablamos de pasar tiempo juntos, de salir para pasarlo bien. ¿Lo recuerdas?

Cali asintió con la cabeza. ¿De verdad creía que podía haberlo olvidado?

—¿Qué pasó luego?

Ella no fingió que no sabía a lo que se refería.

—Te besé.

—Sí —Will apartó el dedo del rizo de ella y lo llevó a su labio superior.

—¿Sabes que después de eso no pude escribir nada que tuviera sentido?

No. Ella no lo sabía, pero no iba a fingir una decepción que no sentía.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque te alejaste demasiado pronto y lo que más deseaba en el mundo era besarte.

Ella bajó el edredón hasta su cintura. Quería estar tan cerca de él como fuera posible porque hacía mucho tiempo que deseaba aquello.

—¿Will?

Los dedos de él recorrieron la boca de ella y bajaron a su barbilla.

—¿Cali?

Ella levantó una mano hasta el hombro desnudo de él.

—Puedes besarme ahora.

La sonrisa de él antes de bajar la cabeza casi le partió el corazón. Rozó sus labios con suavidad, ambas bocas cerradas y sin tocarse apenas, respirando los dos el mismo aire.

Will se acercó más aún, hasta rozar con su pecho desnudo los pezones de ella bajo la camiseta de algodón. Aumentó la presión de su boca, de su cuerpo y del anhelo enterrado en el núcleo de ella. Lo deseaba como no había deseado nunca a ningún hombre. Y se lo dijo abriendo la boca, pidiéndole sin palabras que hiciera lo mismo.

Will lo hizo y sus lenguas se enredaron, sus dientes chocaron y sus manos empezaron a explorar la piel del otro, desnudándolo. Él tenía un cuerpo glorioso, suave y firme, y ella le acarició los hombros, la espalda y las nalgas.

Él se movió un poco para dejarle espacio y que lo tocara donde él quería. Bajó la mano de Cali hasta su vientre plano y la cerró alrededor de su pene duro y tan suave que ella se estremeció.

Will lanzó un gemido.

—Cali, me vuelves loco.

Ella volvió a acariciarlo, subió la mano hasta el glande, grande e hinchado.

—¿Te gusta así? No quiero hacerlo mal.

Will soltó una carcajada estrangulada.

—Nada de lo que tú me hagas puede estar mal, te lo aseguro.

Movió el pene en la mano de ella, que dio un respingo al imaginar aquel movimiento en el interior de su cuerpo. Will le lamió un pezón y empezó a succionarlo.

Cali gimió y él bajó deslizó la mano entre sus muslos y en su sexo, que lloraba de deseo. Ella arqueó las caderas alrededor de la mano de él y soltó un grito.

Los dedos de él entraron más; frotaban y acariciaban mientras el pulgar rozaba el clítoris, que palpitaba con la necesidad del orgasmo. Cali no quería llegar sin él, no la primera vez. Quería llegar con el sexo de él en su interior y el peso de su cuerpo cubriendo el de ella.

—Will, por favor.

—¿Por favor qué? —Will le besó la mandíbula, la oreja, el cuello en el punto en que se unía al hombro.

Cali apenas podía encontrar las palabras que expresaran lo que quería.

—Por favor, quiero que me llenes —susurró temblorosa—. Te quiero dentro de mí. Quiero...

—Lo mismo que yo —apoyó el peso en los codos, deslizó los brazos bajo los hombros de ella y le sostuvo la nuca—. Tesoro, no sabes lo mucho que he deseado esto.

Esa vez sus bocas se juntaron con ternura, expresando sentimientos nuevos e inesperados, y que asustaban como un viaje a lo desconocido.

Will se colocó un condón y ella abrió las piernas y recibió su peso y, cuando él guió su pene hacia el centro del sexo de ella, Cali supo que nunca volvería a vivir un momento tan perfecto.

Will entró despacio y ella reprimió un grito de emoción que se convirtió rápidamente en un largo suspiro de alivio porque al fin, al fin, lo tenía allí, en su interior; se estremeció con el primer movimiento de él y Will se detuvo y lanzó un gemido profundo que expresaba hasta tal punto lo que ella sentía que apenas podía respirar.

Pero no quería que parara y lo impulsó a moverse acariciándole la espalda; intentó controlarse para no llegar demasiado pronto aquella primera vez, pero fue incapaz.

—No puedo esperar —gimió—. Quiero esperar.

—No importa, preciosa —él parecía haber perdido también el control—. La próxima vez. La próxima vez haremos esto despacio y con calma.

¿La próxima vez? Aquello indicaba que quería repetir. ¡Quería repetir! Y ella ni siquiera sabía si podría sobrevivir a aquella primera vez.

—¿Estás seguro?

—Lo único de lo que estoy seguro es de que esto tiene que ocurrir ahora.

Siguió moviéndose y Cali se abandonó en un orgasmo que no tenía precedentes en su vida. Los movimientos de él se mantenían constantes y firmes, la presión perfecta, la posición correcta, y ella se estremeció y tembló hasta que dejó de pensar en lo que sentía entre las piernas para centrarse en las sensaciones de él.

Sonrió. La había esperado para asegurarse de que llegaba antes. Sintió la tensión de los músculos de sus hombros y le acarició la espalda, que también estaba tensa. Clavó los dedos en las nalgas de él, los talones en la parte de atrás de sus muslos, y se apretó contra él.

Will enterró el rostro entre el cuello y el hombro de ella y gimió. Aumentó el ritmo de sus movimientos y ella arqueó la parte inferior del cuerpo para seguirle el ritmo hasta que sintió que estaba a punto de perder el control.

Will se estremeció y todo su cuerpo se agitó en un orgasmo tan intenso y poderoso que Cali reprimió las lágrimas y pensó si él llevaría tanto tiempo como ella esperando aquello.

7

Cali entró en la oficina del Paddington media hora antes de que le tocara empezara a trabajar y Erin levantó la vista de los papeles esparcidos en su mesa. Acababa de tener una reunión de dos horas sobre el menú que serviría en la fiesta y no estaba segura de haber elegido bien.

—¿Has visto la película *Seinfeld,* cuando Jerry se come la galleta blanca y negra y vomita por primera vez en años?

Cali se sentó en un sillón recién barnizado y con cojines de terciopelo dorado y empujó su mochila debajo de él.

—Creo que sí. ¿Ésa en la que Elaine y él van a una pastelería a buscar un pastel de pasas y ella encuentra un pelo? ¿Por qué?

Erin asintió.

—Esa misma. Y sólo lo pregunto porque los de catering han incluido galletas blancas y negras en el menú y me pregunto si todo el mundo pensará en Jerry Seinfeld vomitando.

Cali se encogió de hombros.

—¿Y qué si es así? Más morbo para Halloween.

—No sé —Erin movió la cabeza—. No me gusta mucho la idea.

—¿Qué más hay en el menú?

Erin ordenó unos papeles que tenía delante—

—No olvides que habrá mucha gente y un número limitado de sillas, así que he hecho lo que he podido por disminuir utensilios.

—Comida que se puede comer con las manos.

—En su mayor parte —la expresión de disgusto de Cali le dio que pensar—. Tú no crees que eso sea un problema, ¿verdad? No somos un restaurante propiamente dicho, tenemos que recurrir al catering.

Cali enarcó las cejas.

—¿Hay alcohol?

—Esto es un bar.

—Entonces servirá cualquier cosa.

—Vale. Tenemos uvas negras y peras blancas. Sopa de alubias con arroz, ternera asada en pan blanco, pechuga de pavo en pan integral...

—De momento bien —Cali levantó un dedo—. Pero yo iré directamente al chocolate, y espero que haya grandes cantidades.

—Habrá bandejas de trufas de chocolate blanco, con leche y negro por todas partes —

Erin pasó a la segunda página del menú—. También fondue de chocolate, que servirá además para la fruta. Y dos tipos de pasteles de bizcocho. Las galletas blancas y negras... tal vez. Galletas de chocolate y almendras, uvas blancas y ponche de moras.

—¿Con alcohol?

—Por supuesto —dejó los papeles y esperó la reacción de su amiga—. ¿Qué opinas?

Cali suspiró.

—Lo único en lo que puedo pensar en este momento es en la mañana que he pasado en la cama con Will.

Erin parpadeó.

—¿Qué has dicho? —casi gritó.

—¿Puedes creerlo?

—No. Ayer decías que no quería arruinar tu amistad con él.

—Lo sé. Pero sucedió de un modo espontáneo y no tuve tiempo de pensar.

—O quizá era el modo que tenía tu subconsciente de decirte que dejaras de pensar. Llevas ya mucho tiempo obsesionada con esto.

—Lo sé, lo sé. Ahora sólo me queda esperar a ver qué ocurre —Cali suspiró de nuevo—. No sabía que el sexo podía ser tan estimulante y agotador al mismo tiempo. Bueno, conocía la parte del agotamiento, pero más bien en el sentido de estar demasiado cansada para intentar un orgasmo.

Erin soltó una risita.

—¿Y esta vez?

Cali cerró los ojos.

—Esta vez es más bien un caso de estar agotada por los orgasmos.

—Resaca sexual. Lo sé.

Cali abrió un ojo.

—¿Tú también?

Erin asintió.

—Sebastian. Se llama Sebastian.

Su amiga abrió el otro ojo.

—¿Es su verdadero nombre o su nombre de tipo terrorífico?

—Es curioso —Erin intentó no reírse—. Sería un buen nombre para un tipo terrorífico, ¿verdad?

—¿Cuál es su apellido?

—Gallo. Sebastian Gallo.

—Oh, no está mal —Cali suspiró—. No me digas que no es raro que las dos nos quejáramos de que no había un hombre en nuestra vida y de pronto tengamos suerte el mismo día.

Erin miró a su amiga, que estaba claramente a punto de enamorarse, mientras que estaba en camino hacia... ¿qué? ¿Sexo fabuloso? Sí, eso era.

—Me alegro mucho por Will y por ti, pero no creo que lo que yo hago con Sebastian se pueda definir como tener un hombre en mi vida, sino más bien como tener un hombre en mi cama.

Cali enarcó una ceja.

—Pero eso era lo que querías, ¿no? O eso dijiste ayer.

—Supongo que sí.

—¿Supones? ¿Quieres decir que has cambiado de idea después de sólo una noche?

¿Cómo podía explicarle aquello sin recurrir a detalles gráficos?

—No pensé que una noche pudiera ser tan...

—¿Tan qué? —Cali se movió hasta el borde del sillón y apoyó los codos en la mesa de Erin—. Soy toda oídos.

A Erin le hubiera gustado saber lo que esperaba de aquellas horas con Sebastian y por qué la intensidad de lo que habían compartido la había alterado tanto.

—Oh, ¿crees que te voy a contar detalles de mi vida privada cuanto tú no abres la boca?

—Eh, yo soy un libro abierto. ¿Qué quieres saber?

—Ayer tenías miedo de que acostarte con Will estropeara vuestra amistad, ¿y hoy os habéis pasado el día revolcándoos en la cama? ¿Te importa decirme cómo has pasado de un punto al otro?

—La mayor parte del día la hemos pasado durmiendo —sonrió Cali—. Pero la mejor parte ha sido haciendo el amor.

«Haciendo el amor».

Aquellas palabras no podían aplicarse a lo que habían hecho Sebastian y ella, ¿o sí?

—¡Cuántas cosas pueden cambiar en un día! ¿Eh?

—O en una noche. Supongo que en mi caso se debió a un inocente beso que lo complicó todo.

—¿Qué beso inocente?

—Fue anoche antes de cerrar. Will y yo estábamos hablando y yo había estado pensando en tu plan —Cali se encogió de hombros—. No pude evitarlo. Me acerqué y lo besé en la mejilla.

—¿Y luego qué?

—Luego, me alejé y volví al trabajo.

—¡Provocadora!

—Supongo que fue un modo de coquetear, sí. Desde luego, no pensaba decir «no» si me lo pedía.

—Cosa que al parecer hizo.

—Varias veces. Para satisfacción mía.

—¿Y ahora qué? ¿Vas a salir con un buen amigo o sólo te vas a acostar con él?

—¿Como Sebastian y tú?

Erin arrojó el lápiz sobre la mesa y se pasó ambas manos por el pelo.

—Somos patéticas, ¿sabes? Tú ayer no estabas segura de seducir a Will y ahora te enfrentas a una posible relación. Yo sólo quería sexo, lo consigo y empiezo a pensar que tal vez quiera más.

—¿Quieres más o más con Sebastian? ¿Y cómo es? No me has dicho nada.

—No hay mucho que decir —Erin se encogió de hombros—. No hablamos mucho.

—Sólo os revolcasteis en la cama.

—No llegamos a salir de la ducha —Erin se miró las manos—. Me sorprende no seguir arrugada... ¿Cuánto pagará de agua caliente?

—O sea que o le gusta la limpieza o es un pez. ¿Qué más?

—Tiene miles de libros.

—¿Libros?

—Libros. Tiene estanterías desde el suelo hasta el techo, con una de esas escaleras plegables de las bibliotecas. Es bastante impresionante.

—Mmmm —musitó Cali—. Literario e intelectual. A lo mejor incluso bibliotecario.

Erin se puso en pie y paseó por la estancia. Cuanto más pensaba en quién era Sebastian y en todo lo que desconocía, más frustrada se sentía. Quería saberlo todo sobre él.

—Bibliotecario no; intelectual, puede que sí. Es callado. No dice mucho, aunque por sus ojos adivinas que no deja de pensar. Y sea lo que sea lo que hace, gana dinero. Su estudio es el doble que el mío y no te imaginas cómo lo tiene.

—¿Y qué más te dijo su estudio aparte de su amor por los libros?

—Le gusta la música, cosa que ya sabía, y tiene un equipo informático de primera. Hace que piense si será un asesor de algún tipo.

—¿Qué clase de asesor? —preguntó Cali con curiosidad—. ¿Y los libros te dicen algo? ¿Son libros médicos o técnicos?

Erin dejó de andar para pensar.

—Tiene de todo. Psicología, psicología para-normal, Hornero, Shakespeare, Stephen King, Ryder Falco, John Grisham... de todo.

—O sea que es un hombre leído y con dinero. Interesante e intelectual. Supongo que eso te deja sólo una opción.

—¿Y cuál es?

—Deja de pensar tanto y vamos a trabajar.

Erin seguía valorando los pros y los contras de las galletas blancas y negras cuando levantó la vista para mirar al cliente que acababa de sentarse en un taburete de la barra y se encontró con la mirada de Sebastian Gallo.

La experiencia más intensa de su vida había tenido lugar con aquel hombre y ahora no sabía qué decirle.

—Hola.

Él guardó silencio y ella le sostuvo la mirada y mantuvo la sonrisa, aunque, a medida que pasaba el tiempo, su expresión se volvía más petrificada.

El fin él tendió el brazo, le tomó una mano y le acarició la base del pulgar.

—¿Cómo estás?

—Muy bien. ¿Y tú?

—Algo mojado todavía, pero me secaré —sonrió él.

Y ella se echó a reír. Soltó la mano, pero mantuvo el contacto visual.

—¿Quieres una cerveza o un vaso de vino? Invita la casa.

—Estaba pensando más bien en champán.

Erin enarcó las cejas. Tomó una jarra limpia y sirvió cerveza a otro cliente.

—¿Celebras algo?

—A decir verdad, sí —dijo él—. Y esperaba que tú te unieras a mí.

Esa noche llevaba una camisa color vino y pantalones negros elegantes. Su pelo negro reluciente captaba reflejos de las luces del bar y sus ojos eran límpidos, atentos y brillantes.

—Lo haría si no estuviera trabajando —repuso ella—. Avanzó dos pasos para entregar la cerveza y retrocedió dos pasos—. ¿Podemos hacerlo en otro momento?

—Podemos hacer todo lo que tú quieras —repuso él.

Erin se quedó inmóvil.

—Quizá debas tener cuidado con lo que ofreces; puede que acepte la oferta.

—Eso espero.

—¿Tienes preferencia por algún champán? —preguntó ella.

Sebastian la miró a los ojos.

—Dame una cerveza y dejaremos el champán para luego.

¿Luego? ¿Qué tenía pensado para luego? ¿Y la incluía a ella en sus planes?

—De acuerdo. Te elegiré una buena marca.

—Elige la mejor. Invito yo.

—Lo tendré en cuenta; seguro que puedo encontrar algo bueno. A menos que tengas alguna preferencia concreta.

—Lo que a ti te guste.

—Eso no será problema —guardó silencio un momento—. Bueno, ¿qué te trae por aquí aparte de la fabulosa atmósfera y mi fabulosa compañía? —abrió la botella de cerveza que había elegido y la sirvió en una jarra.

—Lo que tú has dicho.

Era justo lo que ella deseaba oír.

—Esta noche no has traído el cuaderno que llevabas anoche —comentó.

—Anoche estaba trabajando —tomó la jarra de cerveza y la levantó en un ademán de brindis antes de beber.

—Y ahora es viernes y has terminado hasta el lunes —dijo ella.

Sebastian se echó a reír y dejó la jarra en la barra.

—Por desgracia, yo nunca termino.

No añadió más, pero Erin aprovechó aquella oportunidad.

—Dímelo a mí; esto del bar es más de lo que esperaba.

—Pues es evidente que lo llevas muy bien — miró a su alrededor—. Siempre hay bastante gente.

—¿Y cómo lo sabes? —por lo que ella sabía, era la segunda vez que entraba allí—. No eres un cliente habitual precisamente.

—Tienes escaparates.

—¿Y tú eres un voyeur?

—No —sonrió él—. Sólo una polilla atraída por una llama.

Erin sintió cosquillas en el vientre.

—¿Por qué dices eso?

Sebastian se encogió de hombros.

—Pienso mejor cuando estoy en movimiento, y en el estudio sólo se puede pasear hasta cierto punto.

—O sea que paseas por la calle.

—Soy una criatura de la noche.

Lo cual a Erin la hacía pensar en vampiros, no en polillas. No, nada de polillas, sino en deseo, oscuridad y necesidades que sólo se satisfacían por la noche. Lo imaginó vestido de oscuro y acechando su presa entre las sombras y reprimió un escalofrío.

El ruido del bar se convirtió en un zumbido de fondo y la mirada de Sebastian la impulsó hacia adelante. Se encontró apoyada en la barra y entrando en el espacio personal de él, espacio en el que deseaba meterse tan desesperadamente como deseaba meterlo a él en su cuerpo.

Por suerte, Cali acudió a rescatarla; se acercó a ella y dejó la bandeja sobre la barra.

—Estoy harta de esos dos, te lo juro. Tendrás que darle esa mesa a otra camarera.

El Dúo Osado.

—Enviaré a A.J. a estropearles la fiesta.

—Sí, no estaría mal —Cali se apartó el pelo de la cara y suspiró con disgusto—. Pero no ha venido.

—¿Qué? —Erin miró el reloj que colgaba sobre el centro de la barra circular—. Tendría que haber llegado hace una hora. ¿Por qué no me he dado cuenta?

—Tengo el presentimiento de que no volverá —Cali puso los brazos en jarras—. Me dijeron que estaba buscando trabajo en el Courtland.

Se refería al café de jazz que acababa de abrir en la siguiente manzana y que seguramente haría la competencia a Erin. Estupendo. Menos de un mes para encontrar a un sustituto y entrenarlo. Normalmente no sería un problema, pero con la proximidad de la fiesta... Erin suspiró.

—¿Puedo ayudar? —Sebastian le tomó una mano, cosa que evidentemente sorprendió a Cali.

Erin levantó la vista y miró a su amiga y a Sebastian.

—Perdona, Cali. Te presento a Sebastian Gallo, mi vecino de arriba. Sebastian, Cali Tippen. Camarera de aquí y también mi mejor amiga.

—Hola, Cali —Sebastian la saludó con una inclinación de cabeza.

—Encantada de conocerte —la joven se frotó la sien—. Siento haberos interrumpido sí, pero hay dos clientes a los que no aguanto más y si A.J. desaparece sin avisar, no tengo más remedio que seguir con el Dúo Osado.

—Espero que no piense que le voy a dar buenas referencias —gruñó Erin; tiró la botella vacía de Sebastian a la basura.

—Yo no le daría ni la hora —añadió Cali.

—¿El Dúo Osado? —preguntó Sebastian.

Cali levantó los ojos al techo, movió la cabeza y levantó una mano.

—No preguntes.

—Es así como llamamos a la pareja del último reservado, detrás de ti a la derecha —sonrió Erin—. No son muy discretos en sus muestras de afecto.

—Tonterías —intervino Cali—. Afecto es un beso en la mejilla o que él le pase un brazo por los hombros, que pongan las manos juntas encima de la mesa o incluso que unan las manos debajo de la mesa.

Cali miró la mano de Sebastian, que descansaba aún encima de la de Erin.

—Pero lo que ellos hacen debajo de la mesa podría requerir la intervención de la brigada antivicio.

Sebastian se echó a reír y soltó la mano de Erin y se echó hacia atrás. Ella sintió de inmediato la pérdida de calor, tanto de la mano como de su proximidad.

—¿Son clientes habituales? —preguntó él.

—Sí —Cali miró a Erin—. Por lo menos tres o cuatro noches por semana, ¿no?

Erin limpió el punto de la barra en el que había estado la botella de cerveza. Asintió.

—Tres o cuatro noches a la semana durante seis semanas. La misma mesa, el mismo vino, el mismo comportamiento.

—Y cuando se ponen obscenos, soy yo la que tiene que estropearles la fiesta —Cali se estremeció—. Y la respiración de ella y tanta lengua me tienen... Y el cinturón de él parece que siempre está desabrochado... Es demasiado voyeurismo para mí.

Sebastian pareció considerar la información.

—¿Es una relación relativamente nueva? —preguntó.

—¿Para nosotras o para ellos? —contestó Erin.

—Para ellos.

—¿Por qué lo dices? —inquirió Cali.

—El primer ardor de la pasión. No pueden dejar de tocarse.

Erin miró a su amiga.

—¿Recién casados?

Cali negó con la cabeza.

—No lo creo. Ninguno lleva anillo y, aunque eso no prueba nada, no me pega que estén casa-

dos. Además, si lo estuvieran, se irían a su casa a la cama, no harían esto en un bar.

—No necesariamente —musitó Sebastian—. Puede que el exhibicionismo formara parte de su atracción inicial. Les gusta la emoción de ver lo que pueden hacer; es parte de su excitación.

—Y suponiendo que estuvieran casados —comentó Cali—, ¿por qué no llevan anillo?

—Es parte del juego. Quieren que otros los vean —se inclinó hacia adelante con los ojos clavados en los de Erin—. Que otros hablen de ellos.

—Como nosotros ahora —musitó ella.

—Exacto —Sebastian levantó la vista—. Creo que deberías cambiar la iluminación, enfocar su mesa para ver si eso los calma.

—Me temo que pueda alentarlos más.

—Sí —intervino Cali—. Antes de hacer nada que pueda alentarlos más, ¿podemos darle su mesa a otro camarero?

Erin se echó a reír.

—De acuerdo.

—¿Y contratar a alguien que sustituya a A.J.?

Erin miró a su amiga.

—Revisaré las solicitudes que tengo archivadas. Y me gustaría que les echaras un vistazo por si reconoces algún nombre.

Cali se tocó el pelo con nerviosismo.

—Lo cierto es que conozco a alguien que necesita un empleo.

—¿Quién?

—¿Podemos hablar un momento en la oficina? —miró a Sebastian—. No es nada personal.

—Desde luego.

—De acuerdo —musitó Erin—. Espera que llame a Robin para que me cubra. Dame cinco minutos.

—Vale, yo también voy a dar una vuelta a mis mesas —tomó la bandeja y se alejó.

Erin miró a Sebastian.

—¿Quieres tomar algo más?

—No. De momento no.

—Bien —quería preguntarle si seguiría allí cuando volviera, pero no se atrevió—. Vuelvo enseguida.

Él levantó su jarra.

—Aquí estaré.

Sus palabras hicieron que le resultara algo más fácil alejarse.

Diez minutos después, Erin entraba en la oficina, donde ya la esperaba Cali, paseando por la estancia.

Erin abrió el cajón en el que guardaba las solicitudes de empleo y sacó una carpeta, que dejó sobre la mesa.

—¿Qué te pasa? —preguntó a su amiga, que seguía andando, claramente nerviosa.

—Un millón de cosas, todas relacionadas con Will Cooper —Cali se detuvo y movió la cabeza—. Pero olvídate de eso. ¿Qué hace Sebastian aquí?

Erin no tenía respuesta a eso.

—¿Además de ponerme nerviosa? Ni idea. Así que olvídate de él por el momento y háblame de Will. ¿Qué pasa? Cuando has hablado de él antes estabas resplandeciente.

—No estaba resplandeciente. Y lo que pasa es que todavía no está aquí, lo que significa que cree que acostarse conmigo ha sido un error y que yo tenía que haberle hecho caso a mi cabeza y no a mi corazón —Cali hizo una mueca—. Aunque supongo que no era el corazón exactamente lo que me guiaba, ¿verdad?

Erin apoyó ambas manos en la mesa y se echó hacia adelante.

—Sí, idiota. Era tu corazón. Si no, te habrías acostado con Will hace mucho tiempo. Y lo sabes.

—Yo no sé nada.

—Pues yo sí. Y sé que vendrá. Os he visto juntos y Will no es de los que atacan y salen corriendo.

—Vale. Tienes razón. Sé que él no es así y yo no querría estar con él si lo fuera.

—Desde luego. Y ahora dime a quién conoces que busque empleo y si crees que podrá resistir la llamada del café de jazz.

—No creo que sea permanente, pero te sacaría del lío con la fiesta.

—Habla de una vez.

—Es Will. La agencia para la que trabajaba lo ha despedido.

Erin pensó que ojalá todas su decisiones de trabajo fueran tan fáciles como aquélla.

—Puede empezar mañana. O esta noche si le apetece.

—Y si viene.

—Déjate de tonterías o tendré que ponerme seria —Erin se acercó a la puerta—. Si está ahí fuera cuando abra la puerta, estarás en deuda conmigo por atormentarme con estas tonterías.

—Si está ahí fuera, te daré la mitad de las propinas de esta noche.

Erin sabía que Cali conseguía buenas propinas, pero la apuesta no le parecía justa. De camino a la oficina había visto a Will entrar por la puerta.

Aun así...

—Trato hecho. Pero guardaré el dinero en un lugar seguro para tu luna de miel. Estoy pensando en Tahití o las Fiyi. Arena, mar, sol y muy poca ropa. Puedes irte con un bolso de mano, siempre que te quepan los condones.

—Oh, muy graciosa —dijo Cali; pero sonrió y Erin supo que no desecharía fácilmente aquella idea.

¿Y acaso las amigas no estaban para eso?

8

Erin depositó dos copas altas y el cubo de hielo en el que media hora antes había colocado una botella de Perrier-Jouet en la mesa que había ocupado antes el Dúo Osado. El Paddington estaba cerrado y la estancia iluminada sólo por los dos faroles que flanqueaban la pesada puerta de roble.

Will había aceptado su oferta de empleo y las había ayudado a cerrar y recoger. Era un buen hombre y Cali tenía mucha suerte. Erin se alegraba mucho por los dos.

También se alegraba de haber tenido la previsión de llevar ese día un cambio de ropa y gel al trabajo. Y cuando terminó de cerrar, se quitó el pantalón y el polo que llevaba, se lavó el sudor de las últimas horas y se puso un sujetador sexy de encaje debajo de una falda negra larga y un suéter de cachemira verde que arrancaba brillo a sus ojos.

Y cuando terminó de arreglarse y sacó el champán, tenía miedo de que Sebastian se hubiera cansado de esperarla y se hubiera ido.

Debería haberla tranquilizado ver que seguía allí.

Lo que hizo fue humedecerla.

Se deslizó en el pequeño reservado circular y se sentó a su lado, aunque dejó unos centímetros entre sus cuerpos. Quería compartir el champán y la celebración. Quería estar lo bastante separada para que él la mirara a los ojos, quería la distancia porque quería sentir la tentación de acortarla.

Nunca había conocido un tabú tan dulce como Sebastian Gallo. Un tabú porque debería haber estado prohibido y fuera de su alcance física, sentimental y sexualmente. Pero un tabú que no podía resistir porque encajaba perfectamente en sus planes. Sí. Ése era el motivo. Él era su hombre con el que hacer cosas. Ésa era la fuente de su fascinación. Era lo prohibido, lo inesperado, la emoción de lo desconocido.

O eso se repetía ella una y otra vez.

—¿Así que ésta es la mesa del Dúo Osado? — Sebastian abrió el champán con pericia y llenó las dos copas.

Las burbujas bailaban en el líquido frío, incitando a Erin a beber.

—La misma, pero hemos limpiado todos los bancos, Laurie ha pasado al fregona y Robin ha cambiado el mantel.

La tela de color azul y vino le rozó las rodillas cuando cruzó las piernas. Piernas desnudas bajo la falda... tan desnudas como las nalgas sin bragas ni tanga. Quería estar preparada para lo que

él tuviera en mente y se había vestido, o más bien desvestido, de acuerdo con ello.

Además, ella también tenía algunas fantasías en las que la ropa sería un estorbo.

—¿De verdad crees que están casados y montan el número para la gente? —preguntó.

Sebastian tomó un sorbo de su copa, hizo una pausa y bebió casi la mitad del contenido. Se volvió a mirarla.

—Su número no es para la gente —rodeaba con el dedo el borde de la copa una y otra vez—. Es para ellos. Los excita saber que la gente mira, es lo que lo pone duro a él y lo que hace que ella se moje. Usan la idea de saber que los miran como puedes usar tú un vibrador —levantó la vista—. O como puedo usar yo una ducha caliente.

Erin no sabía qué decir; ni siquiera estaba segura de poder respirar. Recordaba demasiado bien la ducha caliente y lo sucedido en ella y no pensaba hablar de su vibrador porque ella era más partidaria de las manos. Y últimamente había imaginado que las manos eran de él. Pero quería comprender lo de la ducha. La decadencia del espacio y el diseño, el hedonismo de su cuarto de baño.

—Háblame de duchas calientes, de ese espacio, de los bancos, de los chorros, eso no es... —tomó su copa—. No es el cuarto de baño de un hombre que sólo se ducha para lavar su cuerpo. Siento curiosidad —se llevó la copa a los labios—. Tú me intrigas —añadió antes de beber.

Sebastian se acercó un poco más y su muslo rozó el de ella. Descansó un brazo en el respaldo del asiento circular y jugó con unos mechones del cabello de ella. La miró a los ojos.

—Me ducho para pensar.

El pulso de Erin se aceleró por el contacto.

—Me dijiste que andabas para pensar.

—Hago las dos cosas.

—¿Dependiendo de lo que tengas que pensar? —preguntó ella; tomó un sorbo de champán.

Él asintió con la cabeza.

—Andar me ayuda a despejarme, a llevar la sangre al cerebro.

—¿Y las duchas calientes?

Sebastian le quitó la copa de la mano y la depositó en la mesa.

—Las duchas deberían ser evidentes. El vapor alisa las arrugas que andar me causa en el cerebro.

Erin soltó una risita y tendió la mano hacia la copa, pero él la detuvo. Ella miró la mano grande que cubría la suya, mucho más pequeña.

—No sabía que se pensaba mejor en unas circunstancias que en otras.

—Tú haces lo mismo —entrelazó los dedos con los de ella y observó sus uñas, cortas y prácticas.

—No, yo no tengo ese lujo —mientras lo decía, se dio cuenta de que pensaba más sobre sus problemas del Paddington y su vida personal en casa.

—No es un lujo, es lo que yo hago —le tomó la otra mano y ella se movió en el banco para quedar frente a él—. Tú lo haces más de lo que te das cuenta. Simplemente, yo soy más consciente de dónde necesito estar y lo que necesito hacer para pensar con claridad.

Ella no podía pensar con claridad cuando él le hacía el amor a sus manos, acariciándole las bases de los pulgares, las palmas, los nudillos y las yemas de los dedos. Su contacto la seducía y hacía que le resultara difícil concentrarse en aquella extraña conversación.

Más bien imposible.

—Tú piensas demasiado en pensar.

—Pensar es lo que yo hago.

Era la segunda vez que decía eso y ella sabía que era un comentario que valía la pena investigar, pero por el momento no podía investigar nada; lo que le hacía en las manos la tenía relajada e hipnotizada.

Tal vez era un mago como David Blaine y pensaba en trucos para engañar a la gente.

Tal vez; pero en cualquier caso, ella no tenía que preguntarse quién era ni lo que hacía, porque sólo estaba allí por su cuerpo y no por su mente. O al menos eso era lo que se repetía a menudo con la esperanza, quizá, de llegar a convencerse.

Por eso, cuando él levantó las manos unidas de ambos y las acercó a sus pechos, se olvidó de su ducha y sus pensamientos porque la luz de los faroles había convertido sus ojos en un contraste de luz verde y deseo oscuro del que ella no podía apartar la vista.

Sebastian junto los índices y pulgares con los de ella y movió las manos encima de sus pezones. Erin dio un respingo.

Sin lugar a dudas, aquélla era la fantasía de Sebastian... las manos de Erin excitando su deseo.

—Cuando era niño vivía en la calle —musitó él; sus manos dejaron las de ella y tocaron los pequeños botones perlados del suéter—. Nunca supe nada de mi padre y los recuerdos que tengo de mi madre son muy selectivos, sólo las cosas que quiero recordar.

—¿Es eso cierto? —preguntó ella; sus manos permanecían inmóviles en sus pechos ya que las palabras de él habían desviado su atención de su cuerpo.

—No hagas preguntas; sólo escucha.

Siguió abriendo botones, uno tras otro, y el aire besaba la piel de ella a medida que se separaban las dos partes de la prenda.

Guardó silencio, ya que deseaba escuchar y sentir. Bajó las manos al regazo y se concentró en la voz y las manos de él.

—Tenía un camión de juguete, le faltaba una rueda pero no me importaba. Me gustaba mucho.

Llegó al final de la hilera de botones y sus nudillos rozaron la falda a la altura del vientre de ella.

—Yo jugaba con él en el suelo de cemento del edificio donde vivía. Un edificio sin cristales en las ventanas. El cartón no podía parar el viento, pero era lo único que quedaba, ya que las tablas de madera que cubrían antes las ventanas se habían quemado para que dieran calor.

Erin escuchaba su historia, consciente de que le estaba contando la verdad que ella había esperado conocer.

Pensaba que no había elegido un buen momento, porque, ¿cómo concentrarse en lo que decía cuando en aquel mismo instante le quitaba el suéter?

La mirada de él devoró el pequeño sujetador que apenas contenía sus pechos, cuyos pezones endurecidos empujaban contra el encaje. Tomó un sorbo de champán y frotó el borde húmedo de la copa debajo del pezón de ella, alrededor, antes de echarle champán en el pecho y bajar la cabeza para beberlo.

La sensación hizo que Erin diera un respingo. El aire que rozaba el encaje húmedo era frío, la boca de él caliente, su lengua acariciaba en círculos, sus labios chupaban el pezón... en definitiva, el conjunto hacía que le resultara difícil respirar.

Cuando al fin él levantó la cabeza, Erin se preguntó qué vendría a continuación y cuánto tiempo podría mantener sus sentimientos al margen si él le contaba historias de niños pequeños y sus camiones.

—No sé cuántos años tenía cuando al fin me recogieron. Mi madre se había ido hacía mucho. Mi única forma de calcular el tiempo era a partir de un pastel de cumpleaños que supongo que mi padre mendigaría en una panadería. Yo contaba desde allí. Mi madre me dijo que celebrábamos el primer día de la primavera y haber sobrevivido a los últimos cinco años, así que calculo que debía de tener unos once años cuando las autoridades se hicieron cargo de mí.

Y mientras hablaba, le bajaba los tirantes del sujetador por los hombros. Le quitó el sujetador, que cayó en la cintura de ella, dejando los pechos desnudos.

—Ven aquí —le ordenó él, y la subió a su regazo.

El borde de la mesa se clavaba en su espalda, pero apenas si se daba cuenta. Estaba más pendiente de la erección de él, que le apretaba los muslos, y de sus manos y su boca, que parecían estar en todas partes a la vez.

Se agarró a sus hombros porque no podía hacer otra cosa y echó la cabeza atrás. La falda se le subió a los muslos; abrió más las piernas y se pegó contra él.

Sebastian enterró el rostro en los pechos de ella, llevó una mano a su pubis y acarició a la vez su pene. Se estremeció y subió la mano al punto de placer que ella tenía desnudo y esperando. Al instante siguiente se sintió llena por dos dedos.

Se arqueó hacia él, que le abrió más los muslos y acarició en círculos el clítoris con el pulgar, al tiempo que acariciaba también el pezón en círculos con la lengua.

Ella se agarró a sus hombros y se frotó con fuerza contra los dedos de él; quería más, quería esperar, lo deseaba ya.

Y cuando estaba a punto de alcanzar el orgasmo, él apartó la mano y la boca y se echó hacia atrás.

—¿Por qué te paras? —preguntó ella.

—No estoy preparado para que termines.

A ella no le importaba nada aquello. Estaba más que preparada para tomar el asunto en sus manos, meterse en la fantasía que se había acostumbrado a usar... y gimió cuando él le paró los dedos.

—Todavía no.

—Me estás volviendo loca.

—Te quiero más húmeda.

¿Más húmeda? La humedad salía de su sexo hasta el pliegue del muslo. Erin dudaba de que fuera posible estar más húmeda; creía que nunca lo había estado tanto.

—Te juro que estás loco. ¿Esto no te parece bastante húmedo?

—Créeme —él llevó las manos a la cintura de ella y la sentó en el borde de la mesa. Subió las manos por las piernas de ella, hasta las rodillas—. Échate hacia atrás.

Erin vaciló, pero hizo lo que le decía, consciente de estar colocándose en una posición muy vulnerable, pero incapaz de controlar la anticipación que sentía.

Sebastian le puso las manos en los muslos y le subió aún más la falda.

Erin echó atrás la cabeza y él le rozó la parte interna de los muslos con los pulgares. Frotó de nuevo en círculos pequeños, acercándose al pliegue en que la pierna se unía a la cadera. Si no otra cosa, al menos había dominado un método de tortura muy eficaz. Erin jadeaba y estaba a punto de gritar.

Él le besó el muslo y bajó la lengua por él. Repitió la caricia en el otro muslo, pero más cerca

de su sexo. Volvió a la pierna en la que había empezado, repitió el proceso y demostró que ella había estado equivocada.

Se hallaba más húmeda, más preparada, más excitada que unos minutos antes. La intensidad de su respuesta, el modo en que las llamas lamían el centro de su cuerpo, le resultaban increíbles.

Esa vez él le subió la falda por encima de las caderas hasta el vientre y se inclinó para soplar en su clítoris y luego más adentro.

La espera, la sensación de anticipación, habría sido graciosa si ella no hubiera estado tan desesperada por llegar al clímax. Y la obsesión de él por excitarla aún más, la sensación concentrada de sus manos y su boca... cinco minutos más y se volvería loca.

Y entonces él regresó a su historia.

—Pasé seis años viviendo del Estado. Teníamos una ducha común en la que nos duchábamos mirando por encima del hombro, cuidándonos las espaldas con la esperanza de sobrevivir a aquellos quince minutos sin necesitar puntos y con la virginidad intacta.

Erin respiró con fuerza. Él la golpeaba con sus palabras al mismo tiempo que apretaba con gentileza el nudillo del pulgar en el pliegue entre las piernas de ella y bajaba. Quería pensar en lo que le decía, pero no podía desconectarse de lo que le hacía.

—Me duché así cuatro veces a la semana durante seis o siete años. No me fue mal, sobreviví. Y juré que cuando pudiera pagarme un sitio propio, no volvería a preocuparme por agua caliente en toda mi vida.

Mientras hablaba, miraba el juego de sus dedos en el sexo de ella. Erin podía haber llegado ya dos veces, pero había apretado los dientes y escuchado la historia. Apoyada en los codos, había bajado la barbilla hasta el pecho y mantenía la vista fija en el rostro de él.

Sebastian no había vacilado ni una vez durante la historia ni levantado la vista para ver si ella escuchaba. Cuando al fin se echó hacia atrás, Erin supuso que estaba dispuesto a tomarla. Hasta que lo vio levantar la botella de champán y acariciarle la parte interior de los muslos con ella. Subió un poco la botella y frotó la boca en los labios del sexo femenino, rodeó el clítoris, rozó los pliegues con el cristal frío, bajando por un lado, subiendo por el otro, jugando con ella sin misericordia hasta que al fin levantó la botella para beber.

Y luego bajó la boca al sexo de ella y bebió a la vez el champán y su humedad.

Erin no pudo aguantar más. Soltó un grito, con el cuerpo rígido por las sensaciones del orgasmo y la oleada de placer haciéndola arquearse hacia la boca de él. La piel le cosquilleaba, ardía y palpitaba, pero quería algo más. Necesitaba tenerlo en su interior.

Se levantó, apartó a Sebastian de un empujón y llevó la mano a la cintura de su pantalón. Él sacó un condón del bolsillo, la ayudó a bajar el pantalón y se lo puso. Erin bajó de la mesa y se sentó en su regazo, con la mano entre sus cuerpos para guiarlo a su centro.

Él la llenó y fue como encontrar una parte de ella misma que había estado perdida. Lo aferró con músculos todavía doloridos de la noche anterior y lo montó con fuerza. Sus pechos oscilaban y

él apretó la frente contra ellos y jadeó en el valle entre los dos.

A ella le ardían los músculos, estaba dolorida por la fricción del asomo de barba de él, por el movimiento de su pene, pero no le importaba. Aquello era lo que quería, aquel vínculo alegre de dos cuerpos necesitados.

Sebastian abrió más las piernas y empujó hacia arriba, con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento y los tendones del cuello muy tensos. Ella quería ver su tortura, su agonía, pero la tensión de su hermoso rostro sólo consiguió enervarla aún más.

Volvió a alcanzar el orgasmo y oyó los gruñidos guturales que señalaban el clímax de Sebastian. Después, él se dejó caer contra su pecho, con el cuerpo todavía estremecido.

Ésa era la altura que había anhelado físicamente, la sensación de agotamiento después de un sexo fabuloso. Estaba convencida de que nunca había conocido una satisfacción física como aquélla.

Pero era la satisfacción del alma lo que no estaba segura de poder soportar.

Cali cruzó las piernas y se acercó más a la mesita de café. Estaba sentada en el suelo, enfrente del futón de Will, y ambos compartían un tazón de helado con nata y plátano. Will se sentaba igual que ella al otro lado y sus rodillas se rozaban debajo de la mesa baja.

Los dos llevaban camisetas, pantalones de chándal grises y calcetines deportivos gruesos, cortesía del armario de Will. El helado era para celebrar el nuevo empleo de él en el Paddington y las dos horas que acababan de pasar en la cama.

Cali estaba convencida de haber vivido la noche de viernes más maravillosa de su vida. Suponía que el helado le saciaría el hambre hasta que pudieran comer algo más sustancioso después de dormir para reposar el azúcar y el sexo. Y sí, el sexo era fantástico. Su cuerpo gritaba de satisfacción, así que ¿qué importaba si ganaba algún kilo con el helado?

A Will no parecía importarle que no estuviera muy delgada; de hecho, parecía encantado de que no lo atormentara con caderas huesudas. Y eso era bueno, porque a ella le gustaba mucho el modo en que acomodaba su cuerpo al de ella. Suspiró.

—Mañana tendré que estudiar para ponerme al día antes de la clase del lunes.

—Querrás decir hoy.

Cali soltó un gemido.

—Ya es sábado, ¿verdad? ¿A qué se debe que pierda la noción del tiempo cuando estoy contigo?

Will se sacó la cuchara de la boca y la hundió despacio en el helado, la dejó allí erguida, apoyó los codos en la mesa y se inclinó hacia Cali.

—¿De verdad quieres que conteste a eso?

Ella pensó un instante si había consumido ya azúcar suficiente para otro intento en el dormitorio o si la energía la abandonaría antes de que pudiera desnudarse.

—No, no necesito tu respuesta masculina —repuso—. Puedo pensar en una yo sola.

Will movió la cabeza y retiró la cuchara con un trozo de plátano.

—Eso me gustaría oírlo.

—Nuestro tiempo juntos pasa muy deprisa porque tú quieres discutir cada una de mis ideas para el papel de Jason en el guión —dijo ella.

—Tonterías —repuso él—. Yo no discuto nada. Sé tan bien como tú que sin Jason no tenemos guión. Es su historia.

Cali pensó que al menos estaban de acuerdo en algo importante, ya sólo tenía que hacerle entender en qué otros puntos no tenía razón.

—Exacto. Pero tu obsesión por la acción exterior está diluyendo ese hecho.

Will atacó el helado con ganas.

—Pero estamos escribiendo para la pantalla grande, lo que implica que necesitamos acción —se defendió.

Cali odiaba seguir por aquel camino, pero, por otra parte, había sido la discusión que tuvieron el primer día de clase lo que los había llevado hasta aquel momento y lugar.

El profesor había pedido a todos los miembros de la clase que nombraran al guionista o director que más los hubiera impulsado a estudiar esa materia. Y la discusión que siguió selló el destino que compartía ahora con Will.

—Christopher McQuarrie —le recordó ahora—. Oscar al mejor guionista en 1995 por *Sospechosos habituales.*

Will movió la cabeza y sonrió.

—Brillante.

—¿La película o el escritor?

—Ambos. Y tú sabes que eso es lo que quiero hacer —dijo él, abandonando la cuchara en el tazón.

—Pero no ocurrirá si tú no haces por nuestro Jason lo que Christopher McQuarrie hizo por Keyser Soze.

Will dejó de sonreír.

—Y tú crees que no hago eso.

—Yo sé que no haces eso —repuso ella con rapidez.

Will la miró con expresión de derrota.

—¿Y qué hago? ¿Empezar de cero... analizar un elemento tras otro y ver dónde me he perdido?

Cali volvió a hablar con rapidez, porque temía no hacerlo si se paraba a pensar en los sentimientos de él, y la sinceridad le parecía fundamental.

—Tengo una idea.

—¿Cuál?

Ella colocó las manos en la mesa, a ambos lados del tazón de cristal.

—Sé que puede parecerte una tontería, ¿pero por qué no le pedimos opinión a Sebastian?

Will frunció el ceño.

—¿Sebastian Gallo? ¿Por qué crees que puede tener algo interesante que decir?

—No sé —ella se encogió de hombros—. Algo me dice que sí.

Will se puso en pie y empezó a pasear por la estancia.

—Sí, eso tiene mucho sentido —gruñó.

Cali se abrazó las rodillas.

—Ya sé que lo conozco muy poco, pero esta noche le hemos hablado del Dúo Osado y ha creado toda una historia sobre quién pueden ser y por qué hacen lo que hacen.

Will la miró con los brazos en jarras.

—¿Y por eso quieres que nos aconseje sobre nuestra idea? ¿No crees que eso es exagerar?

—Mira, que no esté en nuestra clase o no sea un experto no significa que no tenga intuición para una historia.

—Yo tengo intuición para las historias y soy tu compañero de proyecto. No Sebastian Gallo.

Cali frunció el ceño.

—Ya lo sé, y sé que él no tiene nada que ver con nuestro proyecto, pero creo que estamos tan metidos en él que somos incapaces de verlo con perspectiva, y no creo que una mirada nueva nos viniera mal. Eso no desmerece el trabajo que has hecho tú o el que he hecho yo, es sólo...

—Es sólo que el bosque a veces no deja ver los árboles, ¿verdad? —comentó él. Rodeó la

mesa y se tumbó de espaldas en el futón. Se quedó mirando el techo con un brazo sobre la frente.

Cali se volvió, apoyó un codo en el buzón y la cabeza en el brazo. Will parecía agotado y seguro de que aquella reticencia se debía a algo más que el guión. Después de todo, acababa de perder su empleo.

No sabía si lo preocupaba el dinero, pero sospechaba que el golpe lo había afectado más de lo que daba a entender, aunque fuera más dañino para su ego que para su cartera. Le puso una mano en el pecho y lo acarició con los dedos.

Will cubrió la mano de ella con la suya y suspiró.

—Seguramente tienes razón. Llevamos meses trabajando en esto y hemos perdido perspectiva. Además, yo estoy agotado —volvió la cabeza y la miró a los ojos—. ¿Y tú?

—También —sonrió ella—. Pero sobreviviré.

Will jugó con uno de sus rizos.

—No te he dado las gracias por conseguirme el empleo con Erin.

—No ha sido muy difícil —le aseguró ella—. Estaba encantada con la idea.

Will tiró de ella hacia sí y Cali se acomodó a su lado. Cuando él la abrazó y respiró profundamente al borde ya del sueño, ella supo que no quería estar en ningún otro sitio.

9

Lo había descubierto.

Él no había sido lo bastante rápido o lo bastante listo; no había sido lo bastante consciente de dónde esconderse.

De hecho, la había visto llegar y se había quedado sentado al volante de su coche observándola acercarse.

La noche era muy oscura y la hora tardía. Él había aparcado más abajo pero en la misma manzana del edificio en el que la había visto entrar. No el edificio que su compañero seguía vigilando desde el otro lado, ni el edificio donde habían encontrado a los traficantes que llevaban semanas buscando.

Raleigh no sabía por qué estaba tan deprimido. Su carrera, su vida, hasta su mente eran un desastre... y era demasiado tarde para intentar arreglarlo.

No había una segunda oportunidad.

Se había acabado.

Ella se dirigía hacia él.

¿En qué demonios estaba pensando para estropear el trabajo por el que le pagaban? Y todo por una distracción que tendría que haber previsto, que estaba entrenado para predecir, que en ese momento avanzaba hacia él.

Y ya era demasiado tarde.

Ella estaba allí y él estaba acabado. Frito como las ancas de rana rebozadas para que sepan a pollo. Ñam, ñam...

Basura. Pura basura.

Sebastian se levantó de la mesa y fue a la ventana del dormitorio. ¿Qué diablos le ocurría? No conseguía formar una frase que no fuera una porquería.

Raleigh no era el único cuya carrera estaba en juego. De seguir así, él tendría que devolver el adelanto del contrato y dedicarse a pedir en la calle.

Era sábado por la mañana y todavía no había amanecido. La ciudad estaba silenciosa sin el ruido de los días de trabajo con el que solía acostarse. El aire era fresco y limpio. Miró el coche de policía que recorría la calle siete pisos más abajo.

¿Por qué le había contado a Erin aquellas cosas sobre su vida? Sólo le quedaba esperar que no lo hubiera creído, porque no quería que llegara a la ridícula conclusión de que él le había mostrado adrede el único punto débil de su armadura que podía permitirle encontrar el modo de entrar en ella. No quería que encontrara el modo de entrar a pesar de que, en cierto modo, ya estaba dentro, trabajando para desmantelar la valiosísima independencia de él, para hacerle ver que no podía controlar sus sentimientos tan bien como creía.

Suponía que ella se sentiría mejor consigo misma si le daba una historia. No quería que se sintiera mal por lo que habían hecho; quería que se sintiera tan bien como él. Y aquello ya era admitir mucho para alguien acostumbrado a huir de compromisos, de cariño y de la preocupación por lo que pudieran sentir los demás.

Eso era lo que le había permitido sobrevivir a su adolescencia y llegar a la edad madura. ¿Por qué había sido ahora tan tonto para contarle su vida privada a una mujer después de tanto tiempo? Pero eso era lo que había hecho, aunque si le preguntaba, lo negaría todo y diría que había estado inventando.

Movió la cabeza. Antes de Erin, no había hablado con nadie de aquellos años. Y la única persona con la que había hablado algo durante aquellos años vacíos había sido Richie Kira, lo más cercano a un amigo que había tenido Sebastian.

El hombre, de sesenta años, era un interno que trabajaba en la biblioteca del centro y ayudaba a los chicos a hacer trabajos escolares o a buscar lecturas. Richie captó la curiosidad innata de Sebastian, la sed de conocimientos del chico, y lo introdujo en los mundos increíbles que se podían encontrar en las estanterías, entre las páginas de los libros que él cuidaba como cuidaría un jardinero un lecho de rosas o un granjero los campos de maíz y trigo que le daban de comer. Y la comparación no andaba muy alejada de la realidad.

Los libros eran para Richie un vínculo con una vida exterior que no había tenido en más de cuarenta años. Leía, recordaba, y se lo contaba a Sebastian. Historias de guerra y mujeres, de partidos de fútbol y peleas con bandas rivales, de coches rápidos, música alta y de cómo besar a una chica de modo que nunca olvidara tu nombre.

Fue el padre que Sebastian no había tenido, el mentor que necesitaba, el que le aconsejaba sobre el mundo sin acolchar sus palabras con la perspectiva de un padre, dando sus consejos directamente desde la calle.

Desde el patio de la cárcel.

Y Sebastian aprendió a cuidarse las espaldas, pero olvidó, quizá, que también tenía que vigilar el frente.

Richie le había hablado del cuerpo de las mujeres y el control de natalidad, pero no de la mente femenina. Tampoco le había explicado que los ojos de una mujer pueden brillar invitadores antes de darte un puñetazo en el estómago.

Tres horas atrás, había acompañado a Erin a su casa y ella le había propuesto entrar. Sebastian deseaba hacerlo, pero se había despedido en el pasillo y avanzado hacia el ascensor sintiendo en la nuca el calor y la incertidumbre de su mirada.

Subió a su casa e intentó trabajar, pero no consiguió concentrarse lo bastante para escribir otra cosa que no fuera basura.

Por mucho que lo intentaba, no conseguía otra cosa que pensar en esa otra idea.

La idea que quería posponer hasta que llegara el momento indicado, una historia que no era de Raleigh y tampoco de él, ya que su musa había asumido un control absoluto. La idea lo asustaba.

Volvió a su silla y al teclado. La distracción de Erin Thatcher empezaba a cobrar más sentido. No estaba concentrado, dejaba a su musa el camino libre, cedía a su tentación y eso dejaba la puerta abierta a distracciones. Tenía que olvidar de momento a Erin y aquella idea para una historia que no era de Raleigh. En Erin pensaría más tarde.

En ese momento le apetecía escribir.

El sábado por la mañana, Erin se despertó más temprano que de costumbre. Una cosa era cierta: jamás volvería a mirar igual la mesa del Dúo Osado.

De hecho, tenía miedo de que, cuando los viera allí sentados, sintiera ganas de sacaros de los pelos.

Las cuatro horas escasas que había dormido parecían ser todo lo que necesitaba su cerebro. El cuerpo le dolía todavía y pedía otras ocho más, pero su mente se movía a toda velocidad y le pedía acción.

Pero antes de cepillarse los dientes o incluso de saltar de la cama, abrió el ordenador y se lo puso en el regazo.

De: Erin Thatcher
Enviado: Sábado
A: Samantha Tyler; Tess Norton
Asunto: ¿Sexo una vez? ¡Qué vergüenza!

Vale, chicas. Soy un desastre. ¿Recordáis lo de dejar los sentimientos fuera de mi aventura con Sebastian? Ajá. Demasiado tarde. No voy a decir que esté enamorada, pero decididamente, me gusta mucho. ¿Y ahora qué?

Anoche me contó cosas. Cosas que no estoy segura de que sean verdad. Cosas sobre su pasado que casi parecen una historia inventada en mi honor, para apaciguar mi curiosidad o quizá incluso para asustarme un poco y que deje de pensar en todo lo que estoy pensando y procure que mi mente y mi corazón no se involucren tanto como mi cuerpo.

Pero el hueso que me tiró falló en su cometido, porque me ha despertado aún más curiosidad. Y no podía decirle que dejara de hablar para averiguar si se estaba quedando conmigo, porque en ese momento me hallaba en una posición muy comprometida. Cómo de comprometida, os preguntaréis. Digamos que hay una mesa en el bar a la que no podré volver a mirar.

Y volviendo a mi dilema. ¿Le pregunto si es verdad lo que me contó, ya que deseo mucho saberlo, o me olvido de intentar averiguar quién es y disfruto de su compañía y de su, ah... lengua? Si acabara con esto en este momento, echaría de menos el sexo, sí.

Pero me temo que lo echaría más de menos a él.

Supongo que nunca pensé que podía querer conocer mejor a mi hombre con el que hacer cosas... Hay incluso una parte de mí que ha pensado en olvidar la parte sexual y ver si podemos ser amigos. Creo que es un hombre muy interesante, más interesante aún de conocer que, bueno, para... ya me entendéis.

¿Qué hago?

Erin.

No esperaba que ni Tess ni Samantha tuvieran la solución perfecta, pero estaba dispuesta a conformarse con alguna sugerencia.

Entró en la cocina a hacer café y, cuando terminó, se llenó una taza grande hasta el borde. Iba de camino a la ducha, con la taza en una mano y las toallas en otra, cuando oyó el timbre del e-mail y decidió pasar por el dormitorio. Lo primero era lo primero. Despertar del todo tendría que esperar hasta que viera los consejos que tanto necesitaba.

De: Tess Norton
Enviado: Sábado
A: Erin Thatcher; Samantha Tyler
Asunto: Re: ¿Sexo una vez? ¡Qué vergüenza!

Querida Erin:

Haz exactamente lo que te digo. No te desvíes del plan. Hazlo enseguida:

1. Vete a un café.
2. Pídete un capuccino.
3. Pide también un trozo grande de pastel de chocolate.
4. Siéntate en una silla cómoda.
5. Pregúntate qué es lo peor que puede ocurrir con Sebastian.
6. Pregúntate qué es lo mejor que puede ocurrir con Sebastian.
7. Asume que NINGUNA DE ESAS DOS COSAS VA A SUCEDER. Lo que de verdad ocurrirá será algo que no puedes anticipar y para lo que no estás preparada.

POR LO TANTO:

1. Disfruta del café y el pastel.
2. Disfruta de tus momentos con Sebastian.
3. Sé fiel a tu voz interior.
4. Honra tu libido.
5. No juegues... Si quieres preguntar algo, hazlo.

¿Verdad que doy sabios consejos? Pero bromas aparte, creo que lo anterior es cierto. Me parece que la clave es la voz interior y escucharla en lugar de pensar en las cosas que queremos oír.

Y no es porque yo haga eso. Soy una tonta y debería estar en manos de los psiquiatras. Pero eso es otra historia y ahora tengo prisa.

Con cariño y besos, Tess.

Erin releyó las últimas líneas con cierta sorpresa. Tess era una de las mujeres más sensatas que había conocido, aunque sólo fuera en el ciberespacio.

Se llevó la taza de café a la ducha y la dejó en el estante donde guardaba el gel y el champú. Entre el agua caliente y el café, consiguió al fin poner su cuerpo en marcha. Meterse en la cama un par de horas más resultaba mucho más atrayente que ponerse a trabajar. Y meterse en la cama con Sebastian sonaba aún mejor.

Pero tenía que preparar una fiesta y además sentía que se lo debía a Rory.

—Le he contado a Will cómo inventó Sebastian la historia del Dúo Osado; cree que exagero, y eso me molesta —gruñó Cali.

Erin agradeció en su interior la distracción de su amiga. Empezaba a desear haber seguido el consejo de Tess sobre el capuccino y el pastel de chocolate en vez de ir al trabajo, pero cuando salió de casa, pensaba más en la fiesta que en su salud mental.

Y en ese momento, horas después, empezaba a pagar el precio de aquel lapsus. Y era un precio cada vez más alto. Había pensado varias veces en lo mejor que podía ocurrir con Sebastian y en lo peor, pero no conseguía encontrar un punto intermedio.

Empezaba a convencerse de una cosa. O bien sus hormonas largo tiempo dormidas hervían contra la tapa de la olla a presión o estaba a punto de sucumbir al amor a primera vista. O en este caso, amor al primer sexo.

—¿En qué sentido cree que exageras? —miró a Will, que cargaba su bandeja de jarras de cerveza y tenía los labios apretados en vez de su sonrisa habitual. Era evidente que no le gustaba que Cali hablara de su discusión de amantes, y por una vez Erin estaba de su parte.

—Cali parece creer que Sebastian tiene un don mágico para inventar historias —Will levantó la bandeja—. Yo sólo le he dicho que contar una historia no tiene nada de mágico, que es cuestión de los elementos de la historia y el modo en que los trata el autor.

La lealtad de Erin volvió con Cali.

—Bueno, yo no sé nada de elementos, pero sé que mi abuelo Rory podría haber enseñado cosas a Hemingway. Y Rory nunca puso nada por escrito; era sólo el modo en que contaba la historia.

Cali parecía triunfante y Will furioso. Se alejó y Erin se encogió de hombros, ya que no quería meterse en un problema personal entre ellos dos y su guión y que en el fondo no tenía nada que ver con la capacidad de Sebastian para inventar historias.

Por supuesto, ellos desconocían la historia que le había contado la noche anterior mientras estaba echada en la mesa del bar, la historia que Erin no conseguía ver con perspectiva por mucho que lo intentaba. Era demasiado rara, demasiado alejada de su experiencia personal.

—A eso me refiero exactamente —Cali dejó unas botellas en el cubo de basura de los cristales—. Los hombres son increíbles —musitó—. Siempre tienen que salirse con la suya.

—A veces eso no es tan malo —Erin miró la mesa en la que había sentado antes a tres chicas veinteañeras porque se sentía incapaz de soportar la idea de que el Dúo Osado la profanara.

—Si estás hablando de sexo, estoy de acuerdo. Un hombre que sabe lo que hace cuando te tiene desnuda es algo hermoso —asintió Cali—. Pero odio que intenten ser expertos en todo y se pongan imposibles en cuanto les sugieres que pueden estar equivocados o que otro hombre puede tener la respuesta que ellos no tienen.

Erin volvió su atención a su amiga.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con Sebastian?

Cali se encogió de hombros.

—Sólo le dije a Will que sería interesante ver lo que pensaba de nuestro guión.

Erin movió la cabeza.

—No sé; yo no soy experta en hombres, pero entiendo que Will se moleste por eso. Tú quieres la contribución de otro en vez de fiarte de su intuición y en un momento en el que acabáis de empezar lo que puede ser una relación muy buena para los dos.

—Bueno, sí. Eso lo entiendo —Cali sonrió y agitó la mano a un cliente que se dirigía a la puerta—. Yo sólo quería buscar un modo de salvar el guión. Para mí no significa tanto como para Will y pensé que, si escuchaba lo que intento decirle pero se lo oía a otro hombre, tal vez hiciera caso.

—Entonces haz lo que te parezca mejor.

—Gracias —Cali sacó dos botellas del frigorífico y limpió con una mano el hielo de la etiqueta—. ¿Qué clase de consejo es ese?

—El único que se me ocurre en este momento —repuso Erin, ya que Sebastian acababa de entrar por la puerta.

No estaba preparada para la emoción abrumadora que la embargó. Sentía que hasta entonces sólo había existido y en ese momento empezaba a vivir, y lo cierto era que aquello no le gustaba mucho. La idea de que sólo había estado pasando por la vida era una burla a los años pasados aprendiendo de Rory, a la época en que había recorrido Europa a pie con su primer amor, a los años

de estudio en la universidad en una carrera que no terminó.

¿De verdad había pasado su vida en el limbo esperando a un hombre? Aquella idea le provocó una oleada de pánico. Todo aquello era ridículo. Un hombre no era la respuesta a sus problemas ni a sus plegarias. Sebastian Gallo no estaba allí por eso. Se secó las manos en el delantal y miró a Cali.

—Tengo que ir al baño. Dale una cerveza a Sebastian y dile que vuelvo enseguida, ¿vale?

—Claro, pero no...

Erin no escuchó el resto porque el sonido de la puerta de la oficina al cerrarse ahogó la voz de su amiga.

«Cuenta hasta treinta, Erin. Cuenta hasta treinta».

Sí, siempre había sabido que existía la posibilidad de mezclar sus sentimientos por mucho que se dijera que eso no ocurriría. Después de todo, era una mujer y como tal no podía evitar pensar que el amor seguía necesariamente al sexo.

Se separó de la puerta y terminó de contar hasta treinta mientras cruzaba la estancia. Se sentó delante de su escritorio y abrió su correo electrónico con la esperanza de que Samantha hubiera respondido ya a su grito de socorro de esa mañana.

De: Samantha Tyler
Enviado: Sábado
A: Erin Thatcher; Tess Norton
Asunto: Re: ¿Sexo una vez? ¡Qué vergüenza!

Oh, Erin. Ten cuidado. No sabes nada de Sebastian aparte de que es... ejem... experto. Procura no confundir «amo el sexo» con «te amo». Un cliché muy de chicas.

Yo te diría que te olvides de la amistad. Si tenéis tanta química, es imposible que podáis ignorarla y dedicaros a hablar de otras cosas.

Piénsalo bien. ¿No te pones caliente sólo con mirarlo a los ojos? Recuerdo que cuando me enamoré de mi ex hasta su caspa me ponía caliente... Vale, eso es un poco exagerado, pero tú ya me entiendes. ¿Y tú crees que puedes ser su cantarada?

(Samantha niega con vigor con la cabeza).

Amistad más sexo es igual al amor. Si crees que hay potencial para un futuro juntos, sigue adelante. Si no, sal huyendo. Nadie necesita que le rompan el corazón, y cuanto más esperes, más profundo te meterás y más te dolerá luego.

¿El punto intermedio? ¿Cerrar la boca a menos que te esté dando placer, cerrar los oídos a su lado humano y dejar tu corazón en casa? Buena idea, pero no. Nunca funciona. Si te estás enamorando, eso no va a parar la caída por mucho que tú te digas que sí.

No quiero parecer negativa. Y recuerda que mi divorcio seguramente me tiene un

poco amargada, cínica antes de tiempo. Me encantaría que tuvieras un final feliz de amor con ese hombre, pero ¿qué probabilidades hay?

No olvides que lo elegiste porque era el hombre equivocado para ti. ¡Ojalá Tess y yo pudiéramos conocerlo!

Samantha.

P.D. ¿Qué diablos es todo eso que estás descubriendo sobre su pasado y que insinúas pero no nos cuentas? ¿Acaso ha sido mafioso o narcotraficante?

Erin soltó una risita y movió la cabeza. Samantha tenía sus momentos de locura, pero sin duda a veces también acertaba. Aquello de que amistad más sexo equivalía a amor tenía mucho sentido.

¿Y en qué categoría entraban sus sentimientos por Sebastian? La lujuria era evidente, el interés también, cosas ambas que encajaban con el principio de una relación.

Pero aquello no era una relación ni el principio de una.

Ni siquiera sabía si lo poco que sabía de él era real.

Se había metido en aquella relación buscando alivio al estrés y a sus hormonas y sólo había conseguido apaciguar temporalmente estas, ya que cada vez que lo veía, lo deseaba más que la anterior.

Se frotó las sienes para alejar el dolor de cabeza que empezaba a asaltarla. Todo era muy sencillo.

Necesitaba una luz al final del túnel, un rayo de sol que se abriera paso entre las aguas turbias de su mente. No era mucho pedir, ¿verdad?

¿Saber que no se pasaría el resto de su vida sintiéndose fuera de lugar?

Hubo una llamada en la puerta y a continuación entró Sebastian en la estancia. Erin tragó saliva con fuerza.

Él cerró la puerta a sus espaldas.

10

—¿Me estás evitando?

En el sentido en el que él lo decía, no. No había salido corriendo porque no quisiera volver a verlo, más bien al contrario. Pero sí, por el momento prefería trabajar sola en su conflicto emocional.

—¿Por qué? ¿No puedo ir al baño sin causar sospechas?

Sebastian enarcó las cejas, se cruzó de brazos y se apoyó en la puerta.

—¿Eso es lo que estás haciendo?

Erin se encogió de hombros y señaló el baño adyacente con la cabeza.

—Todavía no he llegado. Me he parado a leer un mensaje que estaba esperando.

—¿Y ahora estás pensando en cómo contestarlo?

¿Cómo conseguía parecer tan indiferente cuando ella estaba a punto de derrumbarse?

—Estoy pensando en lo que he leído, en ver si me ayuda con mi dilema actual.

—¿Tienes un dilema?

—Sí —confesó ella.

Se le ocurrió que todo aquello estaba equivocado. Que debería ser él el que estuviera nervioso y ella la que lo observara con calma. Aquél era su territorio, el sitio en el que trabajaba mientras él recorría las calles pensando. Él era la fuente de su agitación, su aparente indiferencia ante una relación que a ella la estaba volviendo loca.

Quería ver si podía ponerlo nervioso, espantarlo, hacerlo pagar por lo que sentía. Apoyó los codos en los brazos de la silla y levantó la barbilla.

—Mi dilema eres tú.

—No me digas.

—Te lo digo. Y es bastante molesto, porque siempre que estoy cerca de ti, quiero desnudarme. No, espera —levantó una mano al ver que él se disponía a hablar—. Eso no es verdad del todo. Siempre que te veo, quiero que tú me desnudes.

—¿Y eso es malo?

—Dímelo tú.

—Vamos, Erin, yo soy hombre —la mirada de él se volvió intensa, revelando al fin que no estaba tan indiferente como aparentaba—. ¿Qué crees tú que voy a decir?

—Supongo que sólo quiero que seas sincero.

—Tú quieres que sea sincero —él apretó los labios y pensó un momento—. ¿Quieres que te diga que cuando veo iluminarse tus ojos me pongo duro?

Erin parpadeó e intentó recordar cómo respirar. ¿Por qué tenía que decir esas cosas? Tuvo que esforzarse por evitar bajar la vista de su cara a su entrepierna.

—Si eso es tu sinceridad, sí, dilo.

—Es sincero y real. Y sí —apartó la vista un instante y luego la devolvió a su sitio—. Ha sido así desde hace meses.

¿Meses? ¿O sea que la sensación inicial de atracción mutua no había sido imaginación suya y aquella aventura no era tan repentina ni tan loca como había creído? Pero era una aventura, ¿no? No importaba quién hubiera hecho el primer movimiento, lo que hacían tenía que ver con la química de los cuerpos y no con lo que existía entre las almas.

Ni siquiera era amistad. No sabía cómo se ganaba él la vida, dónde comía ni cuál era su alimento preferido. Sabía que le gustaba el champán, los libros y las duchas, y que se ponía duro cuando la miraba a los ojos.

—Meses, ¿eh? Hace unos meses que me mudé a esa casa.

—Sé muy bien cuándo te mudaste —repuso él—. Y yo me había acostumbrado a vivir solo.

Rodeó el escritorio y bloqueó el camino hacia la puerta. Erin lo miró de frente. Quería la verdad. ¿Qué tenía ella que ver con la realidad de que él viviera solo?

Él apoyó las manos en el borde de madera oscura de la mesa y estiró las piernas. Le sostuvo la mirada sin ningún problema y ella pensó que había estado en lo cierto; él era un mago y ella había caído plenamente bajo su conjuro.

Sebastian llevaba vaqueros negros y botas de ciclista, y cruzó las piernas a la altura de los tobillos. Su suéter de cuello de pico era de un tono marrón oscuro y esa noche tenía aún más sombra de barba que otros días, lo cual le daba un aire peligroso.

Erin rehusó dejarse intimidar.

—Sigues viviendo solo.

Sebastian negó con la cabeza.

—No, tú vives allí. No físicamente, pero estás allí. Y a mí me cuesta dormir y no te imaginas cómo has afectado a mi trabajo. O a mis duchas.

—Duchas que tomas solo —entonces comprendió lo que estaba diciendo. Sus fantasías habían ido a la par con las de ella, aunque diferentes.

Se levantó de la silla despacio y lo miró, rozando con la punta de los zapatos las suelas de las botas de él.

—Haces algo más que ducharte solo, ¿verdad? —preguntó.

Sebastian tardó en contestar. Ella esperó con paciencia y al fin se vio recompensada con un suspiro que fue casi tan elocuente como las palabras que siguieron.

—Yo no tengo familia, trabajo en casa. Mis relaciones de trabajo son casi todas a distancia. No tengo amigos íntimos, por lo menos que vivan aquí. Así que... sí, como solo y duermo solo —sonrió un poco—. Y recorro las calles solo.

—Y tienes sexo solo.

Esperó una negativa, una respuesta resentida por aquel insulto implícito a su virilidad, pero no se produjo. El aire en la estancia se volvió pesado y espeso por la tensión. Ninguno de los dos se movía; los dos seguían de pie, mirándose. De fondo se oía el ronroneo del ordenador y Erin habría podido jurar que oía el tic de la vena de la sien de él.

Siguió el silencio, que hablaba de revelaciones no pronunciadas, de Sebastian renunciando a una parte de sí que no estaba preparado para compartir, pero la imagen de él en la ducha satisfaciéndose solo excitó mucho a Erin.

—Tener sexo solo es bastante común.

—Para la mayoría de los hombres. Pero tú no eres como la mayoría —un hecho que ella agradecía profundamente, con independencia de lo lejos que llegaran con aquella aventura.

Por el momento, sin embargo, le interesaba más llevar la conversación a un punto en el que pudiera encontrar respuestas.

—Has dicho que no tienes familia. ¿Has estado casado?

—Jamás.

—¿Relaciones? —enarcó una ceja—. ¿Antiguas novias que te hagan compañía cuando sientes el impulso?

—¿Qué impulso? —cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿El impulso de tener sexo no relacionado con la ducha, el jabón y mi mano derecha?

Erin se esforzó por no sonreír.

—A veces ocurre.

—Pero no con antiguas novias.

—¿Y con quién? —lo presionó ella.

—Con chicas... —se interrumpió y corrigió el desliz—. Con mujeres que se muestran amistosas conmigo cuando me paro.

—¿Y cuándo fue la última vez que te paraste? —Erin no sabía por qué aquello le parecía importante, pero la curiosidad exigía preguntar.

—No lo sé —repuso él sin dudarlo.

—¿No sabes cuándo fue la última vez que dormiste con una mujer? ¿Los hombres no soléis anotar eso?

—Yo no soy como la mayoría de los hombres.

Eso ella ya lo sabía. Como también que la mayoría mentirían antes de admitir algo así. Y si se mostraba sincero sobre las relaciones sexuales que no tenía antes de conocerla...

—¿Y la historia que me contaste anoche sobre vivir en un edificio abandonado? ¿Era verdad?

Pasaron un par de segundos antes de que él asintiera de nuevo con la cabeza.

—Verdad.

A ella se le partió el corazón. Enterró el rostro en las manos.

—No puedes hacerme esto. No puedes decirme que no tienes familia ni amigos, que vives solo y trabajas solo, que tienes sexo solo.

—¿Por qué no? Es mi vida, no la tuya. Yo no me regodeo en todo eso; es lo que soy.

Ella movió las manos con agitación.

—No, no, no. Tú has dicho que no puedes dormir porque yo estoy allí. ¿Cómo voy a responder a eso si sé que estás tan solo?

—Estoy solo, Erin, no me siento solo. Y no he dicho que no quiera que estés allí.

Ella esperó, segura de que diría algo más. Pero él apretó la boca que ella sólo había besado la noche del cuarto de los buzones. ¿Cómo podía no haberse dado cuenta de que no habían vuelto a besarse?

¿Por qué no había vuelto a besarla?

Se abrió la puerta de la oficina. Sebastian levantó la cabeza. Erin se volvió sobresaltada. Cali estaba en el umbral con expresión de pánico.

A Erin se le aceleró el pulso.

—¿Qué pasa? ¿Qué te ocurre?

Cali abrió aún más los ojos.

—No te vas a creer lo que acaba de descubrir Will sobre el Courtland.

El Courtland, el nuevo café de jazz abierto en la misma acera que el Paddington, había anunciado unas semanas atrás su gran inauguración de mediados de noviembre. Lo que no habían hecho público hasta esa noche era la fecha exacta de su fiesta.

La noche de Halloween.

La noche del aniversario del Paddington.

La noche de Erin.

Sebastian sentía ganas de destrozar la primera trompeta o saxofón que se cruzara en su camino.

No sabía por qué, pero tenía la impresión de que alguien había contado los planes de Erin para la fiesta, en cuyo caso haría mejor en destrozar la mandíbula del ex empleado sospechoso. Pero se calló sus sospechas y sus ideas violentas. Tenía que pensar en las necesidades de Erin, no en las suyas; aunque últimamente le resultaba difícil distinguir entre ambas.

Extraño, pero aceptar esa realidad no había sido tan difícil como habría esperado.

Junto con Cali y Will, Sebastian había acompañado a casa a Erin después de cerrar el bar. A él no lo preocupaba que fuera tarde y sabía que ella estaba acostumbrada a pasar despierta la mitad de la noche. No sabía lo que hacían los otros dos, pero se alegraba de que estuvieran al lado de Erin.

Después de la intensidad de su encuentro en la oficina, tenía además el presentimiento de que ellos dos solos no habrían podido buscar una solución razonable al problema de ella.

Pero con la ayuda de Cali y Will habían conseguido preparar una lista de opciones para lograr que la fiesta de aniversario de Erin no la dejara en números rojos. Y ni una sola de las opciones de la lista causaría un impacto como lo que iba a hacer Sebastian.

Lo que tenía que hacer e iba a hacer por las razones y los sentimientos que llevaba combatiendo desde el día en que se habían conocido. Razones a las que se había negado a dar credibilidad porque no debería haberle importado que una mujer a la que apenas conocía pudiera perder su negocio. Sentimientos a los que se había negado a dar vida porque quererla aumentaba el riesgo para el único modo de supervivencia que conocía.

Pero sí importaba que Erin pudiera perder su negocio, y enlazaba con la respuesta primitiva de un hombre que necesitaba proteger a su mujer. ¡Si se hubieran conocido en otro tiempo y otro lugar! Quedaban demasiados obstáculos para que él admitiera lo que sentía, obstáculos que no veía modo de vencer. Toda su carrera dependía de que mantuviera su existencia solitaria, pero Erin podía perder la carrera por la que había trabajado toda su vida.

¿Cómo no intervenir aunque eso le costara perder el anonimato?

Por alguna razón, las preocupaciones de Erin sobre el Paddington parecían volver una y otra vez a su abuelo. Sebastian aún no sabía por qué, pero esperaba descubrirlo. Y por eso seguía sentado en el asiento del alféizar de ella, con una pierna estirada y un pie tocando el suelo.

Will se había marchado aduciendo que necesitaba dormir y Cali seguía en la cocina, ayudando a Erin a lavar los vasos de vino y ceniceros de la reunión del grupo. Ninguno de los cuatro fumaba, pero esa noche les había parecido lo más apropiado.

Aunque Sebastian aportaba una idea aquí y allí, le interesaba más observar a los otros tres, cómo Cali y Will se identificaban con Erin como si compartieran con ella el destino del Paddington.

Interesante concepto la amistad. No escribía a menudo sobre ella porque Raleigh no tenía amigos. Tenía compañeros de trabajo e informadores más o menos como Sebastian tenía un agente, un editor y un publicista, además de un abogado y un asesor financiero. Eran asociados con los que salía a comer, nada más.

No tenía a nadie que lo ayudara a salvar una fiesta o un argumento. Richie había muerto diez años atrás, pero nunca había dejado de criticarle su insistencia en vivir como un recluso; lo habría hecho feliz verlo con Erin y los otros dos.

La ironía casi hizo reír a Sebastian. Richie siempre había dicho que al final lo cambiaría una mujer. Él no lo había creído, y no por el abandono de su madre, sino más bien por el juramento que había hecho años atrás de no apoyarse en ningún otro ser humano.

En su mayor parte, había incluido el sexo en esa ecuación y se había conformado con la ducha. Eso se lo había contado a Erin, aunque había eludido su pregunta sobre la última vez que había tenido sexo con alguien.

No había contestado porque no quería pensar en una relación sexual que había carecido de significado cuando la suya con Erin empezaba a cobrar tanta importancia.

Empujó la ventana, escuchó el silencio de la ciudad y se dio cuenta de que allí era donde se sentaba ella cuando él pensaba en ella en el piso de arriba. Que dormía en aquella habitación mientras él paseaba por su estudio.

Y sus paseos empezaban a ponerlo nervioso últimamente, porque implicaban que su nivel de concentración era nulo, y dudaba mucho de que el departamento legal de su editor aceptara la excusa de sus fantasías con Erin cuando se retrasara con el manuscrito.

Aunque le pareciera el mejor trabajo que había hecho. Y aunque supiera que tenía que arriesgarse en la nueva dirección en la que parecía encaminarse su escritura gracias a su musa.

¡Maldita musa por mezclarse en su vida!

¡Y maldito él por no ver ninguna salida!

Cali sacó su Focus del garaje de Erin a las cuatro de la mañana y se encaminó a su casa. Te-

niendo en cuenta la hora que era y la falta de sueño de las últimas cuatro noches, lo lógico hubiera sido que estuviera agotada; pero en realidad se sentía completamente despierta.

Después de la marcha de Will, había conseguido charlar un rato con Sebastian mientras Erin dormitaba. Habría preferido irse con él, pero no podía marcharse hasta haber ayudado a su amiga a recoger lo que habían ensuciado.

Además, Will no se lo había pedido.

Al principio eso la molestó. Luego, se dio cuenta de que la ausencia de Will implicaba que el guión y ella podían estar a solas con Sebastian. No podía haberlo planeado mejor. Cuando Erin se adormiló al fin, Cali se acomodó en el sofá y le contó su idea a Sebastian, sentado en el otro extremo. Él la escuchaba, pero no perdía de vista a Erin, acurrucada en la tumbona.

Cali le narró la historia del guión que Will y ella escribían juntos y después le comunicó su visión personal. Sebastian se mostró de acuerdo con todas las posibilidades que ella apuntó menos una. Y luego le hizo propuestas para apuntalar el argumento, con lo que la joven salió de casa de Erin con la cabeza llena de ideas.

Nunca en su vida había echado más de menos una grabadora que durante el recorrido hasta su casa, en una manzana del centro formada por dos bloques de apartamentos de bajo alquiler. Como no disponía de grabadora, dejó encendida la luz de arriba, colocó una libreta y un boli en el asiento del acompañante y aprovechó los semáforos para tomar notas.

Apagó el motor del coche, pero dejó la luz para anotar varias ideas más antes de que se le olvidaran. Una llamada en el cristal de la ventanilla la sobresaltó y se llevó la mano a la garganta y luego al corazón. Hasta que vio el rostro de Will y respiró hondo. Abrió la puerta y él entró y se sentó.

Cali le dio un puñetazo en el brazo.

—Me has dado un susto de muerte.

—Pensaba que habías visto mi coche; has aparcado a mi lado.

—Pues no lo he visto. Está oscuro y pensaba en otra cosa —tiró del bolso situado en el suelo, detrás de su asiento, con la esperanza de guardar la libreta antes de que Will la viera—. ¿Y qué haces aquí? Creía que estaba cansado.

—Y lo estoy —sonrió él—. Pero no podía dormir. Me he acostumbrado a que me arropes tú.

Cali quería disfrutar de la sensación que le producía aquella confesión, pero su bolso estaba enganchado en el asiento y temía que él descubriera su traición, o lo que consideraría como tal. Ella creía que sólo hacía lo que haría cualquier buen estudiante.

—¡Estúpido bolso! —exclamó. Tiró con más fuerza.

Will se inclinó hacia ella y liberó el bolso. Se lo pasó con una mano y le apartó un rizo de la cara con la otra.

—No te preocupes; no tienes que arroparme si no te apetece.

—No es eso —su caricia hacía aquello más difícil aún. Miró furtivamente la libreta antes de guardarla en el bolso y Will siguió la dirección de su mirada, frunció el ceño y sacó la libreta. Miró las notas apresuradas de ella.

—¿Qué es esto?

—Poca cosa —Cali se encogió de hombros—. Algunas ideas que he tenido de camino a casa.

Will siguió leyendo; hizo una mueca y movió la cabeza.

—Yo no creo que sea poca cosa, creo que has actuado a espaldas mías —terminó de estudiar las notas y le pasó la libreta como desafiándola a negar lo que tan claramente aparecía escrito en ella.

—Tú te has ido y Erin estaba medio dormida, así que he hablado con Sebastian —explicó ella.

Will asintió con aire de no creerse nada.

—¿Y el tema del guión ha surgido por casualidad?

Cali lo miró de frente.

—No, lo he sacado yo. Ya te dije que pensaba consultarlo con él, así que no sé por qué te sorprende tanto.

—Supongo que no debería —se situó a la defensiva en un rincón del asiento, de espaldas a la puerta—. Hasta ahora no ha importado nada lo que yo he dicho.

—Tonterías —repuso Cali con una intensidad que la sorprendió a ella misma—. Esto es un proyecto conjunto y lo ha sido desde el principio. Lo cual no significa que sea perfecto.

—Yo no he dicho que lo sea —Will se quitó las gafas y se frotó los ojos—. Lo que dije fue que no veía motivos para pedirle opinión a Sebastian.

—Y te dije que yo sí, que me parecía que su opinión podía ser interesante —Cali respiró hondo para intentar controlar su rabia—. No conozco a mucha gente capaz de inventar una historia de pronto como él.

—Esto es ridículo —Will se colocó las gafas en su sitio y tocó el picaporte de la puerta—. No puedo creer que tenga que escuchar estas tonterías.

Cali lo miró con calma.

—¿Quieres buscarte otro compañero de proyecto?

—¿A estas alturas del semestre? ¿Crees que podemos repartir el guión? —reprimió una imprecación—. No me parece que sea factible.

Lo que implicaba que, de haberlo sido, le habría gustado hacerlo. Cali sabía oír lo que no decía tan claramente como oía lo que decía.

Terminó de guardar la libreta en el bolso.

—Y si somos diametralmente opuestos en el enfoque de la historia, ¿qué vamos a hacer ahora?

Will la miró entonces con ojos indignados.

—No lo sé. ¿Por qué no me lo dices tú?

Cali no pensaba rendirse.

—No sé tú, pero yo voy a entrar en casa y a dormir y cuando me despierte, voy a intentar incorporar lo que pueda de mis notas al guión —no sabía si él recordaba que el día anterior ella se había llevado a casa su ordenador portátil. Si Will insistía en devolverlo a su casa, le haría mucho más difícil todo aquello —. Sólo quiero ver si funcionan esas ideas antes de tirarlas a la basura.

—¿Cómo? ¿Quieres decir que hay alguna posibilidad de que el gran Sebastian Gallo no sepa lo que dice?

Cali frunció el ceño.

—¿Estás celoso de él?

—¿Celoso? —gruñó Will—. No digas tonterías. Prueba otra cosa.

La joven se encogió de hombros.

—No puedo, no tengo ni idea.

—En eso tienes razón —abrió la puerta y salió del coche. Cali lo siguió y lo miró a través del techo del vehículo. Hacía lo posible por olvidar lo que él había dicho, por ponerlo en su contexto, pero le seguía doliendo.

La luz interior se apagó y quedó sólo la lámpara de la entrada del camino. Will se pasó una mano por el pelo.

—No, no estoy celoso, sino enfadado. Muy enfadado. No creo que sea así como funciona una sociedad, que una mitad haga lo que quiere ignorando las objeciones de la otra mitad.

—Sé bastante bien cómo funciona una sociedad, Will —repuso Cali—. Se trata de buscar ideas conjuntas y, sí, explorar ideas individuales. Esto no significa que los cambios que yo hagan tengan que llegar necesariamente al proyecto final, pero tengo que hacerlos. Lo hago por mí, tengo que saber si mi intuición es correcta.

—Querrás decir la intuición de Sebastian.

—No, la mía. Mis ideas. Sebastian no ha sido más que un tablero de resonancia. Se ha mostrado abierto y me ha escuchado —Cali hizo una pausa—. Y eso es lo mínimo que espero en una sociedad.

Will guardó silencio, aunque tamborileaba con los dedos en el techo del coche. Apretó los labios.

—Muy bien —dijo al fin—. Como quieras. Tú haz lo que tengas que hacer y yo haré lo mismo —se volvió hacia su coche—. Lleva mi ordenador a clase el lunes —dijo por encima del hombro—. Lo voy a necesitar.

11

Sebastian levantó la vista al oír cerrarse la puerta del dormitorio. Erin, agotada, se apoyaba en ella, vestida todavía con el uniforme negro del Paddington, que visto en ella no se parecía ni remotamente a ningún uniforme. Su complexión era más pálida que de costumbre y sus ojeras más oscuras.

Pero seguía siendo una criatura sensacional y se excitó sólo con verla, una sensación que había aprendido a esperar a su lado. Sin embargo, la presión en el pecho era nueva y no especialmente bienvenida. Una sensación que no tenía intención de explorar.

Por lo menos esa mañana, cuando su agenda incluía examinar más de cerca lo que le ocurría a Erin, no a sí mismo. Lo último lo había hecho ya bastante y no le gustaban las conclusiones a las que había llegado.

Cerró la ventana y se puso en pie, cruzó la habitación y tomó la mano de ella en silencio. La llevó a los pies de la cama, le tiró del polo hacia arriba y se lo sacó por la cabeza.

Ella no dijo ni una palabra, no protestó ni de palabra ni de obra, ni siquiera cuando él le quitó el sujetador y liberó sus pechos. Se limitó a levantar también el suéter de él y sacarlo por la cabeza.

Bajó las manos por el pecho de él, acarició sus pezones y apoyó la cabeza en su pecho.

Sebastian no iba a negar su excitación, pero en aquel momento no significaba nada comparada con las necesidades de Erin. Lo besó en el esternón y movió las manos al cierre de sus pantalones. Él la imitó y los dos se quitaron los zapatos y los calcetines y bajaron los pantalones hasta quedar vestidos sólo con ropa interior negra del mismo estilo que la que llevaban la primera vez que habían hecho el amor.

Pero esa vez su piel desnuda tenía más que ver con desnudar almas que cuerpos y Sebastian era muy consciente de ello y se preguntó por un momento cómo había podido ser tan débil como para dejarla llegar hasta allí. Erin se apartó y apagó todas las luces excepto la de la mesilla, retiró el edredón y se metió en la cama, suplicándole con la mirada que la siguiera.

Y él lo hizo; estiró las piernas, más largas que las de ella, y la tapó con el edredón. La abrazó así cinco minutos al menos, con el cuerpo pegado al de ella.

—No puedo creer que esté tan cansada —susurró Erin.

—Has tenido muchas tensiones últimamente. El trabajo, planear la fiesta... yo.

—He invertido mucho esfuerzo en esa celebración —protestó ella—. ¿Cómo demonios voy a competir con el Courtland si trae un músico de jazz al que normalmente cuesta mucho dinero ir a ver? —suspiró, pero su cuerpo se había puesto ya tenso—. La mitad del tiempo no sé ni por qué me

molesto.

Sebastian no la conocía mucho, pero estaba seguro de que no era una mujer derrotista.

—No es una molestia, es tu vida.

Erin movió la cabeza.

—Era la vida de mi abuelo, la mía es...

Dejó la frase a medias y él se preguntó si se debería a que no conocía la respuesta. Le puso una mano en la cadera y ella se acercó más a él.

—Me crié con Rory, con mi abuelo —dijo—. Me acogió cuando murieron mis padres. Yo tenía once años y él dejó toda su vida en Devon y se trasladó aquí para no separarme de mis raíces.

Sebastian le frotaba la cadera arriba y abajo, para aflojar la tensión que sentía en sus músculos. Colocó el otro brazo debajo de su cabeza en la almohada y la barbilla encima de la cabeza.

Erin suspiró.

—Rory hizo mucho por mí y lo menos que puedo hacer yo por él es continuar la alegría de su vida.

—¿Y no es eso lo que haces?

—Supongo que sí, pero por si no lo has notado, a mí no me supone mucha alegría.

Sebastian no había notado eso, más bien había captado el estrés normal de llevar un negocio, no la insatisfacción de sentirse atrapada en algo que no le gustaba. Se encogió de hombros y se preguntó si consideraba el bar suyo o de Rory.

—Pues vende el bar y haz lo que quieras con tu vida.

—No sé lo que quiero hacer con mi vida —repuso ella.

El modo en que lo dijo, el cansancio que iba más allá de la necesidad de dormir, un cansancio más del alma que del cuerpo, conmovió a Sebastian.

Era curioso que los dos parecían estar en un punto crítico. Pensó si...

—¿Hace un año que diriges tú el Paddington? —preguntó.

Erin asintió.

—Rory murió hace tres años; luego, planeé la remodelación del bar con un diseñador y volvimos a abrir en octubre del año pasado.

Sebastian seguía acariciándole la cadera por encima del algodón de las bragas.

—¿Qué hacías tú antes de su muerte?

—De todo y nada —gruñó ella—. Viajaba, iba a la universidad. Tengo demasiados créditos para no ser licenciada en nada. Pensaba estudiar Empresariales porque Rory siempre me pedía consejo, lo cual era un truco tonto para mezclarme en el bar.

—Entonces tenías dinero de tus padres.

—Mucho. Es ridículo. Tenía el dinero para hacer lo que quería y nunca supe lo que quería hacer.

Sebastian pensó unos minutos en aquello. Él siempre había sabido lo que quería hacer. Había empezado a inventar historias desde que empujaba aquel camión amarillo roto entre la ceniza de los restos de ruegos.

Richie lo había ayudado a prepararse para la universidad, donde, como tuvo que trabajar, tardó cinco años en sacar una licenciatura de cuatro.

Cinco años más tarde, su primer libro estaba en la imprenta. Había encontrado su hueco, pero aún no estaba contento y quería más.

Erin se colocó boca abajo y se incorporó sobre los codos. La parte carnosa de sus pechos apretaba las costillas de él. Le brillaban los ojos.

—¿En qué estás pensando?

Sebastian no podía decírselo. Escribir era una parte de su vida que no quería contarle. Bastante malo era ya estar allí hablando de sueños y de la vida. Se puso tenso.

Erin debió de notar su alejamiento y se quedó pensativa.

—¿Te doy miedo? ¿Tienes miedo de que pueda atarte y torturarte para arrancarte tus secretos?

Sebastian se tumbó de espaldas con los brazos cruzados detrás de la cabeza.

—Tortura todo lo que quieras. No tengo secretos.

Erin sonrió con sarcasmo.

—¿Pero qué dices? Todo en ti es un secreto. No me has dicho quién eres ni a qué te dedicas ni las cosas que has hecho en tu vida.

Sebastian miró sus ojos, su nariz larga y recta, sus labios llenos, y sintió la necesidad de besarla.

Resistió el impulso. Seguridad, mantenimiento y apoyo. No necesitaba que nadie le diera esas cosas. Lo que Erin parecía dispuesta a ofrecer estaba muy fuera de su radar y no tenía más remedio que apartarla.

—¿Por eso estoy aquí? ¿Lo que quieres es saberlo todo sobre mí? —esperó, pero ella no contestó—. Pensaba que lo que estamos haciendo no exigía saber más de lo que ya sabemos.

La expresión de ella permaneció imperturbable.

—Tienes razón —dijo al fin—. Nada de lo que puedas decirme iba a cambiar por qué estamos aquí.

Él esperó, tenso, que le pidiera que se fuera. Por eso, cuando un momento después ella se subió a horcajadas sobre él, lo único que pudo hacer fue cerrar los ojos, dejarle hacer lo que quisiera e interpretar el papel del pene conveniente.

Aunque eso no le supuso mucho esfuerzo. Erin le besó el centro del pecho y metió y sacó la lengua en su ombligo. Mordisqueó la piel circundante, mordiscos pequeños con el borde de los dientes, seguidos de un baño relajante de la lengua.

Permaneció inmóvil, a pesar de que lo que más deseaba en el mundo era tocarla. Los pechos desnudos de ella golpeaban la parte alta de sus muslos y las manos femeninas aferraban con fuerza sus caderas.

Ella bajó más; sus dientes, labios y lengua jugaron con la cintura del calzoncillo. Pasó un dedo desde el glande hasta la base del pene y Sebastian renunció a su intento de seguir impertérrito y gimió desde el mismo centro de su ser.

Abrió las piernas, consciente de que, para que aquello fuera por el camino que él quería, tenía que librarse de los calzoncillos. Levantó las caderas y Erin lo empujó hacia abajo y mantuvo una mano en su estómago. Una mujer al mando. A él le gustaba la idea, le gustaba mucho. Le dejaría ser la jefa siempre que no dejara de hacer lo que hacía, soplar aire caliente con la boca a lo largo del mismo camino que había seguido su dedo.

Al fin deslizó los dedos debajo del elástico y bajó la prenda, pero sólo lo suficiente para dejar al descubierto el glande del pene, que tomó en su boca. Él respiró fuerte varias veces y ella terminó de quitarle los calzoncillos.

Lo tomó entero en la boca. Sebastian golpeó la parte de atrás de su garganta y sintió los labios de ella en la base del pene. Increíble. No quería moverse, diluir la sensación, pero cuando ella tiró hacia arriba, él la siguió porque no podía hacer otra cosa.

Erin colocó una mano alrededor de la erección y lo sostuvo inmóvil. Movía la boca arriba y abajo, la lengua lamía el glande, los labios succionaban más abajo. Apretó más la mano y aumentó la presión y el ritmo de la boca.

Deslizó la otra mano entre las piernas de él para acariciarlo detrás de los testículos y buscar la fuente de la presión de él. Empujó con fuerza. Él gimió y ella llevó la exploración más abajo y lo rozó en los sitios donde más deseaba él que lo tocara.

Pero se iba a correr y eso no era lo que él quería.

—Erin —gruñó con voz ronca.

La joven lo soltó; subió manos y boca por el torso de Sebastian, acariciándolo. Después se colocó a horcajadas, todavía con las bragas puestas, y su rostro sonriente quedó a pocos centímetros del de él.

—¡Maldición, mujer! Dime que tienes un condón.

Erin abrió el cajón de la mesilla y le tendió un paquete. Mientras él se ponía el látex, ella se quitó las bragas. Y después colocó el cuerpo encima del de él y fue bajando.

Sebastian no podía soportarlo. No podía soportar nada más que fuera lento y tranquilo. La deseaba ya, así que la tumbó en la cama y se situó encima. Ella le clavó los talones en la espalda, empujándolo hacia sí. Lanzó un grito y alcanzó el orgasmo en menos de un minuto. Sebastian siguió moviéndose en su interior.

Su propio orgasmo lo envolvió como una manta de sensaciones que lo abrumaban y apartaban de toda la seguridad que había conocido. No podía esperar a descender, a terminar, a liberarse de aquello. Se apartó y se sentó en el borde de la cama.

Por un momento no tuvo fuerzas para otra cosa que no fuera quedarse sentado, con los codos en las rodillas y el rostro enterrado en las manos. Para sentarse, respirar y hacer lo que pudiera por recuperar la compostura. Sintió que Erin se acercaba a él, notó el contacto de su mano en la espalda y se levantó de la cama antes de que tuviera tiempo de pronunciar su nombre.

En el cuarto de baño se quitó el condón, lo tiró al inodoro y tiró de la cadena. Se miró al espejo y el hombre que le devolvió la mirada no le gustó nada. Era el hombre que vivía solo por un motivo y que la primera vez que acercó sus labios a los de Erin supo que estaba cometiendo un gran error.

Había abandonado todas las lecciones de la vida, por lo que había intentado decirse que era sólo sexo cuando en realidad estaba metido hasta el fondo sin posibilidad de sacar la cabeza para poder respirar. Y arrastrarla con él hacia abajo sólo conseguiría aumentar su sensación de asfixia.

Porque entonces la destruiría.

No había nada más que pudiera hacer.

Erin nunca iba al bar los domingos, porque era el único día de la semana que guardaba para sí y se había prometido que nunca haría nada más que asistir a la iglesia y comprar comida. El resto del día era para ir al cine o hacer lo que le apeteciera.

Pero allí estaba, abriendo la puerta del bar después de haber recorrido andando las pocas manzanas que había desde su casa. Se había despertado con dolor de cabeza y pasado demasiado tiempo en la ducha intentando combatirlo con vapor, pero la ducha sólo consiguió que el dolor se extendiera por el cuello y los hombros.

Una náusea la convenció de que podía pasar sin comprar comida. ¿Quién iba a comer cuando estaba a punto de vomitar? Y puesto que ya era tarde para la iglesia, pensó que podía aprovechar para poner al día la contabilidad del Paddington.

Encendió las luces y el ventilado del techo. Se sentó ante el escritorio y pensó si Samantha y

Tess se habrían cansado ya de ella. Abrió el ordenador, pero vaciló antes de empezar un mensaje nuevo.

Su día sería mucho más agradable si hubiera podido comprender por qué Sebastian se había ido tan repentinamente de su cama. Por primera vez esa semana había sentido que hacían el amor y no sólo sexo; y tenía el presentimiento de que era precisamente eso lo que lo había espantado.

Porque él tenía razón. Si lo único que hacían era acostarse juntos, no necesitaba saber más cosas de él de las que ya sabía. Y el mero hecho de haber preguntado significaba... ¿qué?

—Sí, Samantha, lo sé, lo sé; estoy enamorada del sexo, no del hombre —gruño para sí, pero no consiguió convencerse.

Se disponía a cerrar el programa del correo y abrir el de contabilidad cuando un mensaje atrajo su atención: Fiesta aniversario del Paddington. No conocía el nombre del remitente, cosa que aumentó su curiosidad.

Lo abrió, lo leyó y volvió a leerlo. La nota era del publicista que representaba a Ryder Falco, el novelista de terror cuya fama seguía de cerca a la de Stephen King.

Falco estaría en Houston el fin de semana de Halloween y su publicista tenía entendido que ella iba a dar una fiesta sobre el tema del bien contra el mal. ¿Le interesaría que Falco firmara ejemplares por adelantado de su último libro *El demonio quiere diferir.* Después de todo, ¿acaso había alguien en el mundo de la cultura que personificara mejor el bien contra el mal que Ryder Falco?

Erin se llevó las manos al pelo. ¡Aquello era una locura! ¡Increíble e irreal! El impacto que podía tener la presencia de Ryder Falco en su fiesta era asombroso.

¿Pero cómo había sucedido? Nadie conocía su reciente conflicto con el Courtland aparte de Cali, Will y Sebastian.

¡Por supuesto! Aquello era obra de Sebastian. A Erin no le cabía la menor duda de eso. Entre su reticencia a revelar información personal y la gran biblioteca que poseía, aquello tenía mucho sentido. Los asociados de negocios a los que se había referido tenían que ser del mundo editorial.

¿Pero no se había dado cuenta de que ella ataría cabos? ¿O pensaba contarle que había hecho aquello por ella? El hecho de que lo hubiera hecho...

Colocó los codos sobre la mesa, apoyó la barbilla en las manos y miró el mensaje que representaba su salvación. ¿Cómo podía darle las gracias a Sebastian por su valiosísimo regalo?

Al fin llegó la noche de Halloween y Erin iba por el bar revisando las mesas de comida y dando los últimos retoques a las decoraciones. El tema blanco y negro, bueno contra malo, estaba presente en todo, desde los copos de nieve reluciente que caían a través de las telarañas blancas hasta los trajes de presidiario a rayas blancas y negras que llevaban los encargados del catering o la comida y la bebida.

Erin tenía que admitir que el bar nunca había tenido mejor aspecto. Hasta las galletas blancas y negras quedaban bien. Todo el trabajo que había invertido en la fiesta parecía haber dado

resultado, por lo menos en la presentación. Y la presencia de Ryder Falco garantizaba que atraería a la multitud que necesitaba. Se echó a reír. Ryder Falco garantizaba en realidad más gente de la que podría entrar en el Paddington, razón por la que había puesto dos gorilas en la puerta para controlar la cola de admiradores de Falco que sólo habían ido por la firma. Comprendió que se enfrentaba a una pesadilla logística y rezó para que la gente no perdiera los estribos y para que no lloviera.

Una vez que se llenara el bar, el éxito de la noche ya no dependería de ella, aunque sí del trabajo llevado a cabo con antelación. Lo único que podía hacer era pedir que la fiesta compensara en la caja y en clientes futuros.

Había trabajado mucho en las tres últimas semanas, en las que el aniversario había colgado sobre ella como la fecha de una ejecución cuando debería haber sido una celebración emocionante que marcara su año de trabajo y las docenas de años que había pasado Rory detrás de la barra. A Erin no le gustaba sentirse todavía tan atada al Paddington en vez de disfrutar de su éxito.

Sebastian y ella habían seguido viéndose; su aventura no había perdido nada de su intensidad primera y se había convertido en una intimidad cómoda. Erin agradecía a menudo el horario compartido de ambos. Más de una vez había entrado en el ascensor a las tres de la mañana y apretado el botón del piso de él sin molestarse en pasar antes por su casa.

Siempre lo encontraba despierto y esperando, nunca se sorprendía de verla allí. A ella, sin embargo, sí la sorprendía la confianza con la que utilizaba la ducha de él en lugar de lavarse en la suya.

La ducha de Sebastian tenía una ventaja de la que carecía la suya: Sebastian. Había llegado a pensar en él como en Poseidón, rey de su dominio de agua. Y sí, ducharse allí con él se había convertido en uno de los grandes placeres de la vida, tanto que aún no habían tenido relaciones sexuales en su cama. Dormían juntos, pero las mañanas en que ella despertaba en la cama de él, se vestía apresuradamente y se marchaba.

No había olvidado la salida de él de su dormitorio casi un mes atrás. Ni él se la había explicado ni ella había preguntado, pero no había vuelto a cometer el error de pensar que lo que hacían era amor. Estaban allí por la belleza de sus cuerpos unidos. El amor era la antítesis de tener un hombre con el que hacer cosas.

Su hombre con el que hacer cosas había eludido las preguntas de ella sobre su relación con Ryder Falco y la firma de la noche de Halloween, y sólo había admitido haber pedido algunos favores. Después de eso, ella no le había vuelto a hacer preguntas personales. Él parecía preferir hablar de ella o guardar silencio.

A Erin no la habría sorprendido descubrir que era la primera persona a la que había hablado de sus duchas, o del camión de juguete y el pastel de cumpleaños de un niño de cinco años. Y su parte intuitiva dudaba de que el hecho de que ella supiera todo aquello encajara bien con el modo en que él vivía ahora su vida.

Más de una vez, al llegar por la noche, lo había encontrado sentado delante de su puerta, esperando, mirándola acercarse en silencio. Cada vez que eso ocurría, a ella se le desbordaba el corazón y tenía que esforzarse por controlar su emoción. Más difícil aún era mantener sus sentimientos sellados herméticamente mientras se desnudaba y él la cubría con su cuerpo desnudo.

Esa noche sus emociones eran como una montaña rusa. Cuando empezó a decidir el traje que

llevaría en la fiesta, dudó entre el bien el mal, insegura de si optar por el lado oscuro se reflejaría de modo negativo en su posición de anfitriona y dueña del Paddington.

Después pensó en ir como lo opuesto de Sebastian, pero él no había mencionado ningún traje ni dicho siquiera si pensaba asistir. Ella intentó no sentirse dolida, aunque le resultaba difícil cuando había empezado a pensar en ellos como en una pareja.

Una vez que pasara la fiesta, tomaría la decisión que sabía que debía tomar sobre continuar viéndolo por el sexo. Sí, había sido idea suya empezar aquello, pero también era prerrogativa suya cambiar de idea. Seguir negando sus sentimientos era algo que le estallaría en la cara. Ella lo quería, aunque eso no fuera a servirle de mucho...

Al final había optado por vestirse como la personificación del bien y se había cubierto de pañuelos de gasa blanca encima de un traje ceñido de encaje y licra y se había presentado como la mítica virgen preparada para el sacrificio.

El lugar donde iba a firmar Ryder Falco había quedado perfecto. Erin había pagado más a la empresa de catering para que trabajaran con el publicista del escritor y crearan un ambiente que encajara tanto con el tema de la fiesta como con la fama de recluso misterioso de Falco. Ella había leído su primera novela, *El demonio interior,* y decidido seguir fiel a Nora Roberts en sus lectoras de ficción.

El trabajo de Falco era demasiado siniestro para su gusto, razón por la que la gruta de piedras y plantas en el rincón más oscuro del bar, iluminada con luces negras que lanzaban un brillo ultravioleta, encajaba tan bien con el ambiente de la estancia y la reputación del escritor.

Revisó una vez más todo el bar y fue a vestirse a la oficina. Cuando volvió, media hora después, Cali estaba ya detrás de la barra, revisando las hileras de jarras de cerveza y vasos de vino, así como las reservas de alcohol duro. Levantó la vista al ver a Erin y ésta giró en una pirueta que hizo flotar sus velos.

Cali abrió mucho los ojos.

—¡Oh, Dios mío! Estás guapísima. Sebastian se va a quedar de una pieza.

Erin miró la ropa de su amiga: pantalón corto y top blancos que mostraban sus generosas curvas. Llevaba también un halo encima de los rizos rubios y alas de ángel en la espalda.

—Tú también estás muy bien —sonrió—. ¿Eres el ángel de la salvación de Will?

—Algo así. No podía decidirme entre ser buena o mala y al final he optado por una mezcla.

Erin la miró de arriba abajo. —Pues lo has hecho muy bien. Se va a quedar de una pieza.

La sonrisa de Cali empezó a apagarse. —Si se fija.

—¿Y por qué no iba a fijarse? —Erin miró hacia la puerta, por donde entraba un grupo de cuatro vampiros.

—Oh, se fijará pero le dará igual. Ya sabes cómo se ponen los hombres cuando se enfadan;

sólo pueden pensar en la fuente de su enfado y no les importa que te esmeres por estar guapa.

—Un momento —Erin levantó un dedo en el aire—. Sabes que debemos vestirnos para nosotras, no para los hombres.

—¡Por favor! —gruñó su amiga—. No me vas a decir que te has vestido así y no has pensado en Sebastian —la miró con malicia—. A menos que estés pensando seducir a Ryder Falco. Erin frunció el ceño.

—Sí, claro. Me visto así para seducir a un hombre al que no conozco.

—Tampoco conocías a Sebastian cuando lo sedujiste.

—Eso era diferente —no sólo lo conocía sino que llevaba meses haciendo el amor con él en su imaginación— Y me he vestido así para mí. Ni siquiera sé si Sebastian va a venir.

Cali puso los brazos en jarras.

—¿Y por qué no iba a venir?

Entró un trío de mujeres, pálidas, de labios y ojos oscuros y pelo negro... oh, un momento. Una de ellas era un hombre. Erin miró a Cali.

—Supongo que sí, pero en ningún momento ha dicho que vendría.

—Puede que haya asumido que no era necesario. Sabía de sobra que tú estarías aquí —Cali vaciló—. Seguís juntos, ¿verdad?

—Vamos, tú sabes que nunca hemos estado lo que se dice «juntos». Conoces bien nuestra relación.

—Lo sé, pero pensaba... —Cali suspiró—. No sé lo que pensaba. Es evidente que no soy quién para analizar relaciones ya que ni siquiera puedo entender la mía.

—Aún no me has contado qué te pasa con Will. ¿Por qué está así?

—Por el guión, ¿por qué si no? —Cali tomó su bandeja y se dispuso a dar una vuelta por el bar—. No le gusta que hablara de eso con Sebastian.

—Mmmm. ¿Y dónde está ahora? —Erin miró el reloj de encima de la barra—. Son casi las ocho. ¡Oh, Dios mío, son casi las ocho! —y Ryder Falco llegaría a las nueve—. ¿Te importa que sigamos hablando luego? Tengo que recordarle a Robin que esta noche su prioridad absoluta es Falco.

—Tranquila, Robin sabe lo que hace. Todo saldrá bien —dijo Cali antes de alejarse hacia la gente.

Erin respiró hondo y confió en que su amiga estuviera en lo cierto.

12

Sebastian sabía que no era justo que entrara por la puerta de atrás del Paddington sin avisar antes a Erin. Lo sabía y se sentía culpable por ello, pero también sabía que la revelación previa de su identidad habría anulado su gesto. Erin habría cancelado la firma y le habría dicho que saliera de su vida. Y aunque eso era lo que pensaba hacer esa noche, no quería irse sin demostrarle que nunca se había tomado su relación a la ligera.

Ella le importaba hasta un punto que él no sabía que podía importarle otro ser humano, y sentía por ella algo que no había sentido nunca en sus treinta y cuatro años. Aparte del tiempo que pasara aprendiendo con Richie, Sebastian había estado solo desde el primer día... y había seguido su credo personal al pie de la letra.

Nunca se había apoyado en nadie aparte de en sí mismo. Siempre había vivido de lo que podía mendigar o robar usando sus hábitos callejeros o lo que había aprendido viviendo encerrado por cortesía del estado de Texas.

Hasta entonces, nunca había buscado nada en otra parte que no fuera él mismo.

Hasta hacía poco, cuando había buscado en Erin cosas que no podía nombrar, cosas indefinibles pero significativas que duplicaran su energía creativa y despertaran su entusiasmo por un proyecto al que llevaba meses dándole vueltas en vano.

No sabía qué le ocurría a ella exactamente en lo referente al Paddington y a su abuelo. Era un tema con el que se mostraba más bien evasiva, aunque, por otra parte, ella era una relación temporal y no una parte permanente de su vida. No le debía ninguna respuesta. Pero aun así, quería saberlo. Su interés era auténtico y surgía del lugar en el que sentía mucho por aquella mujer a la que iba a tener que renunciar.

Acomodado en el asiento de atrás de la limusina, miraba por la ventanilla las luces de los coches de la izquierda e intentaba sacudirse la emoción que no podía permitirse sentir esa noche. Porque esa noche iba a ser ya bastante dura, preguntándose la reacción de ella a su engaño y sin poder hablar ni explicarse hasta que terminara de firmar.

No podía lidiar además con la extraña sensación de pérdida que lo embargaba. Tal vez más tarde, cuando tuviera la distancia que necesitaba, estuviera en mejor posición para mirar atrás objetivamente y apreciar el tiempo que le había dedicado. Por el momento sería el bastardo cuyo papel interpretaba tan bien.

Como el Paddington estaba tan cerca de su casa, había decidido ir disfrazado. Su publicista estaba acostumbrado a sus manías y no lo preocupaba lo que hiciera; más bien se mostraba encantado de que Ryder Falco hubiera aceptado hacer una aparición personal.

Sebastian no quería ser reconocido en su barrio después de esa noche. Podía ocurrir, pero él

tomaba las precauciones que podía. La ropa había cumplido su objetivo. Nadie lo había mirado dos veces al salir del hotel de su publicista, donde se había vestido. Erin, por supuesto, lo reconocería en el acto. Injusto para ella, sí. Pero o lo hacía así y le daba al Paddington el empujón que necesitaba o no decía quién era y la veía sufrir porque el Courtland le robaba los clientes.

Suponía que aquél era el menor de dos males. Y sí, con ello pretendía también tranquilizar una conciencia que no debería haber tenido. Un autorreproche unido al hecho de que no volvería a ver a Erin después de esa noche. Si quería juntar cien mil palabras que tuvieran sentido y demostrar que en su depósito creativo había algo más que detectives y demonios, tenía que librarse de la distracción más dulce en la que se había enfrascado nunca.

El desastre de su última historia de Raleigh Slater probaba que no podía seguir con ella. Erin tenía demasiado impacto en su mente cuando necesitaba pensar con claridad. No podía permitirse ese riesgo para su carrera. Una carrera que era toda su vida, su seguridad y su apoyo.

Su agente se había mostrado sólo un poco más tolerante que su editor con respecto a la nueva idea de Sebastian. Y era comprensible. A los dos les gustaba el dinero que garantizaban todos los libros de Raleigh Slater. Pero su musa opinaba de otro modo y le había exigido recoger el guante y dedicarse por entero a aquel proyecto nuevo, razón de más para alejarse de Erin y también de la poca relación que tenía con Cali y Will.

Su éxito se había cobrado un alto precio, pero apoyarse en sí mismo y sólo en sí mismo lo había llevado a la cima. Todos sus libros entraban en la lista de bestsellers del *New York Times,* tanto cuando salían en tapa dura como cuando salían en edición bolsillo un año más tarde. Lo había hecho todo solo y si ahora iba a dar una dirección nueva a su carrera, eso duplicaba la necesidad de cortar el contacto con el mundo exterior.

No esperaba que Erin lo comprendiera. Y la explicación que tendría que darle no satisfaría su derecho a saber ni excusaría las acciones de él. Pero tenía que hacer lo que tenía que hacer sin preocuparse del daño que pudiera sufrir Erin.

Ya le costaba bastante lidiar con el dolor que sentía cerca del corazón.

— ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Erin! ¡Oh, Dios!

Erin limpió con rapidez el cubito de hielo medio derretido de la barra y tiró el trapo y el hielo en el cubo de basura de debajo de la barra. Ryder Falco había llegado.

Intentó alisar los pañuelos flotantes de gasa, un esfuerzo ridículo que iba contra el objetivo del traje.

—¿Estoy bien? Las primeras impresiones lo son todo —Cali se esforzaba tanto por tragar que temió que iba a asfixiarse—. ¿Qué te ocurre? ¿Estás bien?

Cali entró detrás de la barra y apretó con fuerza los brazos de Erin.

—Olvídate de las primeras impresiones y prométeme una cosa.

Erin frunció el ceño.

—¿Esto no puede esperar un poco?

Cali negó con la cabeza.

—No, no puede. Prométeme que... bueno, prométeme que no te vas a poner histérica.

—¿Me pongo yo histérica por algo?

—¿Lo prometes? —Cali tenía los ojos muy abiertos—. Es muy importante, Erin. Esta fiesta puede asegurar que no pierdas el bar y eso es lo único que importa ahora, ¿verdad? No debes olvidarlo.

Erin pensó que todo aquello era cada vez más raro.

—¿Qué pasa? ¿La policía? ¿La Liga Antialcohol? ¿Marcianos? —al ver que su amiga no sonreía, empezó a ponerse nerviosa—. No me pondré histérica, lo prometo.

—Si lo haces, juro que te saco a rastras de aquí.

Ryder Falco estaba en pie detrás de la mesa de la gruta, con los brazos en jarras y la chaqueta larga negra abierta colgando a los lados como alas de murciélago. Llevaba el sombrero negro de malo caído en la frente y el pañuelo negro de malo subido hasta la nariz. Sólo sus ojos permanecían visibles.

Y sus ojos eran lo único que necesitaba Erin para saber quién era en realidad. Para recordar cómo la miraba a través de la barra la primera noche que entró en el Paddington. Para revivir los momentos en los que la había contemplado más tarde en su ducha. Excepto que ahora sus ojos parecían los de un extraño y que ella sentía que no lo conocía en absoluto.

El hombre que ella supuso sería su publicista estaba a su lado, charlando con el empleado de catering responsable de la colocación de los libros de Falco. Sin embargo, a pesar de que Sebastian fingía escucharlos, Erin sabía que no era así. Su atención estaba fija en ella; podían haber sido fácilmente las dos únicas personas de la estancia.

Se dio cuenta de que amaba a un hombre que le había mentido. ¿Cuándo se había vuelto tan ciega e ingenua? ¿Y dónde podía encontrar un arma para hacerle pedazos el corazón hasta que quedara como el suyo? ¿Cómo narices pensaba justificar aquel engaño? Estaba deseando verlo.

Respiró hondo y dio un paso hacia la gruta. La mirada de Sebastian no se apartaba de ella. Mantuvo la cabeza alta, la boca fruncida, los ojos fijos al frente. No quería que él adivinara en absoluto lo que pensaba.

Cuando llegó hasta él, sonrió ampliamente y tendió la mano.

—¿Señor Falco? Soy Erin Thatcher. Es un honor conocerlo. Tengo una gran deuda de gratitud con usted y no sé si podré pagársela alguna vez.

Sebastian le retuvo la mano más tiempo del que exigía la cortesía. Le brillaban los ojos y el pañuelo ahogaba un tanto su voz.

—No me debe nada, señorita Thatcher, el placer es mío —la soltó al fin—. Le presento a mi publicista, Calvin Shaw.

—Señor Shaw. Muchas gracias también a usted —le estrechó la mano—. No sé cómo ha podido convencer al señor Falco para que abandonara su guarida, pero me alegro mucho de que lo haya hecho. Me ha salvado usted el día.

Calvin Shaw cruzó los brazos sobre el pecho y señaló a Sebastian con la barbilla.

—Soy yo el que se alegra de ver a Ryder aquí en carne y hueso. Nos vemos tan poco que a veces me pregunto si el personaje de ficción es él o Raleigh Slater.

Erin soltó una carcajada, aunque en realidad sentía ganas de vomitar.

—Pues a mí me parece muy real. Está vivo, respira... es tridimensional. No parece un trabajo de ficción.

Volvió la mirada a Sebastian.

—Espero que no le haya costado mucho encontrar esto.

—No, no ha sido ningún problema —dijo Calvin; dio una palmada en la espalda a Sebastian—. Ryder sabía bien dónde estaba esto.

—¿En serio? Me sorprende —ella achicó los ojos—. A menos que haya venido aquí antes. En ese caso, debería haberse presentado. Su secreto habría estado a salvo conmigo.

—Dice que el riesgo para su anonimato es demasiado grande. O por lo menos ésa es la excusa que me da a mí siempre que intento que firme libros —repuso Calvin.

Erin seguía esperando una respuesta de Sebastian y no pensaba retirarse hasta que la tuviera.

Él se bajó más el sombrero sobre la frente.

—Tengo un par de amigos que viven aquí —dijo—. Les gusta este sitio y querían que la ayudara con su problema. Además, sabía que así Calvin me dejaría una temporada en paz.

—Sus amigos son muy afortunados —sonrió ella—. Es usted muy generoso.

—Lo intento. Por lo menos en lo que se refiere a la gente que me importa.

Erin quería que sufriera como ella y no le gustaba aquella indiferencia aparente.

—Sus amigos tienen mucha suerte —repitió.

—Creo que la suerte es mía —él se encogió de hombros casi con aire de disculpa—. Saber que están ahí me ayuda a mantener la cordura en mi aislamiento.

Erin combatió una emoción que se parecía demasiado a la comprensión. No tenía ninguna intención de abrirle los brazos.

—Bueno, quizá ahora que ha visto que no somos tan malos ni nos comemos a los escritores crudos, pase por aquí cuando venga por la ciudad.

Calvin recolocó unos cuantos libros.

—Espero que comprenda que salir de casa no implica que invadan automáticamente su intimidad.

—Mi publicista habla como si nunca saliera de casa.

—¿Y sale usted? —preguntó Erin.

—Claro que sí. Paseo mucho por mi barrio. Voy a un bar que me gusta. Dadas las circunstancias apropiadas, puedo ser muy sociable.

—No se deje engañar —Calvin sacó la silla para que se sentara a firmar—. Puede intimidar a cualquiera.

—Veamos —Erin lo miró de arriba abajo—. Un hombre grande, vestido de negro de los pies a la cabeza, ojos amenazadores. Mmmm. No es difícil imaginar que pueda dar miedo —lo difícil era seguir allí charlando con un famoso que se había enterrado en su cuerpo hasta el punto en que lo había hecho Sebastian.

Quizá hubiera debido estar deslumbrada, pero no era así. Estaba enfadada y dolida. No sabía cómo había podido prolongar tanto su papel de anfitriona, pero necesitaba alejarse de allí enseguida.

—Permítanme que les traiga algo de beber... Luego, podrá dedicarse a sus admiradores. Gracias de nuevo y que disfruten de la velada —se volvió sin esperar respuesta y no volvió la vista ni una sola vez.

—¿Tú sabías que Sebastian era Ryder Falco? —Will, vestido con capa negra, antifaz y sombrero gaucho estilo el Zorro, estaba de pie con una bandeja en la mano y seguía con la vista el movimiento de la gente.

Cali se hubiera sentido más dispuesta a contestar si se hubiera dirigido a ella y no a la habitación. Tal vez lo hacía por estar pendiente de su trabajo y no por despreciarla, pero las últimas semanas habían sido algo tensas y no podía evitar sacar punta a todo lo que decía él. Y a lo que no decía.

Sobre todo cuando lo que decía no tenía base. Como en ese momento.

—¿Por qué iba yo a saber algo que Erin desconocía?

Esa vez la miró de soslayo por debajo del antifaz.

—Oh, no sé. Por lo mucho que querías pedirle opinión sobre el guión. No, espera. Digamos mejor que se la pediste aunque sabías que a mí no me importaba lo que pensara él.

Cali se sonrojó de furia. ¿Por qué se empeñaba en estropearle la noche? Conocía bien los

motivos de ella y también la validez de los argumentos que había hecho ella para justificar los cambios. Simplemente se mostraba como un hombre egoísta y terco. Y ella no sabía si tenía paciencia para soportar aquella basura a pesar de lo que sentía por él.

—Sí, le pregunté, ¿vale? —se detuvo a respirar hondo, consciente de que no debería haber hecho los cambios sin consultarlos con él.

Lo hizo porque quería que él viera las alteraciones ya terminadas y metidas en la estructura de la historia.

—Cuando le consulté no sabía quién era, pero ahora que lo sé, sigo pensando que me ayudó mucho. Su intuición sobre lo que podía hacer funcionar la idea fue magnífica.

Will volvió a mirar a la multitud.

—Puede que tú creas que los cambios que hiciste eran necesarios, pero yo no. Yo sigo pensando que estaba bien como estaba.

—Tú no le has dado una oportunidad, ni siquiera has leído la historia desde que la alteré; te has limitado a hojear algunas escenas, y eso no es justo.

Se había esforzado por que los cambios fueran sutiles y por mantener intacto el esqueleto de Will siempre que fuera posible. Y a pesar de que él se sentía herido, ella sabía que la historia había ganado en fuerza.

Sólo faltaba hacer que comprendiera por qué su argumento no podía funcionar; sin embargo, cuando él se volvió hacia ella, dejó la bandeja en la barra y se quitó el antifaz, supo que aquél no era el mejor momento.

—¿No te parece justo que yo no lea los cambios y sí que tú los hagas sin decírmelo?

Sus ojos brillaban de un modo que Cali no había visto nunca y que no le gustaba nada. —Por favor, léelo. Es lo único que te pido. —No sé si quiero leerlo o trabajar en él — apretó los labios—. Ya no es la historia que yo quería contar.

Cali se sentía cada vez más frustrada, pero había jurado mostrarse angelical en honor a Erin y procuró contenerse.

—Hice lo que sentí que tenía que hacer —explicó—. Si no confías en mis motivos ni en mi instinto, lo siento.

El nivel de decibelios de la fiesta se incrementó, lo que obligaba a Will a elegir entre gritar para hacerse oír o acercarse más. Optó por lo segundo. La miró con fiereza.

—¿Y cuáles eran tus motivos, Cali? ¿Salirte con la tuya? ¿Probar que yo estaba equivocado pidiendo ayuda a un escritor famoso?

Cali metió unas jarras sucias en el lavavajillas. —Yo no sabía quién era Sebastian y Erin tampoco. Lo eligió por su atracción mutua, no porque fuera rico y famoso. Will movió la cabeza.

—Un momento. ¿Cómo que lo eligió? ¿Qué significa eso?

Cali se quitó las alas de ángel y las depositó debajo de la barra.

—Erin quería una aventura con un hombre al que encontrara atractivo, lo mismo que hacen continuamente los hombres con las mujeres.

Esperaba que él lo negara, pero Will mantuvo la boca cerrada.

—Ella se limitó a invertir una práctica que los hombres llevan siglos llevando a cabo —insistió Cali—. Una mujer que elige a un hombre y se atreve a desafiar a las convenciones.

—¿Torpedos armados, adelante a toda máquina?

—Exacto.

Will tardó un minuto en contestar.

—¿Y por eso viniste tú a casa conmigo?

—¿De qué estás hablando? —preguntó ella—. Este semestre he ido a casa contigo unas cuantas veces.

Will dejó la bandeja en el mostrador y pasó por detrás de la barra. Se acercó a ella y bajó la voz.

—Pero no has venido a mi cama hasta hace poco. Y es curioso que empezáramos a acostarnos juntos en torno al mismo momento en que Erin lo hacía con Sebastian.

—No estoy segura de querer saber lo que insinúas.

—Creo que es bastante evidente. ¿Elegir un hombre con el que te quieres divertir? Aunque, por otra parte, eso ya no importa —dejó el sombrero en la barra y se quitó la capa.

Cali lo sujetó por el codo antes de que se alejara.

—A mí me importa. Y sí, admito que conocer los planes de Erin influyó en mi decisión de ir a tu casa contigo. Pero hacía mucho tiempo que deseaba hacerlo y sólo dejé que ella me diera valor. Tal vez no debí hacerlo.

El ruido de la multitud seguía al fondo, pero en su mundo estaban ellos dos solos y las tensiones de amantes peleados. Will permanecía inmóvil y la luz de arriba arrancaba a su cabello un halo más brillante que el que llevaba Cali.

—Si querías estar conmigo, tenía que ser por ti y por mí, no mezclar lo que Erin había decidido hacer.

Sus palabras eran demasiado racionales, tanto que ella sintió más dudas que nunca.

—¿De verdad importa cómo llegamos a estar juntos? —inquirió.

—¿Estás preguntando si el fin justifica los medios? —no le dio tiempo a responder—. Yo creo que sí importa. El sexo no debería ser fruto de una apuesta o un desafío. Y mucho menos un proyecto retorcido de seducción en grupo.

Cali apretó los puños.

—No puedo creer que reacciones así por el motivo por el que decidí irme contigo y por un tonto proyecto de clase.

Will enarcó las cejas.

—¿Tonto? ¿Ahora el guión es una tontería?

Cali se quitó el halo y lo tiró a la basura.

—No, no es una tontería. Y me duele mucho que no dejes de sacar punta a todo lo que digo.

Will movió la cabeza y soltó una risita de frustración.

—Yo te diré lo que me duele a mí. Que puedas aceptar los cambios de Sebastian sin hablar antes conmigo. Que no sientas el mismo respeto por mí ni confíes en que puede que acabe haciéndolo bien si lo intento lo suficiente. Pero tú no me diste esa oportunidad —la miró decepcionado—. Acudiste a Sebastian porque él te decía lo que querías oír. Y sí, eso me duele.

Sacó un ejemplar del libro de Sebastian, que llevaba en la cintura del pantalón, y lo dejó en la barra, al lado del brazo de Cali. Cuando ella consiguió que le dejara de temblar la mano lo bastante para tomar el libro, Will había desaparecido ya.

Abrió el libro y leyó la inscripción. Dio la espalda a la sala y lloró en silencio.

No es una mujer corriente la que puede dejar a un hombre ser hombre. Tú, Cali Tippen, eres una de las mejores. Yo lo sé. Y Will también lo sabe. Amigos para siempre, Sebastian.

Erin se hundió en el sillón de terciopelo dorado de su oficina porque la silla del escritorio no era lo bastante grande para contener su desesperación. «Desesperación» era la palabra indicada para definir la niebla que la envolvía de tal modo que le costaba trabajo levantar los pies y mover el cuerpo.

Era ridículo, claro. ¿Qué importaba que él no le hubiera hablado de su otro yo? Ellos estaban juntos por el sexo y ninguno había dicho que la relación fuera algo más.

Sin embargo lo era. Para los dos. Porque no había ninguna razón para que él hubiera revelado su identidad por salvar al Paddington, a menos que sintiera algo por ella. Podía tener cualquier mujer que quisiera. Pero la había querido a ella.

Y Erin sabía que se había enamorado de él aquella primera noche en la ducha.

Después de saludar a Sebastian y a su publicista, llevaba dos horas evitando la gruta y circu-

lando entre la gente como correspondía a una buena anfitriona. Había reído, servido copas, coqueteado y bailado... hasta que se sintió incapaz de continuar con la farsa y se refugió en la oficina.

Necesitaba hablar con Cali, pero ésta estaba ocupada con la fiesta, así que se levantó del sillón y se sentó ante el teclado.

De: Erin Thatcher
Enviado: Sábado
A: Samantha Tyler; Tess Norton
Asunto: Los secretos que escondía el hombre.

¿Os preguntabais si las cosas que me dijo Sebastian eran ciertas? ¿Los secretos a los que hice alusión en otro momento? Pues bien, había secretos. Y no sé si son peores o mejores, depende del punto de vista.

Me estoy acostando con Ryder Falco. No, no es broma. Ryder Falco es mi amante. Supongo que eso no sería tan malo si no me hubiera enamorado...

Erin, a la que no se le ocurre nada más que decir.

Envió el mensaje y se recostó en la silla. No sólo se sentía incapaz de escribir una frase más, sino que tampoco podía dejar de pensar en las dimensiones del sacrificio que había hecho Sebastian. Por ella. Lo que había hecho decía mucho sobre el hombre que era y eso, más que ninguna otra cosa, hacía imposible amarlo.

Ya se sentía bastante culpable ante la idea de fallar al abuelo al que había adorado. Ahora tenía que lidiar también con el sacrificio de Sebastian. Y con todo el trabajo que habían hecho Cali y Will, no sólo en el bar y con la fiesta, sino también con su apoyo y su esfuerzo por sacarla del desastre del Courtland.

Y lo peor era que, después de todo aquello, era una desagradecida que ni siquiera estaba segura de querer salvar el Paddington.

El sonido del timbre que anunciaba un mensaje la sacó de la autoflagelación. Se preguntó qué hacían sus amigas levantadas a aquella hora.

De: Samantha Tyler
Enviado: Sábado
A: Erin Thatcher; Tess Norton
Asunto: Re: Los secretos que escondía el hombre.

¡Erin! No sé qué es más raro: si que ese hombre resulte ser un famoso o que te hayas enamorado de él.

Pero quiero que me cuentes más cosas. Hay mucho que te estás callando y, a juzgar por el tono de tu mensaje, yo diría que no estás encantada ni con su identidad ni con tu amor por él. ¿O quizá se debe a que estás agotada y abrumada? Espero que eso

sea todo.

Sea como sea, nos debes un montón de detalles y no descansaré hasta que los oiga.

Cruzo los dedos para que todo te salga bien, querida.

Samantha.

Erin cerró el mensaje y pensó que era una pena que nada pudiera salir bien. Por supuesto, Samantha eso no lo sabía. No podía saber que Erin había conseguido arruinarle la vida al hombre que amaba.

13

Sebastian sabía que la encontraría en la oficina.

La había visto desaparecer detrás de la puerta una hora antes, pero estaba atrapado en la gruta firmando libros.

Desde que recuperara su vida, nunca había estado tan cerca de abandonar todos los principios por los que se regía. Y todo por lo que Erin Thatcher le había hecho sentir. Lo peor era la esperanza, la sensación de que ella estaría allí siempre que tendiera la mano cuando sabía que lo mejor era no tenderla. Sí, la esperanza era el motivo principal por el que no debía verla después de aquella noche.

Cuando terminó de firmar libros, escapó por la puerta de atrás como Ryder Falco y subió a la limusina de su publicista para no correr el riesgo de que lo siguieran a pie. A tres manzanas de allí se quitó el disfraz y pidió al conductor que parara.

Volvió al bar vestido con vaqueros, camiseta y botas negros y entró por la puerta principal como Sebastian Gallo.

No prestó atención a la gente ni a los camareros, ni siquiera a Cali, que intentó detenerlo. Si encontraba la oficina de Erin abierta, no pensaba parar por nada.

De hecho, no se detuvo hasta que cerró la puerta tras él. Y esa vez se aseguró de dar vuelta a la llave. Tenía muchas cosas que decir y poca paciencia para lidiar con interrupciones.

Erin estaba sentada a la mesa con la cabeza baja y los pañuelos flotando en torno al cuerpo que lo volvía loco. El pelo rojizo le caía sobre la cara.

Cuando ella levantó la vista, lo alegró ver que no había llorado. Pero la palidez de su piel y el tono púrpura de sus ojeras indicaban que descubrir su identidad no había sido precisamente un placer. Parecía una mujer derrotada.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó Erin en un susurro.

—Nunca se lo digo a nadie.

—Esta noche se lo has dicho a medio Houston —le acusó ella.

—No del todo... —se apartó de la puerta y se sentó en el sillón de terciopelo dorado de enfrente de la mesa—. Por cierto, gracias por ponerme donde me has puesto. La cueva estaba muy bien...

—Es una gruta.

—Es perfecta —repitió él.

Erin se enderezó en la silla.

—Tu publicista me dijo que no te gustaba mucho mostrarte en público y yo le dije que ya lo había oído decir. De haber sabido que te conocía personalmente, podría haberle dado una opinión más clara.

Sebastian se encogió de hombros.

—Como ya te he dicho, no se lo cuento a nadie. Nunca.

Ella lo miró a los ojos.

—¿Por qué has terminado diciéndomelo?

—Era el momento —repuso él—. No podía firmar los libros sin que tú supieras quién era.

—A eso me refiero. ¿Por qué te tomas tantas molestias para ocultar tu identidad y luego lo estropeas así? El Paddington no es nada comparado con tu carrera.

—Tú sí eres algo.

—¿Comparada con Ryder Falco? —el color volvió a sus mejillas—. Oh, creo que lo soy.

—No estamos hablando de lo que tú crees.

—Eso es evidente. De haber sabido lo que ibas a hacer... —movió la cabeza y dejó la frase sin terminar.

—Y por eso precisamente no te lo he dicho antes —argumentó él.

—Supongo que debería agradecerte que me lo expliques ahora en lugar de desaparecer en la noche. Ahora todo cobra sentido. Los paseos, el pensar, el alisar con vapor las arrugas de tu cerebro.

Sebastian cruzó las piernas y enlazó las manos encima de la cabeza.

—Yo nunca te he mentido y tú lo sabes. Me he mostrado vago, ambiguo, pero no te he dicho ni una palabra que no fuera verdad.

Erin echó la barbilla hacia adelante.

—¿Y qué narices es esa verdad? —preguntó—. ¿Que tú tomas todas las decisiones y yo no tengo nada que decir?

—Esta decisión tenía que ser mía.

—No necesariamente. No si haces lo que has hecho por...

—¿Por ti? —preguntó él—. ¿Y por qué otra cosa iba a hacerlo?

—No lo sé, Sebastian —suspiró ella—. Estoy muy cansada para hablar en clave. ¿Por qué no me lo dices tú y me ahorras la molestia de tener que formar el puzzle?

No era ingenua ni tonta. Pero parecía llena de culpa por una decisión que había tomado él.

—Te he visto trabajar como una loca para sacar adelante esta fiesta —dijo—. Y de pronto aparece Courtland con un presupuesto que tú no tienes, ¿y quieres que me quede parado y te deje estrellarte cuando yo sé que puedo evitarlo? No es posible.

—Permíteme que sea escéptica sobre tu altruismo. Por algún motivo, has decidido no mezclarte con la ciudad, tus admiradores y tus vecinos. Y no me trago que hayas renunciado a tu reclusión de tanto tiempo porque nuestra relación sexual sea fantástica.

Sebastian apretó los dientes.

—No lo he hecho por el sexo.

—Entonces ha tenido que ser porque crees que me debes algo, y no es así —enderezó aún más la espalda—. Me llevas ventaja. No me has pedido nada que no quisiera darte. Y éste no es el tipo de sacrificio que hace un amante por otro, sobre todo cuando ser amantes no tiene nada que ver con el amor.

Sebastian seguía apretando los dientes para no levantar la voz.

—¿Y puedes encontrar un lugar para la amistad en tu teoría de la conspiración?

Ella consideró un momento su explicación.

—Esto parece ir más allá de los límites de la amistad.

—¿No harías tú lo mismo por Cali?

—Claro, pero hace tres años que somos amigas íntimas y tú y yo nos conocemos íntimamente sólo desde hace un mes. Es demasiado sacrificio —apretó los labios—. No sé qué es más fuerte: si la necesidad de darte las gracias o la de mandarte a freír espárragos.

La irritación de Sebastian aumentó de nivel hasta el punto de hacerle temer que luego lamentaría sus palabras, y tal vez incluso sus acciones.

—¿Por qué tenemos esta conversación? Lo que está hecho ya no se puede cambiar. Lo único que podemos hacer es seguir a partir de aquí.

Erin levantó ambas manos en el aire.

—Muy bien. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Sebastian respiró hondo varias veces; necesitaba tranquilizarse.

—Tu fiesta ha sido un éxito, así que yo diría que entras a lo grande en tu segundo año en el

negocio.

Erin le sostuvo la mirada un instante, pero guardó silencio.

Sebastian agarró los brazos del sillón y se echó hacia adelante.

—No lo entiendo —dijo—. ¿No era eso lo que querías?

Ella enarcó las cejas.

—¿Qué parte? Sí, quería que la fiesta tuviera éxito, pero no soporto la idea de desperdiciar tanto esfuerzo ni tanto dinero.

—¿Y lo del segundo año de negocio después del primero increíble que acabas de celebrar? —preguntó él.

Erin reflexionó un momento antes de contestar:

—¿De verdad ha sido increíble?

¿Buscaba confirmación a su valía? No era posible que no reconociera hasta dónde llegaba su éxito.

—Tu abuelo estaría encantado con lo que has hecho.

—¿Eso crees? —sonrió ella. Se levantó de la silla y se acercó al archivador encima del cual colgaba una foto de Rory detrás de la barra del Paddington primigenio.

Miró la foto, se volvió y se apoyó en el archivador con las manos a la espalda y los pañuelos de gasa flotando en el aire como fantasmas etéreos.

—No sé si estoy de acuerdo.

—¿Y por qué no? No olvides que llevo viviendo aquí una temporada y he visto lo que has hecho desde el principio.

Estaba demasiado lejos de ella. Se levantó, se acercó al extremo del escritorio y apoyó una cadera en el borde.

—Tú has convertido esto en un año de un salón de cerveza en un bar elegante y urbano.

Erin hizo una mueca.

—Y ahora hasta traigo escritores. Lo siguiente será organizar recitales de poesía y perfomances y quién sabe qué más.

—¿Y qué tiene eso de malo?

Ella levantó los ojos al techo y apoyó la cabeza en los cajones de madera.

—Sólo que Rory seguramente se estará revolviendo en su tumba.

Increíble. Realmente increíble.

—Mira, Erin. Acabas de dar una fiesta de primera; el local ha estado a rebosar toda la noche. Sí, ya sé que muchos han venido porque se han enterado de que iba a firmar libros.

—¿Muchos? Un setenta y cinco por cien.

—Eso son tonterías y lo sabes. Han venido por mí, pero se han quedado por ti, por lo que has logrado aquí con lo que te dejó tu abuelo —cruzó los brazos sobre el pecho para reprimir las ganas de sacudirla por los hombros hasta obligarla a admitir su error—. Y ni siquiera puedes disfrutar de tu éxito porque te preocupa lo que Rory pudiera pensar.

A ella le brillaron los ojos. Levantó más la barbilla y enderezó los hombros.

—Rory renunció a todo, Sebastian. A todo. Se vino aquí para cuidarme cuando yo tenía once años. Nunca tuvo una vida propia aparte de este lugar. Así que sí, perdóname que me preocupe un poco no cuidar del bar como a él le gustaría.

¿Cómo era posible que la mujer que tan intuitiva se había mostrado en su trato con él no fuera igual de perspicaz con el hombre que la había criado?

—A tu abuelo le encantaba no tener jefes. La independencia lo hacía muy feliz. Le daba igual aquí que en Devon. Y tú lo sabes, igual que sabes que él querría lo mismo para ti.

Por primera vez desde que la conocía, vio que sus ojos se llenaban de lágrimas. Le tembló el labio inferior y toda ella se volvió vulnerable y pequeña. Sebastian no pudo soportar más tiempo la distancia que los separaba.

Se acercó a ella, la abrazó, apoyó la mejilla de ella en su pecho, su barbilla en la cabeza de ella, e inhaló el aroma de su pelo, que le recordaba a campos verdes y rayos de sol.

—Sé fiel a ti misma —dijo—. Es el mejor modo de honrar su memoria.

—¿Y si ser fiel a mí misma implica dejar el bar?

—El único modo de que puedas decepcionar a alguien es si no haces lo mejor para ti. Aunque para eso tengas que vender el bar — notó que ella lo abrazaba por la cintura—. Todos tenemos que hacer lo mejor para nosotros. Es lo único que importa al final.

Por un momento pareció que ella había olvidado respirar; luego, se puso rígida.

—¿Y qué es lo mejor para ti? —preguntó.

Sebastian tardó un minuto en contestar.

—Un libro que hace tiempo que quiero escribir. Es distinto a lo de siempre. Primero he tenido que convencer a mi agente de que no voy a arruinar sus ingresos y luego he tenido que negociar un calendario con mi contrato del otro libro.

Se encogió de hombros y se apartó un paso.

—Básicamente, tenía que llegar el momento oportuno.

Erin se pasó los dedos por el pelo, que se apartó de la cara. Se alejó hasta el sillón de terciopelo, como si necesitara poner distancia entre ellos.

—¿Y ese momento ha llegado?

Él asintió y la siguió, aunque sabía que lo que tenía que decir lo diría mejor desde la distancia que le había dado ella que embriagado por el aroma de su perfume.

—Hacía mucho tiempo que no me entusiasmaba tanto un proyecto.

Quería añadir más, decirle que el último mes pasado en su compañía había renovado su energía creativa. Quería explicarle que se había alimentado del entusiasmo de ella por la fiesta, de su energía para salvar un negocio que consideraba más una carga que una bendición.

Quería que supiera que con ella había encontrado la parte de sí mismo que le faltaba desde siempre. Y que al fin había aprendido que su alma nunca había sido tan fuerte como desde que había encontrado a su compañera.

Pero aquéllas no eran las cosas que se decían cuando la verdad era que no conocía otro modo de vivir que el suyo.

—Eso significa que te marchas, ¿verdad?

—Seguiré viviendo encima de ti.

—Pero te vas. No estarás conmigo.

Sebastian asintió con la cabeza, porque ella había puesto en palabras la única verdad que él no podía decidirse a pronunciar.

—No, no estaré.

Se acercó y la besó en los labios con gentileza. Le besó el labio inferior hasta que ella cerró los ojos y se estremeció. Lo abrazó con ternura, contándole con la lengua parte de lo que sentía. A él no le gustaba hacerla sufrir y finalizó el beso para estrecharla en sus brazos.

Erin suspiró en la camiseta de él, calentando con su aliento la tela húmeda por sus lágrimas. Cuando al fin se apartó, él no podía hablar y le costaba trabajo tragar saliva, así que le apretó la mano, la soltó y se dirigió a la puerta.

Erin dudaba de que pudiera haber otra noche de Halloween en la historia que rivalizara con la oscuridad de aquélla. En ese momento no podía pensar en Sebastian ni en el Paddington ni en nada. En ese momento sólo tenía fuerzas para subir a su coche e irse a casa.

Pero antes tenía que cerrar la oficina para poder cerrar también el bar y la cocina. Y tendría

que pagar a Cali el doble por haberse ocupado de todo en su ausencia. Pero antes de que hiciera el esfuerzo de desconectar el ordenador, vio que tenía otro mensaje.

De: Tess Norton
Enviado: Sábado
A: Erin Thatcher; Samantha Tyler
Asunto: Re: Los secretos que escondía el hombre

¿Ryder Falco? No me lo puedo creer. Tú sabes cómo me gustan sus libros. Los he leído todos dos veces por lo menos. ¡Asombroso!

Aunque la exclamación va más por la bomba que has lanzado. ¿Amor? ¿He leído bien?

Vaya, vaya. No era exactamente el objetivo del proyecto del hombre con el que hacer cosas, ¿pero qué más da eso? Estás enamorada. Lo que no has dicho es si él también te quiere. ¿Cómo podría no hacerlo? Pero los hombres son una especie rara y he descubierto que es mejor no intentar entenderlos. En serio, necesito oír todos los detalles y también tu voz, y necesitaría ser más sabia de lo que soy, lo cual no va a ser posible en las próximas veinticuatro horas, así que no hagas nada drástico. Chocolate. Mi mejor consejo... y al parecer el único.
Con cariño, Tess.

Erin pensó que al menos una cosa era cierta. Sebastian no la amaba. Le gustaba mucho, la deseaba; tenía que sentir algo o jamás habría revelado su identidad, ¿pero amor? Ja. El amor estaba fuera de su capacidad para sentir.

O si no lo estaba, se negaba a darse ese placer y prefería enterrar la cabeza en mundos de ficción donde todo era blanco o negro. Quería odiarlo por ello, pero sólo podía pensar en el camión de juguete.

Una llamada a la puerta le hizo levantar la vista. Entró Robin, una de las camareras.

—¿Dónde está Cali? —preguntó Erin.

—Ha dicho que se sentía fatal, así que le he dicho que podía irse y terminaba yo, cosa que he hecho, así que... —arrancó la cola de su disfraz de mujer gato—. Me marcho. Los del catering vendrán el lunes por la tarde a recoger la fuente y las rocas.

—Gracias por ocuparte de todo —Robin, Laurie, Cali y Will habían trabajado mucho más de lo que exigía el deber—. Yo no me había dado cuenta de lo agotada que estaba.

—Te merecías el descanso, pero te has perdido una fiesta magnífica. Oh, ahí fuera hay un tipo que quiere hablar contigo. Le he dicho que estás ocupada, pero ha insistido.

—De todos modos tengo que salir a cerrar — Erin cruzó la estancia, apagó la luz y cerró la oficina—. ¿Te importa esperar un minuto más?

—No es problema —Robin se envolvió la cola alrededor del cuello y sacó su bolso de detrás de la barra—. Está en la puerta principal. Saldré por ahí.

—Gracias. Y gracias por todo el trabajo de esta noche.

—De nada. Espero aquí hasta que termines — se sentó a la mesa más cercana mientras Erin se dirigía a la puerta.

El visitante apoyaba un hombro en la pared de ladrillo y no llevaba nada ni remotamente parecido a un disfraz de Halloween.

Tenía el pelo corto, gris en las sienes, y llevaba un abrigo largo negro de lana, pantalones de diseño y zapatos italianos.

—¿Desea algo? —preguntó Erin con curiosidad.

—¿Señorita Thatcher? —ella asintió—. Mi nombre es Nolan Ford.

Erin estrechó la mano que le ofrecía.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Ford?

—Quiero saber si ha pensado en vender este sitio, porque me gustaría mucho comprarlo.

Cali pasó con cansancio una página más del guión. Había tenido el buen sentido de hacer cinco copias con anterioridad, ya que suponía que no podría retirar todos los cambios la primera vez.

El disquete habría facilitado mucho aquel proceso, pero estaba en el ordenador portátil de Will, donde lo había dejado ella después de hacer las primeras revisiones basadas en las sugerencias de Sebastian. No tenía ordenador, por lo que usaba el de Will o los cibercafés.

Había aprendido la lección. Los hombres eran un horror. Aunque... aquello no era cierto del todo. No todos lo eran ni lo eran todo el tiempo. Pero en ese momento la frase encajaba con su estado de ánimo.

Sobre todo porque estaba poniendo en peligro su autoestima. Había cedido porque no quería perder al hombre que más había significado en su vida. Y estaba a punto de odiarse a sí misma tanto como a Will.

Después de todo, odiarlo a él tenía sentido, ya que lo amaba desesperadamente. Y esa última semana de trabajar codo con codo e ir juntos a clase no había ido muy bien, teniendo en cuenta que apenas cruzaban una palabra.

Una llamada en la puerta del apartamento le hizo dejar el lápiz sobre la mesa. Al fin llegaba Erin con la botella de vino que había prometido cuando llamó a primera hora de la tarde. Cali arrojó los folios en el sofá y se acercó a la puerta.

Pero no era Erin, sino Will, cuyo aspecto daba a entender que su domingo libre tampoco había sido muy relajante. No se había afeitado y las gafas no hacían mucho por ocultar sus ojeras. Cali

suponía que ella no tenía mucho mejor aspecto.

Llevaba un pantalón vaquero corto y la pelusa de sus piernas hacía juego con la de la cara de él. La última semana había dormido sola y no le había parecido importante depilarse.

Después de todo, era humana. De no ser así, no estaría atormentándose por lo que había hecho, ni estaría intentando devolver el guión a su estado original. Daría menos importancia a los sentimientos de Will y más a la nota. Le importaría más que él reconociera que estaba equivocado, cosa que de repente ya parecía carecer de importancia.

—Hola —dijo él.

Cali sonrió un poco.

—¿Te importa que pase?

Ella abrió más la puerta. Se acordó de las páginas del guión que estaban sobre el sofá en el mismo momento en el que él se fijó en ellas.

—¿Qué haces?

Cali se cruzó de brazos.

—Intentar arreglar un error.

Will se sentó en el sofá, tomó los folios, los ordenó numéricamente y empezó a revisarlos. Cali se encogió al recordar que algunas de sus notas al margen eran muy directas y a menudo sarcásticas.

Sobre todo una en la página cuatro...

Se ruborizó e intentó quitarle los folios. Demasiado tarde. Él los levantó en el aire, tiró de ella y la sentó en sus rodillas.

—No seas tonta —dijo—. Quiero ver lo que has hecho.

—No he hecho mucho; sólo intentaba recordar lo que pudiera de tu versión original.

—Mi versión original, ¿eh? —Will se acomodó mejor en el sofá, abrió las rodillas y sentó a Cali a su lado, con las piernas encima de las de él.

Le rodeaba la espalda con un brazo para que descansara en la curva de su hombro. Con la otra mano pasaba páginas. Cali no sabía qué temía más, si que descubriera los pelos de sus piernas o su nota infantil.

Will llegó al cuarto folio y se detuvo. Miró la página entera y luego a ella.

—¿Qué pasó con lo de que esto tenía que ser un proyecto conjunto?

—Creo que es evidente que ya hemos avanzado juntos todo lo que podíamos. Puede que

tengamos la misma idea sobre el final, pero no estamos de acuerdo en el modo de llegar allí — lo miró y tuvo que reprimirse para no inclinarse a besarlo en la mejilla.

Conocía su aroma, su calor y su textura y le costaba mucho no abrazarlo, sobre todo cuando la miraba de aquel modo, con una expresión que ella no podía descifrar pero que alimentaba sus esperanzas.

—¿Por qué has venido?

Will sonrió.

—Para decirte que tú tenías razón y yo no. Que no tengo ni la mitad de talento que tú ni ninguna confianza en que alguna vez aprenderé a entenderlo.

—¿Pero qué dices? Tu instinto es soberbio. Y sólo necesitamos afinar un poco de vez en cuando. Y yo no soy perfecta. Si lo fuera, los cambios habrían sido idea mía, no de Sebastian —lo miró a los ojos—. Sólo lo hice porque te quiero.

Will dejó las páginas que tenía en la mano y le acarició la mejilla.

—Pues quiéreme haciéndome ser más bueno.

Seis meses después...

«Adiós, Paddington. Hola, resto de mi vida».

Erin jamás habría imaginado que pudiera salir de la venta del bar con el corazón tan ligero. Sobre todo después de los meses de angustia preguntándose si hacía lo correcto por Rory y por ella.

Ahora todo eso parecía ya superado. Tenía una gran deuda de gratitud con Cali y Will, Tess y Samantha, y con Sebastian, porque todos la habían ayudado a afrontar la verdad.

Estaba también en deuda con Nolan Ford, por haberle lanzado un salvavidas en mitad de su tormenta personal.

Sebastian y ella habían hablado unas cuantas veces en los últimos meses, pero sin compartir nada más que el ascensor en alguna ocasión.

Le había dicho que su libro iba bien, que casi se escribía solo y esperaba terminarlo antes del verano. Ella había contestado que se alegraba, porque así ambos estarían libres de obligaciones en el verano.

Él no contestó nada, pero a Erin no le importaba, ya que había aprendido a mirarlo a los ojos para oír lo que no decía. Y sus ojos le habían dado esperanza. Sus ojos le daban esperanza siempre que se cruzaban.

Había vendido el bar y en el otoño volvería a la universidad para terminar sus estudios.

Pero ahora era casi verano.

No sabía si Sebastian había terminado el libro, pero no la había disuadido cuando lo llamó y le dijo que iba a subir.

Había tardado en entender lo que Sebastian le había dicho la noche en que salió de su vida. Pero él tenía razón. Rory le había dejado los medios para perseguir sus sueños; la había querido y jamás le habría impuesto que se hiciera cargo del bar a menos que sintiera por él la misma pasión que su abuelo.

Y al fin había conseguido ver la intención de Rory y también la de Sebastian al revelar su identidad. Y por eso estaba allí. Él no lo había hecho para salvar el Paddington, sino para mostrarle el valor y la profundidad del amor de un hombre.

Un amor al que ella correspondía sin medida.

Llamó a la puerta. No hubo respuesta. Probó el picaporte, vio que estaba abierto y entró. La sala principal estaba oscura y en el estéreo sonaba un disco de B.B. King.

Sabía que Sebastian estaría en la ducha, oyendo la música a través de los altavoces colocados en el techo del cuarto de baño.

Lo encontró donde esperaba. Abrió la puerta del baño y lo vio debajo del chorro central, con las piernas separadas, las manos en los muslos y el sexo excitado por el calor.

Se quedó un momento largo mirándolo.

Presentaba una imagen tal de belleza masculina que respirar parecía de pronto menos importante que llenar sus sentidos con el recuerdo de sus encuentros de amor. Porque había sido amor. Tal vez no la primera vez en la ducha; entonces ni siquiera lo conocía. Y seguía sin saber todo lo que quería saber, lo que había esperado descubrir a lo largo de una vida entera.

Se quitó la ropa y se acercó a sus brazos, consciente de que nunca había tomado una decisión tan acertada. Amaba la fuerza de su cuello y los tendones de sus brazos. No había nada en él que no encontrara maravilloso. Sobre todo la erección que cobraba vida en aquel momento contra su vientre.

Levantó la cabeza y lo miró a los ojos. Su expresión hablaba de ternura y amor. Y del dolor de un hombre atrapado en una pérdida insoportable. ¡Qué tontería! Nunca lo había perdido; siempre había estado allí.

—¿Recuerdas cuando me besaste en mi oficina la noche de Halloween? No podía decirte que te quería, así que te lo digo ahora.

—Yo también te quiero —la besó con pasión, con labios que devoraban y lengua que cubría la suya como una ola de la que resultaba imposible escapar.

Como si escapar fuera una opción.

Sebastian se sentó en un banco con ella encima y la penetró en el acto, sin separar la boca de ella ni por un segundo, ni siquiera cuando llegó al orgasmo y la arrastró consigo, cayendo con ella en un abismo increíble pero recogiéndola antes de que llegara al fondo.

Sólo entonces, cuando hubo terminado y dejó de sentir sus últimos temblores, abandonó la posesión de su boca.

Y menos mal, porque ella apenas podía respirar. Lo abrazó con fuerza bajo el agua, sintiendo los latidos de su corazón bajo la mejilla que apoyaba en el pecho de él. Nunca se había sentido tan feliz ni tan completa.

Ni tampoco tan cansada.

—Cuéntame una historia.

Sebastian soltó una risita y le acarició el pelo.

—Érase una vez...

—No. Sólo la parte más interesante.

Esa vez, cuando habló él, su voz estaba preñada de emoción.

—Y vivieron felices para siempre.

Epílogo

«Escrito con el gusto por el suspense de Ryder Falco, pero con una intensidad emocional muy de Sebastian Gallo, *Los secretos de una inocencia* describe el viaje de la vida de un hombre y alcanza un clímax memorable. Es una historia de amor esperanzada y trágica al mismo tiempo».

—Publisher's Monthly

LOS SECRETOS DE UNA INOCENCIA
Por Sebastian Gallo

Capítulo Uno

Más tarde pensaría que el momento más decisivo de su vida había ocurrido sin que se diera cuenta. La belleza del recuerdo lo pillaría entonces tan desprevenido como el suceso real en su momento. Nunca había imaginado que necesitaría a una mujer en su vida más de lo que necesitaba respirar; pero así era.

Ella había sido su apoyo durante los largos años de su vida, la red de seguridad que paraba todas sus caídas, el sostén que lo mantenía erguido cuando el mundo se desplomaba a su alrededor. La quería más de lo que había imaginado que se pudiera querer a una mujer. Y lo más sorprendente de todo era que ella lo correspondía...